

28

3

№ 3083

CISNEROS

NUMERO
TRES

AÑO I
MADRID
1943



A=7 3659

R. 1606 (BRMB)

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PINAR, 23

TELÉFONO 65690

MADRID

GRÁFICAS VERSAL. - JESÚS DEL VALLE, 6. - MADRID

❧ SUMARIO ❧

EDITORIAL

ENSAYOS

SANTO TOMAS Y EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO, *por el R. P. Teófilo Urdanoz, O. P.*

EL RETORNO AL SER EN LA FILOSOFIA JURIDICA, *por Joaquín Ruiz Giménez.*

ALABANZA DE LA CATEDRAL, *por Eugenio de Nora.*

SANTO TOMAS ANTE LA VIDA, *por Fray J. M. de Aguilar, O. P.*

GANIVET. — NOTAS PARA UN ENSAYO, *por José Artigas.*

UNIVERSIDAD Y COLEGIOS MAYORES

¿UNIVERSITAS?, *por X.*

CARTA DE SANTO TOMAS A UN ESTUDIANTE.

LOS ANTIGUOS «COLEGIOS MAYORES» ESPAÑOLES.

LA CANCION DEL JOVEN, *por Eugenio de Nora.*

RECUERDOS DE UN VIAJE DE ESTUDIO POR ITALIA, *por José M.^a Naharro.*

ARTE Y LETRAS

UN POETA MAXIMO DE HISPANOAMERICA: LEOPOLDO MARECHAL, *por E. de Nora.*

SIGÜENZA, *por José M.^a Alonso Gómez.*

SANTO TOMAS EN EL DANTE, *por José María Mohedano.*

SANTO TOMAS, POETA DEL UNIVERSO, *por I. Menéndez Reigada, O. P.*

LA CRUZ Y LA ESPADA

EN DEFENSA DE LA PROFESION MILITAR, *por Cristóbal de Virués.*

SEMBLANZA Y EJEMPLO DEL CAPITAN MIRANDA, *por Juan Ignacio Tena.*

AL VALOR DE LOS SOLDADOS ESPAÑOLES, *por Fernando de Herrera.*

DE LAS ESPAÑAS

GUION.

ESPAÑOL, *por Rubén Darío.*

PASEMOS A LA ESCUCHA, *por José María Pemán.*

DE LA OBESIDAD COMO FORMA DE GOBIERNO, *por Ignacio B. Anzoátegui.*

GARCIA MORENO, RESTAURADOR DEL ORDEN CRISTIANO, *por Manuel Lizcano.*

NOTAS

Eugenio D'Ors y su «Epos de los Destinos», *por M. R. C.*—En torno a don Marcelino, *por Juan Ignacio Tena Ybarra.*—Joaquín Rodrigo, *por J. B. Arteaga.*—«La Sibila de Antequera», *por L. C.*

INDICE BIBLIOGRAFICO.—En torno a «Los grandes pensadores», de J. Cohn, *por C. A. G. de Lena.*—«Santo Tomás de Aquino: Selección filosófica».—Martín Grabmann: «La filosofía de la cultura de Santo Tomás de Aquino», *por A. González Alvarez.*—«Santo Tomás el integrador», *por M. R. C.*—Alfonso de Castro: «Antología», *por R. D.*

«A UN AMIGO DEBIL EN LA ADVERSIDAD», *por Francisco de Quevedo.*

V A R I A

GALERIA DE RESIDENTES: MIGUEL AMAT BARGUES, RAFAEL FERRERES Y JOSE LUIS OCHOA.

NOTICIAS: Jefes de grupo y monitores del Colegio.—Conciertos del Curso.—Del Colegio Mayor de Oviedo.—Disposiciones oficiales que regulan el funcionamiento de los Colegios Mayores.

ILUSTRACIONES de Aguirre, Cadarso, Moreno de Cala, Bernal, Iceta y Menéndez.

APOCOS hombres ha sido dado en la medida que a Santo Tomás ser encarnación viva del ideal intelectual. La misión que había de cumplir hállase posibilitada por unos pocos caracteres que constituyen el sustrato más profundo de su ser.

LA clarísima vocación intelectual jamás obnubilada a pesar de la multitud de ocasiones que vinieron a plantársele en el camino de su vida es el primero.

CONSTITUYE el segundo la firmísima e irrevocable actitud de realizar esa vocación, que le lleva a vencer y superar cuantos obstáculos de todos los órdenes, de la propia vida y de la vida familiar, le salieron al paso.

AÑÁDASE a esto la capacidad de realizar su vocación hasta dar cima a la misión que recibió y el anhelo de perfección que ve cumplido escalando, día a día, las más altas cumbres de la santidad y habremos descubierto el secreto de la fecundidad de su vida.

No hace falta tener muy desarrollado el sentido de percepción de los caracteres de las diferentes épocas culturales para descubrir a una primera ojeada la semejanza, en muchos aspectos, de la época nuestra y la de Santo Tomás. Ambas están presididas por el signo de la disgregación cultural; las dos son etapas finales de una larga serie de errores vigentes, y por lo mismo en ambas se advierte la misma necesidad de inaugurar un nuevo ciclo. Pero el peligro de las inauguraciones no deja de ser siempre grave. En trances semejantes suele tenerse clara conciencia y justa visión de lo que no se quiere, pero no tan clara de aquello a que se aspira y menos clara aún de los medios que hay que poner en juego para conseguir la meta. Por eso se explica el paso radical de unas situaciones a otras radicalmente opuestas, que llevan en sí tanto mal como aquellas de que se huye. Santo Tomás, empero, cumplió su cometido con éxito singular. No buscó el hundimiento de un mundo intelectual, sino la renovación superadora de una época en crisis. Más que combatir errores prefirió salir de ellos e implantarse en la verdad, buscándola con todo el ardor de su inteligencia profunda y contemplándola con todo el amor de su voluntad en flor, hasta hacer de ella—de la Verdad—el fin supremo de su vida y del hombre. Para ello se hundió primero en la corriente tradicional cristiana, en un estudio y veneración de los Padres y doctores que le precedieron, con lo cual «heredó, en cierto modo, la inteligencia de todos ellos». Esto le proporcionó la adquisición de uno los factores determinantes de todo auténtico producto cultural. Después se atuvo al espíritu de su siglo, a las exigencias de su tiempo, dato que constituye el segundo factor de toda evolución cultural de signo progresivo y salvador y libra a las inteligencias de dar a luz engendros utópicos y ucrónicos.

DE esta manera, y con un espíritu de servicio y sacrificio pocas veces igualado, emprendió y llevó a feliz término la realización de su gigantesca empresa cultural, soberbia catedral del pensamiento, como se ha llamado a su Summa. Tan majestuosa es la síntesis integradora que llevara a cabo Santo Tomás, que muy pronto trascendió de sí misma, para llenar la historia, tanto en su asiento espacial como en su despliegue temporal. En esto, justamente, radica el milagro de su éxito y la perennidad de su presencia ejemplar en la historia de la cultura.

HOY que una nueva Babel cruza todas las dimensiones del horizonte cultural, sembrando el confusionismo en las inteligencias y la anarquía en los espíritus, cobra renovado valor de ejemplaridad la actitud de Santo Tomás ante los problemas de su tiempo. Necesita el mundo aquel espíritu selector de verdades, inquisidor de cuestiones, planteador de problemas e integrador de soluciones, que en tan alto grado poseyó el Angélico, modelo por tantos títulos, de investigadores y de universitarios.

EN agradecimiento a su magisterio, CISNEROS rinde tributo al Santo de Aquino, colocándose gozosa y confiadamente bajo su seguro patrocinio.



ENSAYOS





SANTO TOMÁS Y EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO

POR EL R. P. FR. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P.

EN la Edad Media—punto máximo bajo muchos aspectos de la gran curva ascendente del desarrollo del espíritu humano—el Cristianismo encuentra su forma poética más excelsa en los sublimes cantos de la «Divina Comedia» del Dante, y a la vez, su más alta expresión teológica y doctrinal en la «Summa» de Santo Tomás. Ambas creaciones gemelas del espíritu medieval, rebosantes de humanidad y cristianismo fundidos en un humanismo integral, están tan ligadas entre sí por idéntico mundo de ideas y afanes, que dejan entrever su mutua dependencia. La Suma del Doctor de Aquino ha inspirado a aquel gran poema teológico con su drama trascendente de las dos regiones de ultratumba que se disputan los des-

tinios eternos de las almas. Porque el Dante, después de inútil e inquieto vagar mental por la filosofía platónica del amor y otras teorías de griegos y árabes, pronto subyugó su pasión desbordante de amor y su impetuosa y descomunal fantasía al intelectualismo de Tomás de Aquino, cuya doctrina del primado de la inteligencia, del «amor acompañado del consejo de la razón», dieron satisfacción a los íntimos anhelos de armonía del poeta florentino. Por eso el Paraíso y el Infierno del Dante son tan eminentemente cristianos en su estructura y fondo éticos, porque están cortados según el patrón ideal de la moral de Santo Tomás.

Pues bien, en una de las visiones dantescas del Paraíso, cuando el poeta asciende a la suprema de las moradas celestes, al cielo del sol, cuyo resplandor bañaba todas las cosas en mares de luz clara, es Tomás de Aquino el primero de aquellos espíritus que giran en torno del sol y brillan más que el sol mismo, quien, eclipsando la gloria de Beatriz, personificación de la sabiduría divina, y asumiendo sus funciones de mentor y guía

*per la similitudine che nacque
del suo parlare e di quel di Beatrice*

habla a través de las largas estancias de los cantos X-XIV al poeta arrobado, revelándole los destinos de la Iglesia y de la sociedad en el despertar que se obraba en las mentes y los corazones en aquella primavera de nuestra civilización.

El simbolismo profético de la visión dantesca viene verificando, a través de la Historia, la plenitud de su sentido. La misión que el poeta asignaba a Tomás de Aquino es la que ha cabido a través de los siglos al Santo Doctor en el cielo de la Iglesia militante, y en primer término, con los sumos Pontífices, los conductores de los destinos de la cristiandad: ser su mentor, el sol, de entre las primeras luminarias que pueblan el cielo de la Iglesia, que retrasmite a la tierra los reflejos de la Sabiduría divina. Función iluminadora que desde que el mundo—ya desde su entrada en la Edad Moderna—se debate entre convulsiones y espasmos revolucionarios pugnando por hallar su centro de gravedad, el nuevo orden buscado y anhelado por todos, no han

dejado los Papas de recabarla aún más y ampliamente en sus esfuerzos por ajustar a seguras directivas cristianas, el torrente desbordado de vitalidad de los pueblos, y trazar el esquema director de la vida social, interna y externa, de los hombres. Recordemos las trascendentales medidas directivas y disciplinarias de León XIII y Pío X para devolver a Santo Tomás la misión de intérprete de la Eterna Sabiduría con que aparece en la brillante escena dantesca, llevándole al supremo sitio de un magisterio sobre toda la Iglesia no concedido a otros doctores y oponiendo la roca incommovible de su «*philosophia perennis*», fija e inmutable, a las falaces posturas del pensamiento moderno, en constante cambio descontento de sí, hasta tanto que



llegue a eclipsar su doctrina—límpida luz que refleja la verdad revelada—las falsas Beatrices de la sabiduría humana que con su luz siniestra ofuscan, más que iluminan, las conciencias de los hombres.

*E si il mio amore in lui si mise
Che Beatrice eclisso nell'oblio*

(Canto X, v. 59-60.)

Y vienen asimismo León XIII y Pío XI tomando por guía a Santo Tomás, al establecer en cláusulas inalterables, con sus memorables encíclicas, los derechos inalienables del hombre al trabajo, la dignidad humana de la clase trabajadora frente al maquinismo y a la opresión de los poderosos, la alta función moral de servicio a la co-

munidad y al menesteroso de las riquezas de la tierra, la visión cristiana, en fin, del orden económico en su fondo mismo alterado por los principios del liberalismo. Aquinianos son también—de inspiración siempre y de letra muchas veces—los principios con que el mismo Pío XI sienta las bases cristianas de la unión familiar del matrimonio, como institución que deriva directamente de Dios, en la que el Supremo Hacedor continúa su obra creadora con la colaboración que El se ha buscado, y defendiendo sus innatos derechos contra todas las intromisiones de un Estado que quisiera arrogarse monstruosamente la dirección de este papel creador y negar el paso a nuevas criaturas, que es de Dios de quien reciben el alma y sus prerrogativas; o defendiendo también el carácter moral, sagrado e inviolable, de ese hogar formado por la unión de los esposos, contra todas las disoluciones de la moderna paganía. Y como completando y perfilando en todo su acusado relieve jurídico los fundamentos divino-naturales de la institución familiar, promulga el mismo Papa su carta magna sobre los derechos de la educación, en que bajo la inspiración de iluminadoras ideas de la moral tomista—sencillos a la par que elevados principios, tenues rayos de luz del Sol de Aquino—abre el cauce jurídico a que debe someterse la misión más noble y de mayor honor entre todas las humanas, la de educar al niño, de formar al hombre y al cristiano, defendiendo, en una solución armónica y equilibrada que evita el escollo del estatismo absorbente de la personalidad humana en la grey de la colectividad, los derechos primarios de la familia a la obra educadora que prolonga su función de maternidad. Por fin, en su mensaje navideño de 1942, Pío XII ha recogido y condensado en apretado haz de cinco principios fundamentales—cinco flechas dirigidas a todas las conciencias clarividentes que tienen misión de autoridad y responsabilidad sobre los pueblos—todas las exigencias de justicia que deben presidir el orden cristiano de las sociedades humanas. Y para asentar esos cinco presupuestos, verdaderos prolegómenos universales a toda sociedad futura que esté válidamente erigida en sólidos cimientos y no lleve en sí el germen de la discordia y la destrucción, el mensaje pontificio, en su magnífico preámbulo, reclama, al lado de la de su hermano mayor San Agustín, y después de la inspiración divina de la verdad revelada, la asistencia de Tomás

de Aquino, invocando uno de sus luminosos principios que deben presidir el ordenamiento interno de los Estados. Nos dice el Pontífice que la convivencia social, la vida en común, así como nace de la natural indigencia porque el hombre siente que en la soledad de su ser individual, en el desierto de su propia limitación, no puede labrar su salvación eterna, así también «tiene su origen en la voluntad de paz y tiende a la paz». Y que en verdad así sea lo atestigua hoy la aspiración unánime de la humanidad doliente, los millones de seres humanos tan conturbados en las condiciones todas de su existencia, en lo íntimo de cuyas conciencias resuena el sordo grito de que no quieren vida social para que les proporcione una existencia trágica, sino un vivir pacífico. Que no es la guerra—como dijo con acento paradójico, imitando a Hobbes, un gran caudillo de pueblos—el estado moral del hombre, sino la paz, aunque a veces sea preferible la guerra para romper las cadenas de una paz deshonrosa que suena a esclavitud. Pero, según Santo Tomás, la paz es «la tranquila convivencia en el orden», y este lema agustiniano-tomista es el punto de arranque para el magnífico desarrollo del mensaje pontificio.

Convivencia en el orden, y el orden social no es mera conexión extrínseca de partes diversas, sino más bien «tendencia y actuación cada vez más perfecta de una unidad interior», unidad dinámica y de fin que informa las más variadas diferencias de partes y funciones del cuerpo social. Unidad que supone jerarquía de valores, que ordena y dispone los elementos del todo social cualitativamente, en diversos estratos, por su relación más o menos directa con los fines y servicios sociales que cumplir. Porque el atomismo social que no ve en el pueblo sino una grey de individuos sin consistencia interna, masa amorfa, apta para el dominio y arbitrariedades de un estado omnipotente, constituirá la sociedad materialista y el desorden, que no el orden social y verdadera cristiandad. Esta jerarquización de la sociedad no podrá hacerse sino con la clara inteligencia de los fundamentos de la vida social, sobre todo de lo que constituye el fin de ésta, que es el desarrollo y perfeccionamiento de la personalidad humana. Pues toda ordenación social justa y estable no sólo debe respetar la dignidad de esa persona humana con los lazos de interna y esencial conexión que la ligan con Dios, sino que a eso ha de servir, a la consecución de los

destinos eternos, del fin último de ella. Por eso, aquellos Estados que no han partido de ese principio de ordenamiento social que es Dios, sin el cual no es dado construir un orden jurídico estable, que han negado los vínculos morales y religiosos que ligan las conciencias individuales y los pueblos con su principio supremo, «abandonan la concepción espiritual y ética de la vida social templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada con el resplandor de la fe cristiana», y se erigen a sí mismos en norma suprema de derecho, violando arbitrariamente toda la jerarquía de valores y el orden objetivo de las relaciones humanas establecido por Dios, y cayendo, en fin, en uno de los dos errores igualmente perjudiciales, el de mirar toda la vida social como pura cuestión de economía subordinándola al interés del lucro, o considerar todo y a todos «bajo el aspecto político», lo que excluye igualmente toda consideración ética y religiosa.

No es que la vida social tenga a Dios por fin interno, único e inmediato. Entonces los medios políticos para realizar el orden social pasarían a ser medios exclusivamente religiosos y la Iglesia suplantaría totalmente a la Ciudad temporal. No es ese el orden social cristiano, Institución social-temporal que pertenece al mundo de las realidades terrenas y humanas, no de tipo puramente sacral. Ciertamente que Dios es el término esencial de todos los hombres que moran en el recinto de la Ciudad temporal. Pero la sociedad civil no realiza por sí misma tan elevado fin, sino deja que sus miembros alcancen su cometido esencial en otra Sociedad de carácter puramente espiritual y de inmediata institución divina: la Iglesia. Ella se reserva el orden de las causalidades materiales. No obstante, el imperio temporal también deriva de Dios y debe someterse enteramente al orden moral de su divina ley. Sujeto material en que ha de producirse la obra de la gracia, no debe poner objeción insuperable a su afortunada Visitación. La misión del imperio temporal, de la Sociedad civil, es crear un conjunto de condiciones materiales que haga posible una vida humana digna, que aseguren el paso del hombre por la tierra en marcha hacia la eternidad. La Ciudad temporal coronada por la Ciudad de Dios, la naturaleza perfeccionada por la gracia según el lenguaje de Santo Tomás, es decir, una sociedad civil que, siendo plenamente soberana en la gestión de la cosa pública, en su cometido

propio de servicio de las personas y de la comunidad, se oriente siempre al indefectible centro de gravedad de la ley divina, tal es el ideal del *orden social cristiano*, de un ordenamiento jurídico que sea el reflejo del orden divino y fruto luminoso del espíritu humano, imagen a su vez del espíritu de Dios.

Nada importarán las creaciones concretas de ese orden, las formas políticas cómo habrá de realizarse, con tal de que floten incólumes los postulados fundamentales ético-religiosos del orden social interno. Las diferencias de regímenes, de razas y cultura de los Estados, no se oponen a la instauración del orden nuevo ; todas ellas y todas las naciones podrán reducirse al mismo común denominador que ordenó e informó los pueblos de la Edad Media : la cristiandad, el espiritualismo católico. Y las bases que garantizan este orden de la sociedad humana son los cinco puntos fundamentales desarrollados en el mensaje Pontificio : Dignidad y derechos devueltos a la persona humana ; defensa de la unidad social y especialmente de la familia ; devolución al trabajo de sus prerrogativas ; renovación de todo el ordenamiento jurídico del Estado, alejado de toda concepción utilitaria y de todo arbitrio egoísta ; concepción, en fin, del Estado según la idea cristiana.

Y pues que el orden social nace de la voluntad de paz y tiende a la paz, ésta será la secuela necesaria y dichosa de la puesta en práctica de aquellas normas de justicia que rigen el ordenamiento de las naciones : *Opus justitiae pax*, según la frase de Santo Tomás invocada por el Pontífice. La paz, anhelo supremo de todos en la hora presente.

Y si a las naciones empeñadas en la lucha les falta serenidad suficiente para meditar y poner en práctica esas verdades, a las naciones que, como la nuestra, viven en calma, toca meditar en ellas y crear el ambiente propicio que acabe por imponer, cuando la paz llegue, los principios radicales de esa paz.

EL RETORNO AL SER EN LA FILOSOFÍA JURÍDICA

POR JOAQUÍN RUIZ-JIMÉNEZ

«El hombre necesita una nueva revelación. Porque se pierde dentro de su arbitraria e ilimitada cabalística interior cuando no puede contrastar ésta y disciplinarla en el choque con algo que sepa a auténtica e inexorable realidad. Esta es el único verdadero pedagogo y gobernante del hombre. Sin su presencia inexorable y patética, ni hay en serio cultura, ni hay Estado, ni hay siquiera—y esto es lo más terrible—realidad en la propia vida personal.»

(J. Ortega y Gasset: «La Historia como sistema», págs. 75 y 76.)

EL texto de José Ortega y Gasset que hemos hincado en el dintel de estas páginas (1), sugiere suficientemente—con todo su áspero dramatismo—cuál ha sido la circunstancia filosófica a que nuestra generación se ha visto arrojada.

Perdida la fe en Dios por las gentes del Renacimiento; perdida la fe en la razón por los «científistas» del XIX, hemos llegado al siglo con el alma en angustiadas vacilaciones.

(1) Son ellas los principales fragmentos—sin aclaraciones y apenas sin citas—del II Capítulo de nuestro estudio «La Concepción institucional del Derecho», hoy en trance de ultimación.

Las damos a CISNEROS como ofrenda al recuerdo siempre lozano de Santo Tomás y como primicia de nuestra colaboración humilde, pero fervorosa, a la joven y pujante Revista universitaria.

El hombre, que siente hasta los entresijos de su ser la tremenda certeza de su contingencia, bracea desesperadamente en busca de un asidero firme, de una tierra que no se abra bajo sus pies. Y clama por una revelación.

Una muy larga herencia de errores racionalistas en que la inteligencia, desligada del ser, fué devorándose a sí misma, condujo al piélago cultural—o anticultural más bien—de la primera pre-guerra mundial.

Ciertamente que en el recinto de los monasterios o en las escuelas canónicas de formación del clero, se siguió rindiendo culto al tesoro doctrinal de la antigüedad clásica y del Medioevo; y que más aún, bajo el aldabonazo providencial de S. S. León XIII, despertaron y crecieron falanges animosas de un tomismo amplio, evolutivo y asimilador de las conquistas modernas, aunque fiel a la Ontología tradicional.

Mas nada de esto excusa de reconocer que aquella supervivencia de la «perennis philosophia» y este renacimiento y renovación, apenas si habían logrado eco entre los filósofos «seglares» de principios de la centuria, que giraban tozudamente en torno a los restos descarnados del positivismo comtiano o a los del idealismo crítico, sin que las voces prematuras y aisladas de algunos rebeldes como Franz Brentano, el joven Bergson, y aun nuestro mismo Ortega, fueran por entonces más que clamores en el desierto.

Un novel historiador español ha podido escribir no ha mucho que «en 1900 no había filosofía *vigente*» (2), afirmación exacta si se aclara que los coletazos póstumos del nominalismo positivista y del neo-kantismo carecían de cohesión y de vigor.

La Filosofía, rebajada al rango de ciencia formalista y mínima—«deshumanizada» en el sentido de Peter Wust (3)—, se enfrascaba en juegos malabares, mientras por las afueras de su laboratorio la vida seguía planteando con angustia tremendas y radicales cuestiones.

Así se entabló sórdidamente contienda entre la realidad y los detentadores de la Sabiduría, produciéndose—Carlos Ruiz del Cas-

(2) «Julián Marías». «Historia de la Filosofía», pág. 365.

(3) Cf. Peter Wust en «El Cristiano y la Filosofía», en «Escorial», n. 14, Madrid, diciembre 1941, pág. 349.

tillo lo percibió con agudeza—un «dramático contraste entre el escepticismo de una *elite*» que lo había analizado todo y «el ansia encendida de las masas por captar ideas claras» que sirvieran de norte a reivindicaciones de orden práctico (4).

El drama tenía que resolverse en una integración más alta, so pena de que la vida arrasara los falsos templos de la inteligencia y se hundiera, como no estuvo lejos de ocurrir, en bárbara irracionalidad.

De 1918 a nuestros días han acontecido muchas cosas. De ellas tal vez la fundamental sea—aunque otros hombres, mirando con lentes de superficie, piensen lo contrario—el renacimiento de la Metafísica y su reversión sobre la vida y el ser.

El Derecho, sector ingente de la realidad, ha recorrido análoga trayectoria, y de estar en manos de investigadores que mirándole por la epidermis trazaban de él un esquema matemático, sin aliento y sin sangre, ha caído en brazos de filósofos que tratan de penetrar en sus escondidas raíces, con ojos que si a veces sufren espejismos y desvaríos, rebuscan cuando menos con ansia y con premura el sentido más hondo de la existencia entera.

Precisar, concisa y modestamente, los rasgos esenciales del actual momento filosófico, para luego cotejar con ellos las notas que caracterizan a la «Concepción institucional del Derecho» versión renovada de la Filosofía tomista del Bien común—, es el designio de las páginas que siguen.

BREVE ESQUEMA DE LA COYUNTURA FILOSOFICA PRESENTE

Si—aun pechando con el riesgo que toda generalización entraña—quisiéramos condensar las notas dominantes de este momento crítico en una frase desnuda, habríamos de decir *que el pensamiento actual anda a la caza del «objeto»*.

Muy pronto constataremos que por hallarse ese pensamiento enfrascado en diversión de escondite consigo mismo, el «objeto» a que a veces se agarra y aprieta con alborozo, no es más que una vana

(4) Estudio preliminar a los «Principios de Derecho público y constitucional», de Maurice Hauriou; trad. esp., pág. XIII.

imagen, desdoblamiento del propio cazador que le persigue en un recinto cerrado, sin puertas de acceso a la realidad exterior.

Mas no por ello deja de ser claro que en lo que va de centuria la mente humana viene tratando de saltar sobre la circundante hendidura que le cavara Renato Descartes, y de aferrarse vitalmente a la trascendencia.

Cuando Regis Jolivet ha podido decir que la historia de las doctrinas filosóficas durante el siglo XIX y hasta nuestros días puede resumirse en esta fórmula: «el idealismo en busca de lo real» (5), mayor título nos asiste para proyectar análogo juicio sobre los esfuerzos desplegados por quienes conscientemente reniegan del abolengo cartesiano y aspiran a construir una auténtica y nueva Metafísica.

La tarea es dura y exige, sin rodeos, un radical renacimiento, un enérgico y sincero golpe de timón. Porque lo que está sobre el tapete es nada menos que el sentido mismo con que se filosofa. En toda la Edad Moderna se ha meditado con «espíritu trascendental»; para entrar en una nueva Era hay que filosofar otra vez—al modo como lo hicieron Platon y Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás—con «espíritu ontológico».

No es superfluo insistir en la ineludible importancia y necesidad de este viraje. Mientras se permanezca en la línea de Descartes no habrá redención filosófica posible. Sirva de muestra el caso de Edmund Husserl, varado en el banco de arena del idealismo por no haber logrado independizarse del maestro francés.

SENTIDO DE LA FILOSOFIA MODERNA

El hecho no puede despertar la menor extrañeza.

Descartes—aun permaneciendo en el ámbito del dogma cristiano y hasta desembocando en conclusiones filosóficas «realistas»: existencia de Dios, del cuerpo, del mundo exterior...—acaudilló una revolución completa contra la Metafísica tradicional.

Esta se acuesta al ser. Su sistema no es el capricho, más o menos genial, de ninguno de sus artífices, sino el sistema mismo de la

(5) «Les sources de l'idéalisme», ed. Desclée de Brouwer. Paris, 1936, pág. 113.

realidad, sin mutilación y sin falseamiento. Aristóteles hizo de esta sumisión al ser, la consigna liminar de su Filosofía. En el surco de su trayectoria, aunque con el impulso creador del aliento dogmático cristiano, Santo Tomás vino a desenvolver su esquema intelectual arquitectónica e integradoramente. Espíritu ontológico rezuman todas las páginas salidas de su mano inmortal. Por eso Martín Grabmann no se ha recatado en calificarle de «pensador absolutamente metafísico (6).

Pudo serlo porque tenía fe en la capacidad de la mente humana para penetrar en la entraña misma del ser, y porque creía en la continuidad y escalonamiento jerárquico de la realidad plena: sensible y supersensible, natural y sobrenatural. Todo el edificio que el aquinatense construye, apóyase de un lado en la convicción de la capacidad del intelecto humano para asimilarse el reino de las esencias, de las causas, de los fines y de las leyes, creencia, en suma, en la realidad y cognoscibilidad de un orden supraempírico; y básase de otro en la convicción de que por encima del horizonte metafísico, abierto al pensamiento natural, se extiende aún el horizonte de la sobrenaturalidad, el de los misterios revelados por Dios, que no se cierra sino que se rasga y abre para el espíritu humano iluminado por la luz de la fe (7).

Los dos problemas básicos de la Filosofía: el teórico—sobre el *quid* de la realidad y la potencia y modo de la mente humana en su captura—y el práctico—dilucidación sobre la trascendencia del obrar del hombre y la norma bajo la cual esa actividad se desenvuelve hasta el logro de su propia plenitud y bondad—; en otros términos, el *problema gnoseológico-metafísico* o de *contemplación* del ser e ingreso en su meollo y de *justificación* crítica de la legitimidad y valor del medio a emplear en ese acceso para obtenerlo sin ilusión ni deformación y el *problema moral*, son resueltos en la concepción de Santo Tomás partiendo del *ser* y con amoroso plegamiento a éste. «Sostenida en el ser trascendente y como olvidada de sí misma, la inteligencia—escribe Octavio Nicolás Derisi—sale en Tomás en busca de su objeto que la perfecciona, el ser, y por él llega y se centra en Dios,

(6) «Santo Tomás de Aquino», trad. esp., ed. Aubior, pág. 60.

(7) Cfr., aut. cit., ob. cit., pág. 59.

alcanzando su actualización con la posesión del Ser que es la Verdad suprema... Todo es unidad, todo es armonía, jerarquía e integración en esta vasta síntesis, estructurada y alimentada en todas sus partes por la unidad del ser: el mundo en el hombre, el hombre en el hijo de Dios, el hijo de Dios en Dios; y en un orden estrictamente filosófico: el ser iluminando y enriqueciendo a la inteligencia, ésta a la voluntad y ambas llevando e integrando al hombre, a través del mundo, en Dios» (8).

Actitud esta de honda humildad espiritual que alcanza por premio la posesión serena e irrefutable de la Verdad.

En contraste con ella, dibújase duramente al filo del XVI el gesto soberbio y rebelde de los hombres del Renacimiento y de la Reforma, que desgarran el orden y concierto medieval para abrir el largo capítulo del endiosamiento humano. No le tembló la pluma a nuestro Ramiro de Maeztu al calificar de «sofisma del orgullo» el pecado original con que advino la nueva etapa histórica (9).

Descartes, envuelto por el poderoso flujo que en sus días conmueve a Europa, comienza por dudar—y por dudar realmente, aunque luego otra cosa aparezca en la superficie de su sistema—de la capacidad de la inteligencia humana para desentrañar el enigma total del ser. En un tremendo esfuerzo, a solas con su pensamiento, trata de dar dictamen inapelable sobre la existencia real de aquél. No importa que la solitaria deliberación termine con un fallo favorable al ser; no importa que de la alquimia del «Cogito» surja por ensalmo, contra toda previsión, un castillete realista. El mal ya está hecho. La inteligencia, de condicionada ha pasado a condicionante, de súbdita a gobernadora. El ser queda sometido y subordinado a ella; más aun: la razón se independiza y desentiende del ser. Para el tomismo, el conocimiento era la identidad intencional de pensamiento y ser, contacto inmediato—desde el punto de vista gnoseológico—entre cognocente y cognocido. *Cognoscens in actu est cognitum in actu*. En Descartes el mecanismo se cierra sobre el pensamiento, que queda a solas consigo mismo, condenado a conocer las *copias* que fabrica de los obje-

(8) «Filosofía moderna y filosofía tomista», ed. «Sol y Luna». Buenos Aires, 1941, págs. 17 y 18.

(9) Cfr. «La crisis del Humanismo». Barcelona, ed. Minerva, s. f., págs. 12 a 18.

tos. Pero entonces surge la necesidad de encontrar un criterio que garantice la exacta correspondencia entre la cosa copiada o reproducida y el pensamiento que toma y traza su imagen. Y como esta piedra de toque no existe ya en el arsenal interior de la razón, desconectada previamente del ser que la nutría, el autor del «Discurso del Método» se ve en el trance de echar mano a la veracidad divina, a costa de la coherencia y de la verosimilitud de todo el sistema.

Sus seguidores no habrán de esforzarse mucho en corregir esta claudicación y en afirmar limpiamente que la inteligencia es la *creadora* del ser, fragua y nodriza del mismo; que todo, en suma, es pura y escueta idealidad.

En la historia han quedado jalonadas las sucesivas etapas de esa trágica dialéctica.

No siendo nuestro intento el examen de cada una de ellas, quede al menos aquí la anotación de que todos los esfuerzos hechos por los filósofos postcartesianos para rescatar el *ser perdido*, sin despojarse del espíritu del idealismo inmanentista, han abortado, dejando tras de sí una más enconada llaga.

De un lado el *empirismo* anglosajón (con Locke, Berkeley, Hume...) empuña la ecuación cartesiana «sensación-idea» para abatir a la inteligencia y lanzarla de su escaño, arrumbando—con pretensiones de derrota definitiva—las preguntas esenciales sobre el ser, para contentarse con las apariencias y figuras que por los sentidos entran o en los sentidos surgen.

De otro lado, Emanuel Kant pretende ligar otra vez los dos factores de conocimiento: razón y experiencia, que desde Descartes se distanciaban más y más. Pero por acometer esta empresa desde un erróneo punto de partida, desde un torcido enfoque del problema crítico, es arrastrado a barrenar con mayor energía y, consiguientemente, con mayor estrago aun el cimiento mismo de todo posible edificio intelectual.

El filósofo de Königsberg se hunde en el inmanentismo, y aunque pregone la dualidad de fenómeno y noumeno, como deja relegado éste a la esfera de lo incognoscible, abre de par en par las puertas al idealismo absoluto que llega pisándole los talones.

No es sólo que la inteligencia quede en contemplación de sí misma y en el encierro de sus categorías, de espaldas a todo lo que trasciende el orden fenoménico; no es sólo que la razón cree su objeto, ni que las pretendidas realidades metafísicas—Dios, mundo, alma...—giren en torno a la actividad trascendental del espíritu, sino que también la vida moral del hombre brota y se encauza desde su ámbito interior, desligado de ataduras a toda norma objetiva y trascendente.

«Si Spinoza estaba ebrio de Dios, hasta olvidar al hombre, Kant estaba ebrio del hombre hasta olvidar a Dios.»

La frase de Sertillanges (11) es ácremente cierta. Y no la desmiente la circunstancia de que en el alma del autor de las «Críticas» hubiera un cálido fervor pietista, ni de que fuese su intención resguardar las grandes verdades necesarias a la vida humana—Dios, inmortalidad, libertad—contra los ataques de la razón.

Si el Kant de 1788 aspiraba a reconstruir por el sendero de la Ética lo que el Kant de 1781 abatió por el de la Gnoseología, sus hijos espirituales se habrían de encargarse pronto de demostrarle la inanidad de su intento.

La triada Fichte, Schelling, Hegel—engarce del idealismo subjetivo, objetivo y absoluto, como tres notas inescindibles de un mismo diapasón—preside el arrollador despliegue del pensamiento que, tras de liquidar los últimos vestigios de la «cosa en sí», del ser extramentar, se erige en creador de todo lo existente.

Magno y deslumbrador empeño, sobre todo, el de Federico Hegel, que por no resignarse a prescindir definitivamente del ser se lanza a la tarea de desvelar su resurrección en el empuje dialéctico de la Idea. ¡Magno..., pero infecundo y letal empeño! El hombre, a fuerza de querer ser Dios, deja incluso de ser hombre; se disgrega y pierde en el abrazo descomunal de lo Absoluto.

Magníficamente resume Derisi—con palabras que hacemos cierre de nuestra mínima meditación—el espectáculo y las causas de esta tremenda bancarrota. La pérdida del ser ha representado para todo el enorme esfuerzo de la filosofía de los últimos siglos—pese a sus autén-

(11) «Le Christianisme et les Philosophies». Les temps modernes, ed. Aubier. París, 1940, pág. 191.

(12) Op. cit., págs. 64 y 65.

ticas conquistas y al talento de sus destacados representantes—una condena a la esterilidad, a la contradicción y despedazamiento interno, con el consiguiente estancamiento y fracaso de sus sistemas. «*Y es que arrancada del ser, le ha faltado a la inteligencia el alimento de su propio acrecentamiento espiritual, no pudiendo seguir su impulso natural hacia la conquista de la verdad, que, identificada con el ser trascendente y, en último término, con el Ser divino, está fuera de sí misma; y se ha visto obligada a un trabajo contra la naturaleza misma de su actividad... Al privarse de Dios por el camino de la inteligencia, la filosofía moderna se ha privado de su perfección absoluta y suprema*» (13).

En el choque histórico de las dos concepciones: la realista cristiana y la del «idealismo» subjetivista, aquélla queda preterida, silenciada, mas no muerta; ésta triunfa durante tres largos siglos, pero es para dejar plantado al hombre en la más dramática de las situaciones.

(Continuará.)

ALABANZA DE LA CATEDRAL

Nº 3669

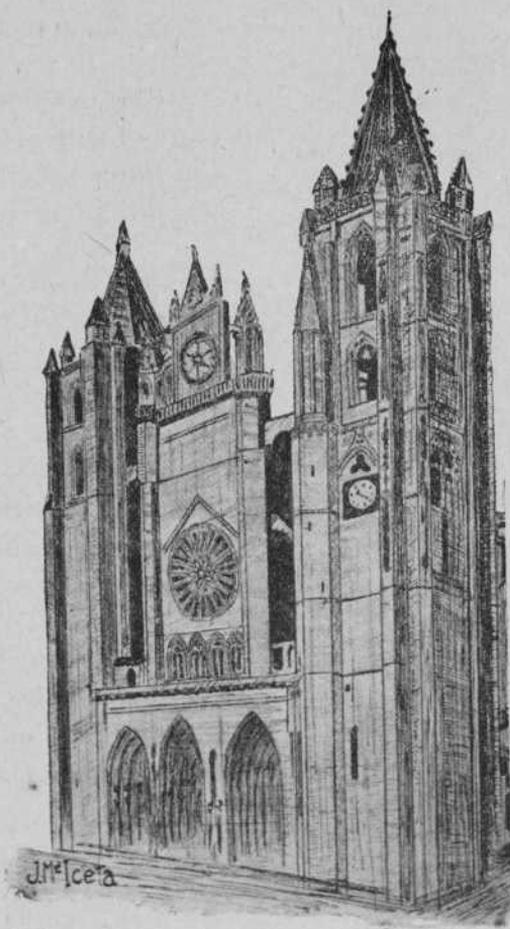
¡Oh flecha detenida!
Aquí, en tu puro arte
la norma se hace vida:
igual quiero cantarte.

Te creyera desmayo
de la emoción, esbelta
primavera en su mayo
florido, a vacar suelta,

si de tu torre el prisma
vertical sin disputa
no viera, hecho su misma
voluntad absoluta.

—«Mi contención esconde
el más alzado anhelo,
que es subir hasta donde
el aire se hace cielo:

Y a mí fieles, columnas
sabias de su misión
mira: buenas alumnas,
sostienen mi intención.»



¡ *Conjunción de hermosura
frágil y ánimo erecto!* :
*dice tu arquitectura
equilibrio perfecto.*

*Tan suprema armonía,
¿ cómo te la procuras?*
—«*Reflejo la que un día
presidió vidas puras.*»

¡ *Oh, supremo consuelo
de hacer la vida bella!* :
el aire, fuera, es cielo
—¿ *la catedral estrella?*— ;

*celestes ventanales
regalan su tesoro :*
*son flores los cristales,
y el aire, dentro, es oro.*

*Subir, volar quisiera
tu vocación de ave...*
Tú ordenas la quimera :
columna, nervio, clave.

¡ *Pasión, pasión, pasión,
delirio de aventura
que se alza hecho oración!*
La vida es plena y pura.

*Y así anhelo hacia el Bien
y a lo Bello, los dos
se identifican en
arte espejo de Dios.*

EUGENIO DE NORA

SANTO TOMÁS ANTE LA VIDA

POR FRAY J. M. DE AGUILAR, O. P.

INGENUAS y piadosas suelen ser las leyendas hagiográficas medievales. Su finalidad devota se engalana con destellos de poética belleza. Para el historiador moderno resulta difícil problema de crítica el deslinde entre la fábula y el dato. De las narraciones sencillas y edificantes—a veces también insulsas y ñoñas—de vidas deshumanizadas, de santidad troquelada en moldes poco reales y muy definidos, se va pasando a la penetración psicológica del espíritu, a una ambientación más verídica del dinamismo y progreso en la formación de los santos.

No es la personalidad de Santo Tomás muy apropiada a esas deformaciones legendarias. Menos desfigurada que otras por biógrafos y ensayistas, con todo—acaso por sus dimensiones de gigante—es de los más fragmentariamente conocidos. La preeminencia de su misión doctrinal ha hecho dejar en el olvido otras facetas magníficas y altamente aleccionadoras de su vida. A Santo Tomás—aun desde joven—se le suele enfrentar con el interrogante intelectual, con el problema de la verdad, de Dios. Se admira la luminosidad y justeza de sus escritos, la elevación de sus especulaciones, la penetración intuitiva de su genio. Es el gran contemplativo que paseaba por los claustros góticos del Convento de Santiago en París, con la frente despejada y la mirada levantada hacia el cielo como queriéndose remontar—en alas de razón y de fe—por las rutas insondables del misterio. Todo esto es muy cierto, pero tanta maravilla le aleja demasiado de nosotros, nos distancia de quien debe ser un modelo atrayente y de eficaz ejem-

plaridad. Por esto el patronato de Santo Tomás sobre la juventud estudiosa se ha convertido, a veces, en simple admiración, en tradicional símbolo de entronización oficial, pero desprovisto de una fuerza y vigor que arrastre, de amabilidad y simpatía que subyugue y encauce los entusiasmos juveniles.

Nuestra visión será también fragmentaria—mejor aún—complementaria. Nada nuevo pretendemos descubrir; sólo queremos subrayar, matizar con relieve las palpitaciones más humanas—sin dejar su valor de santidad—, las facetas psicológicas de sus reacciones juveniles al enfrentarse con los problemas de la vida. Acortemos distancias de siglos, olvidemos diferencias accidentales de costumbres y ambientación, para situar a nuestro modelo frente a la realidad y problemática del vivir moderno, ante el cúmulo de inquietudes íntimas, vitales, que son acicate de dinamismo y esfuerzo, generadoras de ansias y de luchas.

SANTO Tomás se presenta a la observación sensible como una naturaleza vigorosa, de proporciones atléticas en su cuerpo. Abundancia voluminosa de músculos, más que perfiles tensos de olímpica complexión. Era el legado nórdico de su alcurnia materna. Pero al «magnus» y «grossus» añade el biógrafo «brunus». Moreno, que proclama la presencia de lo meridional, de lo latino. Extraordinaria y exquisita sensibilidad, afabilidad sincera y reposada, finura y delicadeza junto a una energía esforzada y a veces indomable.

Su juventud se desenvuelve—en gran parte—en escenario de luchas, entre varoniles y enérgicas actitudes, que fueron labrando una recia personalidad con desgarramientos de combate, con laureles triunfales de victoria. En su camino juvenil y a lo largo de su vida entera, surgieron los grandes problemas que descubren al hombre consciente la trayectoria de sus grandezas, que cincelan y aquilatan sus valores eternos. Problemática del destino, de la vocación, de la pureza, de la amistad, del trabajo, de las creencias.

DUROS rasgos han dibujado en la vida de Santo Tomás la línea de su misión. Frente a los derroteros del éxito triunfal—que le prometían su linaje y su talento—por los caminos del mundo, el joven descubre una llamada de propia renuncia, de entrega sacrificial por las

estrecheces de una vocación religiosa. Poco de singular en la llamada, pero mucho en la enérgica respuesta que exige la consagración íntegra de su voluntad en la defensa y servicio de una convicción. Las dificultades que surgen en la senda no son sólo los obstáculos íntimos del alma invitada a negarse; a extremos de máxima insidia y violencia llegó la oposición familiar. El novicio de 19 años, peregrino hacia la ciencia de París, es atleta en la palestra frente al ataque armado de sus hermanos militares. Se entrega prisionero ante la fuerza, pero también con fuerza sabe defender sobre su cuerpo la blanca túnica de estameña y en su alma la ofrenda generosa de su vocación dominicana. Y tras la victoria castrense, vienen los torneos palaciegos, las caricias y halagos familiares, hasta las seducciones impuras de una mala mujer. Pero ahí está el hombre de carácter enfrentado con la realidad de la vida, el joven de temple recio que no retrocede cuando no se puede ceder, que sabe poner en peligro hasta su vida, no con la estoica indiferencia de un desesperado, ni con la terquedad inflexible del fanático, sino con toda la fortaleza cristiana del convencido. Aquella victoria consumada en el castillo de San Juan—ha dicho un Romano Pontífice—conquistó para la Iglesia toda la santidad y la ciencia de Tomás. Firmeza de carácter, voluntad robusta en la defensa de ese tesoro inalienable de su vocación. Basta esbozar la actitud para pasar en seguida a un íntimo preguntar: ¿No es humano y vigoroso, no arrastra este ejemplo varonil a quienes cada día, en la Universidad, en el paseo, en el espectáculo, en la conversación o lectura mediata, tienen que plantearse también el problema de su camino, de su orientación profesional, de su vocación humana y divina?

CRECEN los valores humanos de Tomás si penetramos un poco en los secretos de su corazón, ardiente y sensible a las exquisitas delicadezas del amor. Omitamos detalles magníficos de sus tiernas expansiones de amor divino. Pocos cantos más inspirados tuvo el amor que las estrofas eucarísticas de Fray Tomás. Páginas maravillosas dejó escritas sobre el amor y la amistad, psicológicamente analizadas, pero también delicadamente sentidas en aquella afectuosa y entrañable convivencia con Fray Reginaldo, su amigo y confidente. Y junto a lo íntimo y profundo que unifica las almas, iban unidas otras

muestras generosas de un corazón abierto para todos. Son los recuerdos de su compañerismo estudiantil, del más aventajado en las clases que ayudaba a los torpes, que explicaba al rezagado las tesis del profesor, que soportaba con paciencia en los paseos las exposiciones obscuras y equivocadas de su condiscípulo, para aclararle después con suavidad y cariño los verdaderos caminos de Verdad.

Tampoco faltaron en su juventud las luchas sangrientas de la pasión y de la carne. «Miro modo passibilis», sensible en extremo—lo describe el más antiguo biógrafo—, no es extraño que ante las desenvolturas de aquella hermosa joven—insinuante provocación—, que sus hermanos introdujeron en la estancia de Tomás «sintiera rebelarse en su cuerpo aquel estímulo carnal que siempre había sabido someter a la razón. El episodio se recoge en todas las biografías, pero junto a la rigurosidad histórica del hecho tiene un valor elocuente de símbolo. No debió ser aquella la única batalla de que Tomás salió triunfante. Su edad, su complexión y temperamento, pregonan numerosos combates ocultos que conquistaron aquella pureza esforzada, triunfadora en la prueba, que Dios quiso confirmar y—por así decirlo—garantizar con la gracia de un equilibrio reposado de sentimientos y amores, que para siempre endereza y jerarquiza la directriz de su cariño, elevándolo en creciente ascensión hacia los amores eternos. Nunca deja de maravillarse—por contraste—la perspicacia y agudeza con que aquel corazón virgen supo conocer y describir los infinitos repliegues del corazón humano, hasta descender a las miserias más degradantes de su perversión. La pureza y castidad de vida en Tomás no solamente prestaron luminosidad diáfana a su preclara inteligencia, sino que enriquecieron con ternura y delicadeza de corazón su convivir humano, convivir universitario en Nápoles, París y Colonia, realidad paralela a nuestra actividad moderna.

LA tensión de trabajo y de polémica de aquella coyuntura cultural, acaso no la alcanzamos en nuestros días. Santo Tomás la ordenaba con normas de conducta que él mismo aconsejaba a un estudiante: «Pureza exquisita de conciencia; aplicación incansable en las horas de estudio; esfuerzo por comprender a fondo cuanto se lee y oye; trabajo por superar toda duda y llegar a la certidumbre; refu-

giarse cuanto pueda en la sala de armas del espíritu». Estos consejos se hicieron carne en aquella fecunda vida de formación y apostolado universitario. Espíritu de infatigable laboriosidad frente a problema del trabajo, que tantas veces abrumba el panorama estudiantil. El talento puede ser un don; la voluntad y el esfuerzo constante muchas veces le superan en sus conquistas. El talento de Tomás, sin aquella intensa actividad—docente y literaria—hubiera sido oculto manantial que jamás fecundara los campos doctrinales de la Iglesia.

Un último consejo—olvidado tal vez en la enumeración del maestro—nos predica la actitud estudiantil y magistral de Santo Tomás, en la profunda humildad, inducida en silencio, en aprendizaje sagaz de verdad—viniera de donde viniera— en caridad respetuosa para el adversario en polémica. Naturalidad y sencillez, que delatan la pandería y petulancia del falso intelectualismo. Aquella sabiduría que alguna vez le obliga a la más categórica afirmación: «No dudo de la verdad de mi doctrina», le enseña al mismo tiempo la conveniencia del humilde silencio ante un adversario inexperto. «Me pareció—dirá después a sus discípulos—que no debía confundir al nuevo maestro en sus comienzos ante la solemne asamblea». Y cuando la jerarquía universitaria corona los méritos del joven Tomás con el grado supremo del Magisterio, el humilde profesor se desahoga en sollozos ante su Dios: «*Salvum me fac Deus*», Sálvame Señor, porque me han impuesto la gran carga del Magisterio y no tengo ciencia, ni sé la tesis que proponga en mi primera lección».

Y ¿cuántas veces en muchas conciencias jóvenes se clava el aguijón de la duda? ¿Cuántas quiebras de creencias en los claustros universitarios! Frente a la llama tenue de una fe sencilla, poco ilustrada, casi infantil, se levantan fantásticas y sugestivas las objeciones de ideologías disolventes o los prejuicios morales—arrolladores—de toda pasión que se desenfrena. También en este aspecto aparece la ejemplaridad de Santo Tomás. Desde sus días infantiles vivió preocupado por aquella gran cuestión: «¿Quién es Dios?». No le agitaba la inquietud de la duda, sino el ansia creciente de saber, la defensa incansable de la verdad, la iluminación de otras almas naufragadas en tinieblas del error. Toda la existencia de Tomás fué contes-

tación a aquella pregunta con un lenguaje de vida y con gran claridad de ciencia ; vida y doctrina, porque—como él enseña—«la vida nos conduce a la ciencia de la verdad».

Siempre rica, siempre aleccionadora, la vida de Tomás trasciende del pergamino antiguo hasta situarla y enfrentarla con nuestros problemas juveniles en el marco universitario. Puede ser que en alguno penetre más, en íntimo examen, invitando a una rectificación. La Conciencia valorativa de una vocación universitaria, la consagración esforzada y generosa de una voluntad en su servicio, son las grandes palancas en la formación y gobierno del estudiante. Es el pensamiento denso que el Cardenal Gomá aplicaba a nuestro patrono : «Un estado de vida cuando se ha abrazado con convicción, y más cuando esa convicción responde a una vocación de Dios, tiene siempre influencia decisiva en la mentalidad de quien lo abraza.»



GANIVET

NOTAS PARA UN ENSAYO

(Continuación)

II. MIRANDO A ESPAÑA

EL CRISTIANISMO ESPAÑOL

Y esto se enlaza con su afirmación, que viene unas páginas después: "España fué la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original."

Como antes, en parte acierta; pero se reserva también para errar.

No es que España "crease" un cristianismo o se lo arreglase a su medida, sino que se lo asimiló en toda su integridad más hondamente que ningún otro pueblo.

Todo hombre que avanza hacia Dios parte ya de distinto punto: su naturaleza. Pero la gracia sigue estos caminos, pues que es accidente sobrenatural, que supone lo natural, y así, según se van acercando, si bien se van asemejando, por su proximidad, al fin y modelo, resplandece más por la perfección su estilo, y permanecen distintos y originales; por obra de su misión y su naturaleza. Recuérdense, si no, las cumbres de la santidad: los dos Juanes Evangélicos, San José, San Pablo, San Juan de la Cruz..., he aquí estilos y caracteres bien definidos y originales: Naturalezas cenitales.

En cambio, no cabe esto que llama Ganivet originalidad en el cristianismo en los "quidam", que no llegan a hacer del cristianismo una cosa suya, inmediata, que no se injertan en él.

Esto le pasó a España: fué la que más se santificó, la que mejor se ciñó la vestidura del hombre nuevo, y por eso alcanzó más personalidad, más originalidad, porque el cristianismo, por ser para todos, tiene amplitud para cada uno: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas".

España, en su siglo de Oro, presentó la rotundidez de su estilo —naturaleza—, arropada en fe y obras.

He aquí la originalidad del cristianismo español: la de su naturaleza en plenitud, por la ascensión de la gracia.

CARACTERES

Y siguiendo en su inveterada costumbre, al caracterizarlo, acierta al decir que son "las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: El misticismo, que fué la exaltación poética, y el fanatismo, que fué la exaltación en la acción." (Pág. 15.)

Pero llega al borde del abismo y aun cae, al decir que "El misticismo fué como una santificación de la sensualidad africana, y el fanatismo fué una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate. El mismo espíritu que se eleva a los más sublimes conceptos, creaba instituciones formidables y terroríficas; y cuando queremos mostrar algo que marque con gran relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que acudir con aparente contrasentido a los autos de fe y a los arrebatos de amor de Santa Teresa." (Ib.)

Bien visto lo de la mera apariencia. También es plenamente aceptable lo del fanatismo. En ocho siglos de liza el español se ha penetrado de su misión: Espada de la fe. Al tiempo se ha endurecido y, naturalmente, un pueblo fuerte, con un ideal grande y totalitario, no puede menos de ser fanático.

Sin embargo, es lamentable su alusión a la Inquisición.

Y más grave aún su desconocimiento del misticismo. Su símil resulta disonante, máxime al hablar poco más abajo de Santa Teresa, alma mística. En este adjetivo, adquiere el misticismo su plenitud de sentido. Y aquí se ve más aún a qué distancia queda Ganimet de comprender lo que realmente sea la mística.

El misticismo se refiere ya, como indica el término, a la obra misteriosa y delicada de Dios en el alma, y resulta brutal y triste a un tiempo, un conato de explicación sensualista y su insistencia más adelante (pág. 208). Nada tienen que ver aquí los árabes. La contestación a un posible por qué está en estas palabras del Evangelio: "El espíritu sopla donde quiere" (Jo., III, 8), y "lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que nace del espíritu, es espíritu" (Jo., III, 6).

Y en las líneas que hay hasta concluir el párrafo, y en el párrafo que sigue, y en lo que va después del párrafo, muestra otra vez, con gran

lujo de fraseología, su radical incompreensión del cristianismo. Por más que no es extraño en quien llega a afirmar que "En el fondo, ciencia, arte y religión son una misma cosa" (p. 81).

Hubiéramos empezado por aquí y nuestro ensayo hubiera ganado en cohesión y sistema; pero hemos preferido seguir paralelamente el "Idearium", para mayor facilidad.

En primer lugar, no cabe hablar de "espíritu originario del cristianismo" (pág. 16), porque este espíritu permanece absolutamente idéntico a sí mismo. La voz del Papa es eco fiel de la de Cristo.

Otra cosa muy distinta sería si se hablara del espíritu de los cristianos.

LA TEOCRACIA

Y unas líneas antes se ve otro párrafo con una de sus paradojas habituales (p. 13):

"El poder teocrático, que luego había de ser una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros, fué en el período gótico la causa de la disolución nacional; porque con los godos era sólo una cabeza servida por brazos torpes y debilitados; mientras que en la reconquista fué cabeza y brazo a la vez." (Pág. 13.)

Si iguales causas producen iguales efectos —y esto es elementalísimo—, a distintos efectos "a fortiori" corresponderán distintas causas. Y él mismo se contradice al decir que eran los brazos los que fallaban. ¿Cómo puede llamar causa de disolución a lo que precisamente va a ser razón de la unidad de España? (Toledo, III Concilio, 589.)

De no haber sido por esto, España no hubiera estado capacitada para la Reconquista. Y los brazos, es natural, sólo se fortalecen y adiestran en la pelea. De aquí que no pueda decirse que la teocracia fuese causa de disolución en el período gótico, pues gracias a ella se consiguió superar la invasión islamita.

Cuando sintéticamente se ha llegado a tener una teoría del Universo, y no una suma de instantáneas, es posible preguntarse por la misión de cada uno de los elementos y hacer que cada uno de estos concuerde con el todo, y entre sí: Armonía universal.

Sólo a partir de una verdad primaria y absoluta se puede luego desarrollar teorías sobre lo demás, sea Religión, Patria o Familia.

Quiere decir esto que hay algo que rige y da la pauta, a lo que todo debe plegarse.

Y resulta que, de todo lo creado, la realidad más profunda y más íntima es la del alma individual humana.

Nada adquiere los tintes trágicos de la salvación o reprobación eterna, como en esta alma encerrada en un cuerpo, débil, pero máximo elemento de la creación.

Teniendo esta visión teleológica y religiosa del universo, fácil es ver a qué puede llamarse "interés nacional" y cómo queda un tanto vacía la afirmación de Ganivet: "Ni la religión, ni el arte, ni ninguna idea, así sea la más elevada, puede suplir en la acción la ausencia del interés nacional..." (Pág. 149.)

Puesto que la misma palabra "interés" ya está diciendo finalidad y dirección, hacia, y este "hacia" vendrá definido por la concepción del universo y la teoría totalitaria que se tenga.

Como cada hombre tiene una vocación personal, cada pueblo tiene un destino racial, y su interés y su engrandecimiento, no pueden estar fuera del camino que se le ha trazado.

Por esto está muy bien visto en cambio lo que dice más adelante, aunque por la falta de sentido religioso se quede en intelectualismo alicortado: "He aquí un ejemplo más de verdadero pesimismo: el de los que desconfían de las fuerzas propias de su nación, y creen que ésta no será grande, en tanto que no se le añada algún pedazo de tierra, donde, ya que otra cosa no se consiga, tengamos al menos el gusto de que ondee el pabellón nacional." (P. 169.)

Pero esta visión providencialista y teleológica, no podía tenerla Ganivet, desde el momento en que no tiene fe suficiente y carece por completo de la visión y la vivencia de lo sobrenatural.

EL SIGLO DE ORO

VEAMOS cómo interpreta nuestro Siglo de Oro (pág. 98): "...con ser tan admirable, es sólo un asomo o un anuncio de lo que hubiera podido ser, si terminada la Reconquista hubiéramos concentrado nuestras fuerzas y las hubiéramos aplicado a dar cuerpo a nuestros propios ideales. La energía acumulada en nuestra lucha contra los árabes no era sólo energía guerrera, como muchos creen; era, según haré ver después, energía espiritual. Si la fatalidad histórica no nos hubiera puesto en la pendiente en que nos puso, lo mismo que la fuerza nacional se transformó en acción, hubiera podido mantenerse encerrada en nuestro territorio, en una vida más íntima, más intensa, y hacer de nuestra nación una Grecia cristiana."

Esto no se puede decir más que en el siglo XIX. Aquí Ganivet no logra sobreponerse a la amargura de su época, siglo de decepción.

Al acabar la reconquista, España se encuentra abocada a su destino. Frente por frente a su misión. Lo anterior ha sido prefacio.

España no podía encerrarse en un narcisismo teñido de espiritualidad, porque precisamente entonces estalla toda su vida interior, y en actitud de auténtico apóstol, de concha que rebosa, da lo que le sobra, y esta exigencia de dar le mueve a llenarse cada vez más.

Si España no hubiera respondido abundantemente a la llamada del mar, lo más probable es que, como los jóvenes muy cebados y encerrados entre cuatro paredes, hubiera acabado por enfermar de melancolía y neurastenia. Por otra parte, ya vimos la posibilidad de una Grecia cristiana.

Las causas de la caída, por tanto, creo que habrá que buscarlas por otra parte, aunque desde luego una de ellas, y esencial, es el haberse levantado. No es extraña la herida en quien combate. Porque España entonces no murió, y esto bien lo vemos con cuatro siglos de perspectiva. Casi tan bien como que aquello estuvo muy lejos de ser una "desviación histórica", como Ganivet dice (pág. 208).

LAS ESPAÑAS

HAGAMOS otra parada en las ideas de libre curso.

(Pág. 109): "Hay que sacrificar la espontaneidad del pensamiento propio, hay que fraguar "ideas generales", que tengan curso en todos los países para aspirar a una influencia política durable. Nosotros, por nuestra propia constitución, somos inhábiles para esas manipulaciones, y nuestro espíritu no ha podido triunfar más que por la violencia."

Con lo ya dicho, el comentario de este párrafo aclarará más nuestra visión del Imperio español.

A la vista está el error de esta apreciación. Las ideas más generales, y al tiempo las más definidas y exactas son las que ha difundido siempre España, cuando ha difundido algo. Geometría precisa del dogma.

Precisamente el imperio de espuela y bota alta es el que nunca conoció, y hasta tal punto que, en rigor, la palabra "imperio" adquiere un sentido muy peculiar al ser aplicado a nuestra expansión.

No es un reino que monte sobre otros, sino un rey que multiplica sus territorios y sus súbditos —y recuérdese que sólo es multiplicable materia homogénea—, siempre en un plano de igualdad. Y así nunca hubo —cuando lo hubo ya estaba herido de muerte— España y colonias o rey, y emperador, sino que España se pluralizó, y el rey fué sólo rey con igual inmediatez —salvo la espacial— y amor, de todos los españoles, indios y

peninsulares, y no de España y América, sino que los Felipes y los Carlos eran Reyes de las Españas.

No puede, pues, hablarse de fuerza. Precisamente lo que a hierro se ganó acabó por perderse. Sólo lo que conquistó el espíritu permanece hoy.

Ni una compensación natural puede empañar nuestra gloria. Se descubrió un mundo, se le dió la más vieja cultura, la lengua más sonora y la Religión verdadera de Cristo: Todo espíritu y todo permanece. A lo menos, cuanto permanece en la misma España Ibérica. No se puede llegar a más que esta fusión vital absoluta.

Esto se concatena perfectamente con su lamentación siguiente: "...No hemos tenido un período español puro." Nuevamente el sino del tiempo pesando sobre Ganivet. Decepción y amargura. A casa. Otra vez se deja vencer por la tentación narcisista.

Sin duda, aquí por puro debemos entender "sin mezcla". Pero esto no tiene sentido aplicárselo a España, raza hija de veinte pueblos y madre de otros veinte.

Es la actitud del combatiente derrotado, obsesionado con las penalidades y sufrimientos de la guerra.

Más le valiera aquí recordar su frase, también impresa en el Ideario: "España lucha sin fuerzas, precisamente para adquirirlas." Aquí sí ha visto claro. España no sabe encastillarse. Está hecha para guiar, y las fuerzas sólo le nacen con la urgencia de la aplicación. El ser se perfecciona con la acción que le es propia. España, con la fidelidad a su destino.

III

INTERROGANTE ACTUAL

ORIGINALIDAD Y DESTINO RACIAL

NOLI foras ire: In interiore Hispaniae habitat veritas." (Pág. 66.) Así resume Ganivet su teoría.

"Hay que prescindir de organizaciones artificiales imitadas de los triunfadores del día o de la víspera y atenerse a lo que las necesidades propias exigen, sin fijarse en lo que hagan los demás." (Pág. 66.)

Porque ha visto con certerísima intuición que (pág. 177): "España ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material desparramándose por extensos territorios, y es la primera que tiene ahora que trabajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo; por lo tanto, su situación es distinta de la las demás naciones europeas, y no debe imitar a ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados a hechos nuevos también en la historia.

Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven; porque nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores, más adelantados, en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución."

"El problema político que España ha de resolver no tiene precedentes claros y precisos en la historia." (Pág. 178.)

Ha calado bien la originalidad del problema español. Sin llegar a entrarse de lleno en la eterna metafísica, comprende, cuanto le es dado, el "genio" o "ideal de la raza", y ve cuán pobre es la visión de los que consideran retrasada a España, porque no ha aportado nada a la Revolución francesa y no ha tenido un parlamento con ciertos visos de seriedad.

España, hasta en su geografía, es pueblo destacado y original. Su historia y su estilo no se puede seriar geoméricamente al lado de la del resto de los pueblos europeos. Su vida salta, sobre clasificaciones y reglas generales, porque no sólo la vida de España, sino la de cualquier pueblo con estilo y misión definidos, no es vida de un individuo de tal especie, cuyo desarrollo puede medirse por el de otros individuos más adelantados de la misma especie, sino vida de un individuo que agota en sí la especie. Cada historia es una melodía distinta, con clave, ritmo y aire propios, y es necio querer imponer a todos el mismo compás.

Esto lo ha visto Ganivet al parodiar a San Agustín: *Noli foras ire...* Esta bella frase así suelta, como casi todas las bellas frases así sueltas, se presta por lo menos a una doble interpretación. Aquí basta con que acentuemos el tinte ganivetiano o nos remontemos a recoger el sentido de San Agustín.

Maeztu, en papel de crítico, combate decisivamente a Ganivet. Pero también puede querer decir otra cosa. No que la verdad sea exclusiva de España, sino que no la hemos de buscar fuera, porque está dentro... y está dentro porque ha entrado. La cosa cambia. Se nos ha perdido en casa y, por tanto, huelgan los anuncios en los periódicos.

Y el texto de San Agustín aclara mucho: *In interiori homini habitat veritas*. No es que cada hombre tenga una verdad suya y para sí, que este es asunto que ya hemos ventilado, sino que la puede encontrar dentro, por reflexión.

Igualmente, España dió su espíritu; pero no quedó tan ayuna de él que tenga que ir a buscar por fuera, sino que necesita recogerse. Buscar nueva-

mente el ideal, pues que el destino permanece. La melodía está interrumpida; el compás es fatal. Hay que dar otra vez con la clave. El ideal de un pueblo es la visión y conciencia de su destino. Y cuando un pueblo se llena de ideal, del suyo, personal e intransferible, alza sus banderas. Porque los pueblos son seres vivos que se mueven por causas finales. Y en la vida la causa eficiente es ya decadencia.

In interiore Hispaniae habitat veritas. El resurgimiento, no vendrá ciertamente de fuera, sino que España le hallará dentro de sí. Se trata de buscar en la historia, en la tradición, en el espíritu del tiempo que vivimos, la palabra mágica, cuyos ecos permanecen, para volver a pronunciarla, y España se pondrá en pie.

Es algo así como un barco que se hallase a la deriva en un pleno mediodía, tras una noche tumultuosa de crápula y borrachera a bordo. Al despertar el capitán, no tendría que preguntar a otros buques ni seguir ninguna estela; le bastaría repasar sus cartas, para adivinar el fin y la razón de su viaje.

Está en España la verdad. Noli foras ire. Está en su geografía y en su historia. En su carácter. En su tradición. Hay que buscar el quid de su eterna metafísica y reemprender la marcha reciamente. Este es el remedio para la abulia que diagnostica Ganivet a España, y para lo que ciertamente no es suficiente con un buen dictador. Págs. 185 y 197.)

EL EXTERIOR ESPAÑOL

A UN quiero tratar un punto que ya hemos esbozado, antes de poner fin a este ensayo general que ha ido montándose por entre el Idearium de Ganivet.

Es obligado hacer destacar su posición ante América y Portugal, su concepción de las Españas, aunque huelgue el comentario.

Respecto de la unidad ibérica, dice tajantemente: "La única política sensata, pues, será aplicarnos a destruir esa mala inteligencia y fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica." (Pág. 127.)

Respecto de América, su lenguaje no difiere grandemente (pág. 130): "Las relaciones entre España y las naciones hispano-americanas no deben de regirse por los principios del derecho internacional; al contrario, se deberá rehuir sistemáticamente todo acto político que tienda a equiparar dichas relaciones a las que España sostiene con países de diverso origen."

"En vez de hablar de fraternidad y tratarnos como extranjeros, debemos callar y tratarnos como hermanos." (Pág. 139.)

(Pág. 179): "...si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos e intundir en ellos el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos."

En este párrafo se resume cuanto de positivo y genial hay en la obra de Ganivet.

Como en las composiciones de gran orquesta, distintos instrumentos, por diversos rincones, van adelantando los motivos. Esto ya nos es conocido; pero aún no lo había dicho con tanta fuerza, aún no lo había hecho sonar por todo lo alto.

Si Ganivet hubiera tenido una fe viva, no se hubiera desmandado nunca de esta idea verdaderamente central, y su "leit motiv" hubiera sido más definido.

Más no fué así. El acabó su obra en su tiempo, y a nosotros nos ha tocado enfrentarnos con ella en el nuestro. Ya los árboles no nos tapan la selva.

Tenemos ojos para ver y oídos para oír. Ciertamente: "...hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos, y por ellos, en la Ciudad y en el Estado."

Y también es preciso que sepamos cuál ha de ser esta vida espiritual; experiencia sí tenemos para ello.

No olvidemos que, como dice Chesterton, la gran herejía del siglo XIX ha sido equiparar espiritual con bueno.

FINIS

HEMOS estudiado a Ganivet en su maraña de ideas sobre lo hispánico que es el Idearium.

Si a lo hispánico se hubiera ceñido su trabajo, ciertamente sería maravilloso.

El senequismo realmente no deja de ser algo que permanece; pero faltaría ver si es realmente senequismo en los españoles o cristianismo incluso en Séneca.

El virginalismo, entendiéndolo por "espíritu ajeno a la obra", el que el espíritu permanece vigoroso pese a ella, como si no la hubiese hecho él, es una afirmación rotunda de su fe en los destinos de España.

Y si el virginalismo es esperanza, su "Noli foras ire" es fe en el pasado.

Si sólo hubiese dicho esto, su obra sería perfecta; pero para hablar de España hay que hablar de otras cosas.

Y Ganivet ha naufragado lastimosamente al tener que hablar del cristianismo, que ni vive, ni conoce, y quiere explicarlo naturalmente, y este naufragio le ocurre a Ganivet porque considera el cristianismo como una filosofía, si bien no como una cualquiera: ahí está su elogio al heroísmo (8).

Y es que el cristianismo es más. Ya lo vimos. Es algo totalitario, solución plena al interrogante universal. y esto le escapa.

Muchas otras cosas podrían decirse sobre un libro de tal densidad y complicación como el que nos ocupa.

Nada esencial queda, sin embargo, sin tratar, y si en alguna ocasión lo pareciese, es en gracia a que con lo dicho en otras, se puede con gran facilidad deducir la posición.

Por otro lado, es claro, he prescindido de lo meramente circunstancial y anecdótico, es decir, de la mera opinión, para quedarme sólo con lo que tiene valor teórico, lo que adquiere categoría de pensamiento y concepción.

JOSE ARTIGAS



UNIVERSIDADES Y COLEGIOS MAYORES





EL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. FRANCISCO XIMENEZ DE CISNEROS.

¿UNIVERSITAS?

II

INTENTÓ la reforma universitaria austríaca y bávara de mediados del siglo XVIII poner a la Universidad, de un solo golpe, en consonancia con la ciencia de la época. La reforma de Swieten, en Viena, amplió la Facultad de Filosofía llevando a ella el conjunto de todas las ciencias modernas afines. El estudio de la filosofía perdió su situación subordinada, debiendo representar en lo sucesivo la formación fundamental y rectora de las demás Facultades. La utópica aspiración posterior de los idealistas, de que se concurriera a la Universidad, primeramente sólo «para estudiar» y no para formarse en una especialidad concreta, tuvo realidad entonces al establecerse la obligatoriedad del estudio de la filosofía en todas las Facultades durante un mínimo de dos o tres años. La reforma debida a Ickstatt, de la Universidad bávara, tropezó con más serias dificultades. De nuevo las fuerzas de la ortodoxia lograron la supremacía. Sin embargo, gracias a la influencia de la Corte, consiguióse que se aceptara como modelo la Universidad prusiana, avanzada y progresiva. Incluso la Universidad «escolástica» de Würzburgo hubo de adoptar, finalmente, los textos «heréticos» de las Universidades de Halle o Gotinga. Desapareció el latín, convertido en disciplina particular explicada en cátedra aparte, dentro de las ramas filológicas. La medicina especulativa se organizó en especialidades, y la física y las investigaciones experimentales ocuparon su lugar correspondiente. La última reforma de 1803 acusa sensiblemente, junto a las huellas de la organización napoleónica de la enseñanza, la influencia de Schelling. La teología aparece, como disciplina secundaria, en el segundo grupo de las ciencias aplicadas (jurisprudencia, medicina), mientras que el primer grupo, integrado por las ciencias teóricas, es totalmente absorbido por la filosofía.

También ello, en el aspecto formal, suponía un extremado modernismo. Mostrábase, pues, claramente que seguían dominando en la época las tendencias favorables a la unificación orgánica de todo el saber bajo la primacía de la filosofía, y que tales tendencias hacíanse más ostensibles allí donde la Universalidad dogmática y escolástica, con su sentido rígido de unidad, iba a ser sustituida por otra estructura no demasiado distinta.

LA PRIMERA UNIVERSIDAD "MODERNA"

Dentro de la corriente protestante, la evolución tuvo un carácter menos brusco y violento. El cuerpo profesoral acusó aquí siempre mayor variedad que en la mayor parte de las Universidades católicas regidas por las distintas Ordenes religiosas. Tampoco la estructura científica escolástica tenía la misma severidad formal ni el rigor que imprimía en estas últimas la fidelidad a una tradición milenaria. La posición dogmática de la ortodoxia católica estaba a la sazón en conflicto y polémica con los puntos capitales de la reforma que propugnaba convertir la interpretación textual de las Escrituras en fundamento capital de toda formación religiosa y científica. Las tendencias de la Ilustración influyeron pronto en amplios círculos de la sociedad culta protestante y encontraron fácil acceso a las secciones político-culturales de los Ministerios. Produjéronse con ello los supuestos para que un nuevo espíritu penetrase en las nuevas fundaciones. Así fué fundada la Universidad de Halle en 1694 y organizada en los primeros años del siglo XVIII como «la primera Universidad realmente moderna». Es curioso que su fundador, Thomasius, muerto en Leipzig y perseguido por la ortodoxia luterana, fuera el primero que utilizó con éxito en la cátedra el idioma alemán. Este hombre, un jurista apenas original en sus ideas, estaba, sin embargo, animado fundamentalmente por la tendencia hacia un orden jurídico racional y conforme a la naturaleza, renovador, terrenal y ligero. Era, pues, Thomasius una figura no exenta de originalidad que representaba la antítesis atractiva de la aburrida dignidad profesoral. Junto a él tene-

mos al maestro Francke, el pietista, identificado con aquél en repudiar una enseñanza forzada, humanística y artificiosa, la vana discusión filosófica y toda destreza racional formalista y vacua encauzada hacia la polémica. Ambos son precursores activos y eficaces de la nueva ordenación de la Universidad. Los dos contribuyen poderosamente a preparar la atmósfera en la que trata de penetrar, con tanta eficacia, la filosofía de Wolff, combatida más tarde con violencia por el propio Francke, que la calificara de «gran fuerza de las tinieblas».

SUPREMACÍA DE LA FILOSOFÍA

Con Wolff irrumpen decisivamente modernas tendencias culturales. La filosofía es concebida como ciencia rectora, fundada en sí misma, a la que se asigna el atributo de ordenar, a la sobria claridad de la razón, cuanto en el mundo y en la ciencia había embrollado en un verdadero caos la limitación de las teorías opuestas. Todo esto, la filosofía había de hacerlo concebible, aplicable, instructivo y accesible a una formación espiritual natural. La «libertad de filosofar» se erige en principio de la enseñanza. Consistía éste, en su aspecto positivo, en la afirmación de la capacidad originaria de conocer de la razón pura y en su aspecto negativo, en la prevención contra la autoridad externa de la teología y contra la reglamentación del Estado. Las fuerzas más apasionadas de la época se vuelven claramente hacia el nuevo concepto: la filosofía ha conquistado para sí la primacía. La nueva materia de enseñanza se abre amplio paso en las Universidades, derivándose de ella la flexible multiplicidad de enseñanzas filosóficas, literarias, históricas y político-económicas. Una «Instrucción Real» prusiana dictada en 1770 para Königsberg es en extremo expresiva acerca de la evolución de las cosas. En su virtud, todas las facultades venían obligadas a explicar filosofía, que constituye—decíase—una disciplina que «sin prejuicios ni adscripción a una determinada secta, tiene la misión de investigar la naturaleza de las cosas». Su absoluta necesidad quedaba rigurosamente demostrada. Lo mismo que la lógi-

ca correspondía a toda ciencia y de igual manera que la metafísica y la filosofía práctica afectaban a teólogos, juristas y médicos, así la «historia philosophica» tenía la misión de fomentar el «pensamiento ecléctico», de proscribir «el espíritu sectario» y de preservar de la excesiva confianza en los maestros».

EL REALISMO DE GOTINGA

Finalmente, en la Universidad de Gotinga, aparecen las nuevas tendencias en su constitución ejemplar, no obstante distanciarse esta institución, precisamente por su «humanismo enciclopédico», de la unidad científica de la «Universitas» en la misma medida en que intenta aproximarse al ideal de la «totalidad del saber». De antemano estaban ya prevenidos sus fundadores, por experiencias acaecidas en otras Universidades, aspirando alcanzar un equilibrio moderado que no deberían perturbar ningún dogmatismo absoluto ni cualquier rigidez formal. No es la filosofía, sino la jurisprudencia la que ocupa el primer lugar en este organismo docente que más acusa el deseo de una feliz coexistencia entre las distintas ciencias que la presencia de una determinada y necesaria estructura ideal unitaria. No obstante esto, en ella adquieren los elementos esenciales de la nueva concepción de la enseñanza plena madurez. En lugar de la «arbitrarietàad conceptual» y de «hipótesis y conclusiones», se aspira a la ilustración, a la literatura, a la filología, a la crítica, a la experiencia, al uso de las fuentes y a las matemáticas. Se intenta, con exclusión de lo pedantesco, «llevar a la práctica todas las ramas del saber». No se estudian los autores clásicos para imitar rigurosamente sus formas consagradas, sino que se les interpreta como estímulos ejemplares. Nace el seminario moderno y se desarrollan los centros de investigación y cultura merced a una nueva relación entre maestros y oyentes. Transformanse las bibliotecas en elementos imprescindibles de investigación y, por último, reconócese y garantizase oficialmente la libertad de enseñanza. Se produce, asimismo, una atmósfera de mayor intimidad entre maestros y alumnos a lo que contribuye esencialmente

el reducido número de éstos. En toda Alemania, con una población a la sazón de veinte millones de habitantes, apenas existían más de siete mil estudiantes.

SE ABREN LAS PUERTAS AL AMOR

Si examinamos las distintas instituciones docentes superiores que coexistieron en esta época, veremos que a pesar de Wolff y de Kant ninguna de ellas nos ofrece, por necesidades internas, el germen de las fundaciones posteriores. Lo que los idealistas aportaron al mundo de la enseñanza, tiene, en realidad, raíces bien distintas. No hicieron ellos, en el fondo, sino continuar una evolución suspendida hacía diez años e incorporarla a la organización oficial de la enseñanza. En puridad se limitan a reanimar espiritualmente aquellas fuerzas filosóficas e ideales, existentes desde el siglo XVII, pero relegadas por las instituciones oficiales a un medio privado donde se fomentaban apasionadamente. La ética del deber que impele a la acción, nacida de la Reforma y característica del Norte, la contemplación mística del pietismo de Suabia, los sistemas especulativos del siglo XVII, el optimismo en el porvenir de la Ilustración, en lo político, el «renacimiento de la humanidad» nacido del espíritu de la Revolución francesa, la aspiración romántica alemana de lograr la unidad del Reich y de la iglesia; en lo personal, la voluntad hacia la libertad individual, el encuentro elemental con las fuerzas del mundo antiguo, el despertar de la genial originalidad del sentimiento de la naturaleza, todo esto se agita y entremezcla en el contenido amplio de un idealismo ebrio de conceptos y conocimientos absolutos y que se afanaba en conformar, para una nueva época futura, el Reich espiritual de los alemanes.

El examen de las aspiraciones concretas de aquel idealismo y la apreciación de en qué medida consiguió realizarlas, son temas que merecen un capítulo aparte.

CARTA DE SANTO TOMÁS A UN ESTUDIANTE, SOBRE EL MODO DE ADQUIRIR CIENCIA

Y a que me preguntas, carísimo en Cristo, de qué manera debes estudiar para adquirir el tesoro inapreciable de la ciencia, he aquí el consejo que sobre todo te quiero dar: no pretendas enfrascarte de improviso en el océano, sino que por grados has de llegar a las cosas más difíciles después de haber discurrido por las más fáciles y accesibles. Esta es mi amonestación y quisiera que fuera tu enseñanza.

»Te aconsejo que seas tardo en el hablar, y que, absteniéndote de frecuentar lugares de disipación y en que mucho se habla, conserves la pureza de conciencia. Frecuenta, en cambio, la oración; y, amigo del retiro, podrás llegar al santuario de la Sabiduría.

»Muéstrate amable con todos; no seas fiscal de las acciones de los demás; con nadie te familiarices demasiado, pues la excesiva familiaridad engendra desprecio y lleva consigo el abandono del estudio. No te entrometas en problemas y negocios de la vida. Evita sobre todo cualquier clase de agitación.

»Sigue el ejemplo de los santos, y sin mirar a quien lo dice, aprópiate todo lo bueno que oigas o leas. Procura entender bien lo que estudias. No dejes de aclarar toda duda, y, ansioso de llenar el vaso de tu inteligencia, conserva en tu mente la mayor cantidad posible de conocimientos. No intentes poseer lo que, excediendo tu capacidad, no podrás alcanzar.

»Si quieres seguir estas orientaciones, serás en vida una planta hermosa y útil que producirá copiosas hojas y frutos de bendición en tu alma, viña plantada por el Señor de Israel, y, siguiendo estas máximas, lograrás adquirir la ciencia que deseas.»

LOS ANTIGUOS "COLEGIOS MAYORES" ESPAÑÓLES

II

EL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO, DE ALCALA

DESDE el reinado de los Reyes Católicos hasta finales del de Felipe III, época de esplendor de la Universidad española, el ejemplo cundió y no sólo en Salamanca, sino también en Valladolid y Alcalá, fueron creándose verdaderas ciudades universitarias con la erección de múltiples Colegios alrededor de las Universidades.

Cisneros, al instituir la Universidad de Alcalá, quiso imitar los métodos de enseñanza, ejercicios y grados de la Universidad de París, por entonces la más cosmopolita y prestigiosa de Europa, dotada de maestros de todos los países y con disciplinas que a todos abarcaban; pero para velar por la función educativa de ella y singularmente al crear el Colegio de San Ildefonso, germen de los demás, fundados en los años sucesivos, siguió los usos y costumbres de Bolonia, Salamanca, Valladolid y hasta Sigüenza. Así consta en la Bula de Alejandro VI, fechada en 1497, que le propone a éstos por modelos, por ser de estilo genuinamente español.

Las normas para el ingreso y estancia en la población escolar eran muy similares a las enumeradas en los Colegios ingleses, nuevo

ejemplo de la universal armonía de ideas existente todavía en aquel alborear del Renacimiento.

El mancebo que con el bozo rubio en los labios y el fulgor en la mirada llegaba anheloso de gloria y de fortuna a la ciudad de las letras y de los saberes, antes de incorporarse al bullicioso escuadrón de los escolares había de someterse a los requisitos determinados por las Constituciones de Cisneros, «el único fundador y patrono» de la Universidad de Alcalá.

JURAMENTO Y MATRÍCULA

Estos eran la promesa o juramento y la matrícula. El juramento había de preceder, según parece, a toda inscripción escolar, ya que estaba ordenado que «quien tal juramento no hiciese... no sea inscrito en la matrícula». Además, éste solía recibirse con gran solemnidad, en presencia del rector, notario y bedeles, como personas que recibían y atestiguaban ese juramento. La fórmula era como sigue: «Yo, X (doctor, maestro, licenciado, bachiller o escolar), de esta Universidad de Alcalá de Henares, juro a Dios y a estos Santos Evangelios de Dios que seré obediente a vos, el señor Rector de la dicha Universidad y a todos vuestros mandatos lícitos y honestos que no se opongan a las Constituciones del Reverendísimo Padre y Señor nuestro, el Sr. Francisco Ximénez de Cisneros, de la Sta. Romana Iglesia de Sta. Balbina, presbítero Cardenal, en España arzobispo toledano, etc., único fundador y patrono de este Colegio y Universidad. Y en los negocios y asuntos del predicho Colegio y Universidad le daré fielmente auxilio y favor. Los derechos, libertades, exenciones y prerrogativas del mismo Colegio y Universidad los defenderé según mis fuerzas. Los daños e incomodidades del mismo Colegio y Universidad y de las personas de ella, según mi poder, los rechazaré, y acudiré a vuestro llamamiento cuando quiera que fuere requerido. Procuraré el honor, dignidad y utilidad del mismo Colegio y Universidad, cualquiera que fuere el estado a que llegare durante todo el tiempo de mi vida. Así, Dios me ayude y estos Santos Evangelios de Dios.»

Al levantarse el estudiante, que de rodillas ante el Crucifijo había recitado la fórmula precedente, se hallaba ligado por un compromiso doble : el de someterse y obedecer al Rector y el de apoyar en todo y siempre los derechos y ventajas de la Universidad. Y era entonces cuando abonaba los derechos correspondientes al ingreso en su Facultad.

EL FUERO UNIVERSITARIO

Por el juramento y la matrícula quedaba el escolar incorporado a la vida de la Universidad, incorporación que incluía dos elementos esenciales : la sumisión al Rector y a las disposiciones universitarias por él promulgadas e interpretadas y la independencia de todo fuero, distinto del universitario. Eran los derechos y deberes anejos a la profesión de estudiante.

Los derechos eran muchos y venían a resumirse en un conjunto de privilegios que formaron lo que se denominó fuero universitario. Enumeraremos algunos.

El primero lo determinan taxativamente las Constituciones, al excluir cualquier jurisdicción que no fuera la propia de las autoridades académicas. «...si aconteciere que acaso surjan entre ellos algunas causas civiles, o criminales, o mixtas, entonces están obligados a presentarse únicamente ante el Rector del mismo Colegio y Universidad, que es su ordinario y juez propio, con autoridad apostólica a él concedida, ya que ellos (los universitarios) están completamente exentos de toda otra y cualquier jurisdicción. Y si alguno de los dichos presumiere de cualquier modo citar ante otro que ante el dicho juez alguno de todos los de la Universidad, además de la pena señalada en las mismas letras apostólicas, la primera vez pierda por sólo eso los cursos que hubiere hecho ; la segunda prvésele de todos los privilegios de la misma Universidad, y la tercera, si fuere regente o lector, prvésele de su regencia o lectura, y si fuere colegial u otra persona de las que habitan en el Colegio, sea expulsado de él, y si fuere escolar de la Universidad expúlsesele absolutamente.»

El fin de la exención de cualquier otra jurisdicción es el «que los

escolares estén alejados de todo estrépito de causas o litigios... y se consagren solamente al estudio de las letras». No se hizo, pues, el fuero para amparar el desorden, sino para estudiar, y si el fuero hubiera perjudicado al estudio, Cisneros nunca lo hubiera concedido y, de concederlo, lo hubiera retirado inmediatamente.

El fuero concedía al escolar independencia en el litigio legal, pero no inmunidad si, desmandados los escolares o incapacitadas las autoridades académicas, el alboroto y desorden universitario rebasaba su fuerza coercitiva. El sentido de aquella disposición, como observa el P. Urriza en su excelente libro sobre «la Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá», no era el cerrar las puertas materiales de la Universidad a las autoridades extrañas a la enseñanza cuando el desorden hubiera cundido en las clases. El sentido y espíritu de esta exención era muy distinto: era el cuidado paternal del tutor que vela por la paz del estudio de sus pupilos, que no quiere en modo alguno se distraiga la base fundamental de su actividad en aquellos juveniles y decisivos años.

Pero no era solamente la exención de extraña jurisdicción el privilegio de que gozaban los estudiantes. Muchas otras ventajas les fueron concedidas en atención a lo meritorio del estudio. A más de estar exentos de cargar con huéspedes en sus casas, Doña Juana la Loca, en cédula fechada el 24 de febrero de 1512, concedió que los maestros, colegiales, escolares y otras personas del estudio de Alcalá gozasen de los privilegios, franquezas y exenciones, preeminencias, prerrogativas e inmunidades de que gozaban los de Valladolid y Salamanca, privilegio que fué confirmado por los Reyes Felipe II y Felipe III. Carlos V, en 31 de julio de 1537, dispuso que los cursos de Alcalá y Salamanca fueran iguales y los gastos también, porque según parece, eran más caros los estudios en la villa del Henares. Finalmente, se mandó tasar las casas en que viviesen los estudiantes, a fin de que no hubiera abusos en los alquileres; los Reyes recibieron bajo su especial protección a la Universidad y ordenaron que sus individuos hiciesen los mismos cursos, privilegios, distribuciones e inmunidades que otras Universidades.

CALENDARIO ESCOLAR

En cuanto a los deberes, tampoco andaban menguados. Era el primero el de la obediencia al tutor y la asistencia a clase. Los cursos eran de doscientos setenta y cuatro días, cifra aterradora, si se compara con la blandura de la disciplina actual.

Había dos clases de fiestas : las «simpliciter», en las que había de haber vacación todo el día, sin que pudiera tomarse ninguna lección ni ejercicio escolar, y las «festa secundum quid», en las que forzosamente había de celebrarse alguna clase.

Las «festa simpliciter» solían ser unas tres al mes. Las más solemnes festividades de la Iglesia Católica, como las tres Pascuas de Navidad, Resurrección, Pentecostés, el día españolísimo del Corpus Christi, los últimos días de la Semana Santa, los aniversarios de los santos venerados con predilección en cada una de las ciudades universitarias, se celebraban con el cierre absoluto de todas las aulas y de todos los libros.

El número de fiestas de segundo orden o «secundum quid», fué mayor que el de las anteriores. Por de pronto, dos veces a la semana se concedía la libertad por el Rector para tener sólo medio día de clase : los domingos y otro día de libre elección del regente, con lo cual se llegaba a la cifra de ciento once días, porque las festividades eclesiásticas llegaban a veinte, a las cuales hay que añadir los treinta y nueve domingos del curso, más los treinta y nueve días de libre elección del catedrático—uno cada semana—, más otros diecisiete días durante la canícula ; y como del cómputo de los días de clase hay que descontar los cuarenta y ocho que van del día de la Natividad de la Virgen al de San Lucas, es decir, del 8 de septiembre al 18 de octubre—pues aunque no lo autorizan las Constituciones ésta fué la costumbre observada por todos—y como los días de descanso total eran treinta y tres, que son las fiestas «simpliciter», resulta que eran doscientos setenta y cuatro los días de clase, de los cuales ciento sesenta y tres deberían ser de jornada llena, dedicados desde la mañana a la noche al arduo trabajo del estudio. Tal fué el rígido *Calendario escolar* que regía en nuestras antiguas Universidades y Colegios Mayores.

El régimen interno estaba lleno de rigurosas observancias que puntualizaban hasta las precedencias en el orden de sentarse a la mesa.

Y no era solamente en estos grandes núcleos universitarios donde se velaba por la educación de los escolares y el más perfecto orden en los estudios, sino que en otros lugares de España se hacía algo similar y se iniciaban instituciones, algunas de las cuales perduran todavía hoy. Sirvieron para todos los españoles y aun para algunos extranjeros de modelo el ya citado de San Bartolomé, de Salamanca; el de San Antonio de Portaceli, de Sigüenza, y el de San Clemente, de Bolonia.

En el de Portaceli el Rector y los consiliarios tenían parecidos derechos y deberes que en Cambridge. Sus Constituciones ordenan que se elijan entre los trece estudiantes que lo constituyen dos que ayuden al Rector con su consejo.

Y en cuanto al actual sistema inglés de *Colegios-pueblos*, reviviscencia de la tradición medieval, tampoco es ajena, como ya hemos visto, nuestra historia. En realidad, de una manera parecida, estaba constituido el antiguo Colegio de los jesuitas en Villagarcía de Campos. Basábase en el mismo principio de organización de Residencias para quince o veinte estudiantes universitarios existentes en Salamanca, dirigidas por los llamados Bachilleres de pupilos.

Hasta el actualizado empalme jerárquico entre los Colegios universitarios y secundarios es muy conforme a la tradición española. El Cardenal Cisneros, al fundar el Colegio Mayor de San Ildefonso, fundó también, bajo su dependencia, otros cinco Colegios Menores para alumnos pobres becarios.

En la actualidad existe un Colegio español moderno, el llamado de Burjasot, en Valencia, en el cual, para la selección de los estudiantes se siguen las mismas normas que en el *New*, de Oxford, y en el de *Christ*, de Cambridge: los más pobres, los más inteligentes y los mejores. Además, forman parte del tribunal de ingreso dos antiguos colegiales.

Esta labor española en los albores del Renacimiento, trascendió a nuestra vecina Portugal de tal modo que la reforma universitaria proyectada por Juan III está considerablemente influenciada por las ideas pedagógicas de Vives.

Decía el inmortal filósofo valenciano, en su famoso tratado *De Tradendis Disciplinis*, escrito en Brujas allá por el mes de julio de 1531, que política y ciencia son la base y fundamento de todo Estado bien ordenado y ambas deben estar armónicamente ligadas, si no se quiere que se destruyan y que toda la fábrica que sobre ellas se levanta caiga deshecha con lamentable ruina.

«Reyes y doctos—decía Vives—han de vivir, consiguientemente, en una especie de simbiosis espiritual, prestándose mutuo apoyo y ayuda. Sobre el reposo que del poder real proviene se asienta la erudición, y el poder real se apoya sobre el consejo de los doctos. Si los sabios han de sostener y afirmar el prestigio del poder real, el Rey, a su vez, ha de cooperar a la recta formación de ellos».

Juan III agradeció efusivamente estas normas que le habían sido dedicadas por el humanista español y pensó llevarlas cuanto antes a la práctica, a fin de conseguir una rápida asimilación de los elementos vitales acarreados por el Renacimiento. Después de dudas y cavilaciones múltiples, en abril de 1537, ordenó que la Universidad de Lisboa se restaurase en Coimbra, donde ya había estado por dos veces y donde la tradición literaria de los canónigos regulares de San Agustín en el monasterio de Sta. Cruz le venía, desde los días del Rey Don Dionis, disponiendo el camino.

Los «saudosos campos de Mondejo», por donde paseó, risueña y gallarda, la musa ingenua del Rey poeta, prestábanse como pocos para servir de asiento a la Universidad, por la excelencia de su clima y la amena fresca y deleitosa disposición de sus dilatadas y fértiles vegas, cuya hermosa y alegre vista contribuye a recrear, con apacible y risueño alivio, los fatigados espíritus. Coimbra ofrecía, además, la ventaja de su privilegiada situación en el corazón del reino, adonde fácilmente y sin excesivos gastos ni incomodidades podrán concurrir toda clase de estudiantes.

Propósito firmísimo del Rey Don Juan fué, no solamente la reforma de la Universidad, de modo que fuese un centro apto de formación general, una forja de caracteres, una oficina de investigación científica y de preparación profesional, sino allanar y facilitar el acceso a ella, poniendo al alcance de todas las fortunas los bienes de la cultura, a fin de que sus aguas renovadoras se derramasen libremente, de suerte que todos pudiesen disfrutar de ellas. Sólo así sería posible romper el hermetismo de la nación, ensanchar sus horizontes, levantar sus ideales, cambiando por entero su fisonomía. A este fin fundó el Monarca, al lado de la Universidad, hasta once Colegios diferentes, y repartió entre ellos, con mano generosa, abundantes limosnas, ya anuales, ya perpetuas, para el sustento de estudiantes pobres. Y a muchos los dotó espléndidamente.

Además de los Colegios, fundáronse casas, muchas de las cuales aun hoy perviven, en las que habitaban los estudiantes en comunidad, encargándose uno de ellos de administrar los bienes, cargo que, a veces, se renueva cada mes, cosa también por entonces muy corriente en la Universidad de Salamanca.

Y esta obra del Rey no tardó en producir sus frutos. Poco después de fundada la Universidad pudo escribir ya Diego de Teyve que, cuando antes eran contados los portugueses que se interesaban por la cultura, resultaban ahora rarísimos los que no estudiaban. Y no sólo de la nobleza, sino que aun del mismo pueblo, era muy grande el número de los que a la Universidad concurrían, estimándose el caudal que en ello se gastaba como la mejor herencia que los padres podían legar a sus hijos.



H-11 3661

LA CANCION DEL JOVEN

*Tensión del anhelo. Sí ;
cuerda que se rompe, el alma ;
y los caminos del mundo
—larguísimos, sin paradas—
como las compuertas libres
de una balsa...*

*Por esas acequias plenas
; toda mi juventud marcha !
Por esas acequias plenas,
hacia fechas aún lejanas
se desbordan los tesoros
de mi alma*

*Duele, sí, ¡pero dejadlo!,
porque hay torres sin campanas,
labios vírgenes de besos,
y cumbres que esperan águilas.
—Al mundo, huérfano y pobre,
mi juventud le hace falta—.*

*Adiós! Me voy a vivir
la vida dulce o amarga
que me espere. Quedaré
acaso, a fin de jornada,
más pobre,*

*¡pero me voy! ;
es mi anhelo quien me lanza :
¡a fuerza de madrugar
he de adelantar el alba!
¿Para qué quiero la vida
si no es para regalarla?*

EUGENIO DE NORA

RECUERDOS DE UN VIAJE DE ESTUDIOS EN ITALIA

POR JOSE MARÍA NAHARRO MORA

Damos a continuación el texto de una conferencia pronunciada por el profesor Naharro, y en la cual se recogen sus impresiones acerca la Universidad y los universitarios italianos.

Si a mis oyentes, como a mí me ocurrió, les acaeciera encontrarse una buena mañana depositados por un autobús en esa magnífica plaza Esedra de Roma, flanqueados de un lado por la prometedora visión de la vía Nazionale y de otro por las ruinosas paredes que encubren la maravillosa iglesia de Santa María de los Angeles y las termas de Diocleciano, mientras contemplan absortos la monumental fuente de su centro, sentirán en seguida, como me sentí yo, estudiantes españoles, para salir del estupor anónimo y papanatas de lo nuevo, y pensarán inmediatamente que es necesario «entrar en situación», es decir, acomodarse a aquello, ver cuál es el hueco que el ambiente tiene para nosotros.

La cosa no es fácil, al menos por cuanto se presenta con una brusquedad extraordinaria. No hace todavía cuatro horas que estábais en el medio familiar de Barcelona y habéis venido leyendo el periódico de la mañana en ese autobús sin cobrador, al que para quitarle importancia, y no veros en el amargo trance de la señorita mareada que llevábais delante, ha quedado reducido el avión; por la cabeza os anda todavía una información sobre una tormenta en la provincia de Avila que acabáis de leer en el diario y silbáis inconscientemente la canción de turno en Madrid, entonces y, en medio de cierto asombro, comenzáis a daros cuenta que habéis quedado empequeñecidos de una forma extraña, que os acabáis precisamente en los límites de vuestro abrigo, lo que al mismo tiempo os permite daros cuenta que antes erais mucho más anchos y más altos porque os conectábais por mil

alianzas invisibles con el contorno. Estas han quedado definitivamente rotas, y lo comprobáis de forma inmediata porque el mozo que os coge la maleta se niega honrada y terminantemente a comprender que le pedís una cerilla hasta que rebuscando en el corto arsenal de vuestro italiano, extraéis con la auténtica alegría del que tropieza con un tesoro, la palabra salvadora: «¡fiammiferò!»

El estudiante que se dirige por primera vez a Roma no debe exagerar las dificultades de la aclimatación, porque la vida, el pensamiento y el sentimiento italianos tienen la común raíz con los nuestros de la latinidad, y muchas de las diferencias que en principio parecen abismos, acaban después de vividas y examinadas, por convertirse en pequeñísimos contrastes.

Pero hay además otro factor, y muy importante por cierto: es la ayuda que los organismos italianos os brindan para acomodaros. De ellos hay dos que acaban siendo vuestra segunda casa; me refiero al Instituto para las relaciones culturales con el extranjero, el «I. R. C. E.», como se acaba llamándole pronunciando el anagrama de su título, y los «G. U. F.», con lo que designamos, usando el mismo procedimiento, el sindicato estudiantil.

La idea de eficiencia no tiene nada que ver con la de cordialidad; pero de su reunión, tampoco fácil si se quiere que ni la primera transforme a la segunda en seca cortesía, o la segunda sirva para dispensar fallas de la primera, surge un compuesto que adquiere los caracteres de excelencia. Si el «I. R. C. E.» o los «G. U. F.» fueran simplemente unas instituciones cordiales o eficaces, serían análogas a otras mil que por el mundo circulan, pero reúnen en tan ponderada medida las dos cualidades, que nunca se sabe bien qué agradecer más de su gestión, si la perfección o la camaradería de la misma. Desde la primera visita al «I. R. C. E.» en una de sus dependencias instalada en el corazón de la vieja Roma del Renacimiento, os dáis cuenta de que aquello no es una oficina más, con sus artilladas ventanillas, desde donde todo funcionario que se estime hace fuego contra el indefenso público, sino una prolongación de la propia casa, mejor dicho, vuestra propia casa, allí donde por definición no la tenéis. Yo recuerdo con agradecimiento el estupor de mi primera visita, cuando pertrechado de una lista de preguntas relativas a las mil complicaciones grandes y menudas que tiene sobre sí el hombre que sólo lleva veinticuatro horas en un país extraño, lista que comprenderéis era casi tan larga como la historia de la ciudad en que empezaba a vivir, me encontré con que antes de que pudiera desarrollar el imponente cuestionario, un hombre cordial y enterado, que hoy tengo entre mis mejores amigos, me fué resolviendo una a una, terminantemente y sin dudas, el 99 por 100 de las cuestiones que yo llevaba planteadas, mientras echaba alguna que otra circunspecta mirada al papel sujeto entre mis manos inmóviles. Nobleza obliga, y yo debo po-

ner en mi haber que antes de que él hubiera llegado a la mitad de su explicación, yo rompí ostensiblemente mi memorial mientras ambos reíamos de buena gana.

El «I. R. C. E.» me puso en contacto inmediato y eficaz con las instituciones docentes romanas de todo orden, desde presentarme a los profesores universitarios con los cuales había de trabajar, hasta facilitarme la entrada en las Bibliotecas, inscribirme en los cursos de lengua para los extranjeros, presentarme a los «G. U. F.», etc. etc. Así entré bien pronto en relación con sus otras muchas ramas de actividad, muy principalmente con la dependencia de los cursos para extranjeros en aquella vía Cicerón del Prati, que es como si dijésemos nuestro barrio de Salamanca, en la cual pronto éramos también recibidos como antiguos conocidos y donde, al lado de compañeros cuyas nacionalidades iban desde la vecina Alemania al lejano Japón, perfeccionábamos el conocimiento del idioma que todo español que se estima afirma, convencido y en principio, que para él no tiene dificultades, pero cuyas presuntas facilidades se vienen a tierra con estrépito en cuanto nos convencemos que es necesario preguntar telegráficamente por dónde se va al Colineo y desde luego que el amable interpelado, quien indudablemente conoce el camino, no habla, sin embargo, el italiano, al menos de aquella forma en que es necesario hablarlo para que resulte inteligible a nuestros oídos.

También el «G. U. F.» os ofrece pronto otra nueva casa en la acogedora residencia que para la Sección de extranjeros tiene en Vía San Pantaleo, desde cuyos ventanales veis por las tardes, mientras se devana la charla amical en sus salones, cómo dora el sol la cúpula maravillosa de la Santa Inés del Borronini, situada en la vecina y a mi juicio más extraordinaria plaza romana del 600, la plaza Navona. Ser del «G. U. F.» romano os presta inmediatamente el prestigio de vuestro carnet y vuestra insignia, y aún, si la sequedad castellana os lo permite, poner os uno de los descomunales y alegres sombreros de colores, llenos de colgantes humorísticos que, según la facultad que curséis, os distingue como futuro abogado, médico o filósofo, y a ello se unen las nada despreciables ventajas materiales que tanto agradece la bolsa, nunca sobrada del estudiante, de tener una reducción en los espectáculos de todo linaje, pero todo ello no sería suficiente incentivo para encuadraros en la organización juvenil, si no os acuciara a ello el deseo y la satisfacción de convivir y ser uno más del grupo de los que son bien pronto vuestros íntimos y en los que veis conseguido un magnífico tipo de hombre de la nueva Italia. Es el tipo en quien están inspiradas las esculturas deportivas del friso del pequeño «stadium» del Foro Mussolini y la del estudiante-soldado, con su paso gimnástico, su cabeza erguida y su careta antiguas, que perpetúa con la dureza marmórea de su piedra la gran conci-

liación el abrazo de dos tiempos de este pueblo viejísimo, la unión de dos juventudes imperiales, la de los núbiles «míletes» de la toga cándida, con la de los jóvenes «camisas negras» de las escuadras fascistas.

La aclimatación es cada vez más resuelta y franca gracias a estas dos magníficas instituciones, pero aún hay otra que acaba por centrar terminantemente vuestra acción en Roma. Ella os resuelve uno de los problemas más agudos que hoy se tropiezan en la capital de Italia: el problema de la habitación. Roma se encuentra en la actualidad superpoblada. Como todas las grandes ciudades, tiene sobre sí esta limitación, que ha sido agravada por la corriente de habitantes del sur de Italia que tienden a desplazarse hacia el centro a efectos de la guerra y la acumulación normal de elementos de tránsito con que cuenta siempre el centro político de un país empeñado en una dura contienda.

Añádase a esto que el estudiante tiene que vivir cerca de la Universidad y el problema, si no resulta irresoluble, es al menos difícil para el recién llegado. Pero surge para ayudarlos la Casa del Estudiante. Como institución depende de los «G. U. F.» y de la Ciudad Universitaria y se halla presidida por profesor de la misma, mas realmente funciona debido al celo de sus propios elementos componentes, entre los que se elige el Director, el Secretario y los demás cargos administrativos. La Casa se halla formada por tres pabellones construídos al lado del recinto de la Ciudad Universitaria, donde cada estudiante tiene la habitación perfecta que necesita: ni lujosa ni pobre, adecuada a la vida estudiantil. Gran ventanal, amplia mesa, librería, armario, etc. Dentro de la Casa encontraréis satisfechas todas las necesidades materiales: duchas, baños, «tennis», patinaje, bar, peluquería, etcétera, etc. El ambiente es el cordial de toda reunión de estudiantes con la disciplina mínima. Cada Casa de Estudiantes forma una verdadera comunidad, no hay «nuevos» ni «antiguos»; yo he vivido también cortos días en la Casa del Estudiante de la Universidad de Milán, aún mayor que la romana, y era en ella a las veinticuatro horas amigo de todos sus componentes, exactamente igual que en Roma.

A las horas de las comidas, y más tarde en el bar, de 200 a 300 estudiantes abandonan la patología, las matemáticas o la jurisprudencia y se defienden con buenos ánimos, en unidades de choque formadas por cuatro combatientes en cada mesa, de las limitaciones del racionamiento. Se discute de todo, en todos los idiomas conocidos, y se fraguan las diversiones, los planes de trabajo y las bromas nocturnas.

(Continuará.)

ARTE Y LETRAS



INICIA hoy CISNEROS una de sus misiones más peculiares y delicadas: contribuir a dar forma y signo a la inquietud artística de los llamados a una labor creadora, y, más extensamente, de cuantos intentan educar su capacidad receptiva.

La labor es difícil y el momento grave. Más que grave, asfixiante. Porque es preciso decirlo: a partir de la guerra, como efecto de la conmoción que ella produjo, tenemos todos, en materia artística, la sensación de movernos en el vacío. De una parte, la orientación de los creadores nacidos antes de 1900 era y es forzosamente enemiga, pese al admirable gesto personal—de excepción en su grupo—de algunos. Son hijos de una época de dispersión: en rigor, tiene derecho a presidirlos mejor que nadie Mallarmé. Mallarmé, el santón del arte estéril, el hombre del callejón sin salida...

Y en cuanto a los más jóvenes: ¿Existen? ¿Serán capaces de crearse un «mundo» nuevo, independiente y de más trascendencia que el de sus antecesores inmediatos?

Queremos ser optimistas; creemos y esperamos que sí. Ante al guerra—de España y del mundo—; ante la ansiedad metafísica de las últimas corrientes del pensamiento; ante el entusiasmo religioso y heroico de las juventudes actuales, sentimos claramente que el arte no puede permanecer al margen. Necesitamos un arte nuevo; nos deja insatisfechos el fruto—muy estimable a veces—de una actitud vital que ya no es la nuestra. Sabemos que el ambiente está florecido de promesas y tenemos la voluntad de que nada se malogre. Hacemos, pues, desde el primer momento, confesión y voto de fidelidad a la exigencia nacional y humana de nuestro tiempo.

UN POETA MÁXIMO DE HISPANOAMÉRICA LEOPOLDO MARECHAL

P O R E U G E N I O D E N O R A

n.º 3662

Para JUAN CARLOS GOYENECHE

Los lectores curiosos de la poesía ya conocen el nombre de Leopoldo Marechal. Antes que la guerra europea impidiera vivir al día las cosas americanas, Marechal tenía ante nosotros un prestigio: era una de las promesas vivas más seguras entre los poetas jóvenes de Argentina. Teníamos de él esa visión algo borrosa y distraída de las cosas que sabemos van a consolidarse en algo distinto de lo que en un principio parecen. F. de Onís, por ejemplo, nos dice en su «Antología»: «Poeta brillante, de fondo romántico, con grandes dotes de elocuencia... y gran riqueza imaginativa y verbal. Su misma exuberancia—añade—le ha impedido llegar todavía al equilibrio de sus cualidades poéticas.»

A la vista de sus últimos libros se impone la obligación de acabar con esa vaguedad. Es preciso declarar alegremente que la promesa se ha cumplido. Estas notas no pretenden ser de un valor crítico riguroso, sino más bien como un grito de redescubrimiento. El lector notará que no hago sino amagar insinuaciones que requieren un desarrollo algo más completo. Quedan tal como están porque no trato de bordar ideas en torno a libros conocidos—eso es corrientemente la crítica—, y sí al contrario esquematizar lo que esos libros son.

El primero a que puede aludirse como fundamental y desconocido ya—o todavía—del público español, es «Laberinto de amor» (1936). Se trata de un tenso poema ni más ni menos que alegórico. Otro texto en prosa del mismo Marechal, «Descenso y ascenso del alma por la belleza» (1937), puede servirnos para interpre-

tarlo. Se glosan en éste unas palabras de San Isidoro impregnadas de saber neoplatónico-agustiniano, que serían la explicación exacta del plan general en «Laberinto de amor». «En sus dos movimientos, comparables a los del corazón, nos enseña un descenso y un ascenso del alma por la hermosura : es un perderse y un encontrarse luego, por obra de un mismo impulso y de un amor igual. Y el amor es aquí nombrado, porque lo bello nos convoca y a la belleza el alma se dirige según el movimiento amoroso ; por lo cual, toda ciencia de hermosura quiere llamarse ciencia de amor.» El poeta comienza la excursión por su laberinto, perdido entre las criaturas, que dispersan y escinden su espíritu :

«Allá toda hermosura decía su linaje
y en toda flor el alma pudo salir de viaje.»

Luego, el alma se encuentra con el Amor Consejero, y pide que le oriente, puesto que entre las criaturas

«de contaron que bailar no podía
sin ofender las nobles leyes de Jerarquía».

El Amor le señala «el suave país de la mujer», pero también allí el alma queda insatisfecha. Así nos lo explica el poeta en su exposición : «La criatura ofrece—al alma—un bien, y el alma se reposa un instante, nada más que un instante ; porque no hay proporción entre su sed y el agua que se le rinde, y porque bien sabe la sed cuándo el agua no alcanza. Y lo que no le da un amor lo busca en los otros : y el alma está como dividida en la multiplicidad de sus amores, con lo cual malogra su vocación de unidad : y corre y se desasosiega tras ellos, con lo cual malogra su vocación de reposo.»

«De castigo en castigo, de llamado en llamado,
así va el alma tras el Amor emboscado.»

Hasta que por fin, el Caballero Amor, convertido en mendigo, señala su verdadero camino en la oración y en la penitencia :

«Sin alejarse nunca del centro de su esfera
el alma parte sobre la rodilla viajera.»

El «Laberinto de amor» recuerda una de esas vidrieras de catedral gótica que nos conquistan a fuerza de ingenuidad. Marechal se orienta en este poema, visiblemente, hacia los primitivos italianos del «dolce stil nuovo», Dante, y, en general, todo lo más puro y exquisito de aquella fina cultura prerrenacentista que elaboraran las cortes provenzales. Muy pocas veces el follaje postmodernista asoma. El «Laberinto de amor» es un poema sobrio, refinado, toda una estructura: es decir, una adquisición de las que permanecen.

Pero la culminación poética de Marechal no llega hasta la aparición de sus «Cinco poemas australes» (1937). Este libro representa sencillamente, a mi juicio, en poesía, una conquista semejante a la de Guiraldes en lo novelesco con su «D. Segundo Sombra»: La misma sensación ruda y directa de vitalidad, la misma aspereza épica, vertidas en una poesía de las más altas calidades. Marechal asimila y depura lo mejor de la moderna poesía europea—en especial Claudel, ultraístas y superrealismo—, y crea unas odas personalísimas en las que se siente la presencia de la pampa enorme, poblada de hombres que son como gritos de fuerza.

«Los cuerpos trabajados a martillo de tierra,
las almas desprendidas a martillo de cielo»

y de animales ya casi sagrados, como «El Buey».

«Bello, como nacido del Amor arquitecto,
y reverente al paso de los días»,

o mitológicos—de la mitología pampeana—, como el potro:

«Cuatro elementos en guerra
forman el caballo salvaje.
Domar un potro es ordenar la fuerza
y el peso y la medida:
es abatir la vertical del fuego
y enaltecer la horizontal del agua;
poner un freno al aire,
dos alas a la tierra.»

Y se siente también la presencia de España. Así, el Abuelo cántabro :

«Abriendo y cerrando el día
con la señal de la Cruz,
Y perdurable como
las maderas antiguas...
...En la mañana de oros y de platas,
así lo miro, y su estatura crece.»

Como obra de inspiración profunda, como incorporación a la poesía de lo esencial argentino, y también por su riqueza de imagen y técnica personal, es éste el libro cumbre del poeta.

En grandeza de concepción y de alto vuelo, todavía se supera Marechal en «El Centauro» (1940). Sin embargo, poéticamente, esta magnífica construcción representa una marcha atrás: es una derivación rubeniana. Incluso sospechamos que debió escribirse antes. Es una exaltación de lo cristiano frente al paganismo agonizante, idéntica en inspiración y sentido al «Palimpsesto» de Rubén: aquí no es un sátiro, sino el poeta mismo, quien dialoga con el centauro:

«Pues bien, si tus razones
otra verdad anuncian...
...¡dime, Centauro, al menos
en qué tierra se oculta!
Y respondió el Centauro:
«No esconde su dulzura...
...sale al encuentro
de la sed que le busca...»

Queda un libro diamantino y perfecto, que cierra por ahora la obra de Marechal: «Sonetos a Sophia y otros poemas» (1940). Se abre con un verso de la «Vita Nuova», que aclara la voluntad del poeta.

«Tutti li miei penser parlan d'Amore»,

74 y forma una serie de doce sonetos, algunos tan definitivos que se les puede asegurar una clasicidad perenne. Enraizados en la tradición más

viva de la lírica amorosa, y con un matiz especial de abstracción emocionada, constituyen verdaderas joyas de la lírica actual. Dudo mucho que en los últimos cien años haya poeta alguno alcanzado mayor madurez y justeza que revela Marechal, por ejemplo, en el soneto «Del amor navegante» :

«Porque no está el Amado en el Amante,
Ni el Amante reposa en el Amado,
Tiende Amor su velamen castigado
Y afronta el ceño de la mar tonante.

Llora el Amor en su navío errante
Y a la tormenta libra su cuidado,
Porque son dos : Amante desterrado
Y Amado con perfil de navegante.

Si fuesen uno, Amor, no existiría
Ni llanto ni bajel ni lejanía,
Sino la beatitud de la azucena.

¡ Oh, amor sin remo en la Unidad gozosa !
¡ Oh, círculo apretado de la rosa !
Con el número Dos nace la pena. »

En torno a una obra tan considerable, y construída en realidad al margen de los movimientos artísticos preponderantes, podrían hacerse muchas consideraciones. Una de ellas, que se confirma, como siempre, lo que Rubén postulara hace casi medio siglo : «No hay escuelas ; hay poetas.» Leopoldo Marechal parece que quiere saber poco de aquéllas, pero—el lector ya lo ve—como poeta es, junto a Borges, junto a Bernárdez, un valor indiscutible. Yo me atrevería a decir—y no creo exponerme a ser injusto—que es el más alto lírico vivo de la Argentina.

SIGÜENZA

*De tus piedras desnuda sillería
eleva al cielo su muñón cortado
y estremece el silbido prolongado
del viento la truncada geometría.*

*Si—materia—tenaz te deshacía
la metralla y el plomo despiadado,
de eternidad el sueño ambicionado
en los rotos altares renacía.*

*Y en tallado alabastro, ajeno, ausente
al dolor circundante—escombros, ruinas
que hacen su inmunidad milagro vivo—*

*contempla Vázquez de Arce, adolescente
guerrero, un libro. En él sus ambarinas
manos prenden al tiempo fugitivo.*

JOSÉ M.^a ALONSO GÓMEZ

SANTO TOMÁS EN EL DANTE

POR JOSÉ MARIA MOHEDANO

FUÉ la italiana entre las lenguas romances la última en desarrollarse. Si advertimos que en la larga transformación operada en el latín vulgar, el mayor obstáculo para la constitución de estas lenguas era el mismo latín, tendremos explicado el por qué de este mayor retraso en la aparición de la lengua italiana.

Fué en Italia donde el latín había nacido, pasando desde el pequeño Lacio a ocupar toda la península, donde era considerado como lengua nacional, ya que representaba además todo el esplendor de la antigua Roma. Añadir a esto que los italianos se hallaban separados por guerras civiles entre las diversas ciudades, y no se sentían unidos más que por el vínculo común, la lengua latina, y se nos dará la clave para determinar el grado de descuido y humillación en que vivieron los dialectos italianos durante algunos siglos.

Así, mientras el francés, el provenzal y el castellano a principios del XIII, tenían una literatura abundante y rica, el italiano se hallaba dividido en múltiples dialectos, ninguno de los cuales había conseguido sobreponerse a los demás creando una lengua nacional.

Junto a la serie de obras que en el siglo XIII se producían en Italia en latín, de una importancia tal como las escritas por Santo Tomás, San Buenaventura, Jacobo de Voragine, etc., la lengua vulgar sólo puede oponer el «Novelino» o «Cento novelle antiche», de autor anónimo.

Es preciso llegar a fines del siglo XIII y principios del XIV para que un genio constituyese la lengua literaria de Italia, tomando como base el dialecto de Toscana, donde la vida de la cultura en esta fecha había alcanzado un nivel nada común. Este genio fué Dante.

Querría ahora en la medida de mis fuerzas examinar algunos puntos de influencia de Santo Tomás en la obra de Dante, y sobre todo en la «Divina Comedia».

Pertenece Dante Alighieri a la generación posterior a la del Doctor Angélico. Nace Dante en 1265 y Santo Tomás muere en 1274. Dadas las características de la «Divina Comedia» y asuntos que en ella se tratan, esta influencia es lógica y natural.

La fama de Santo Tomás fué extraordinaria : su obra suponía un radical cambio en la filosofía, que él orientó hacia el campo aristotélico, desviándola de la corriente platónica que durante la alta Edad Media había imperado.

Vive Dante en un ambiente de disputas teológicas y filosóficas, de pugna en las Universidades, de luchas entre güelfos y gibelinos, de las que él sufrió las consecuencias. En su obra se halla contenido el saber y la vida de su época, que él supo captar con fino sentido poético.

Dante mismo nos dice que «el asunto de toda la obra, ateniéndose solamente a la letra, es el estado de las almas después de la muerte ; pero tomando aquella letra en sentido alegórico, el asunto es el hombre que, por su libre albedrío, va con sus méritos o sus deméritos a presentarse frente a la justicia, para recibir la recompensa o el castigo».

Solamente, pues, para el desarrollo general de la obra, se presentaba a Dante como extraordinariamente viva y copiosa la de Santo Tomás. Partiendo del origen del alma y de su energía, Santo Tomás sigue su destino en ultratumba, describiéndola como sede de las tinieblas o de las luces y examina su condición después de la separación del cuerpo, según sus virtudes o vicios, méritos o culpas.

En la «Summa Theologica» se pone orden en la idea de la ultratumba.

Sabemos que Dante, durante el período de su formación y estudio —aproximadamente de 1285 a 1290—, asistía en Florencia al convento de Santa María Novella, regido por dominicos desde 1231, y donde reinaba el espíritu y la doctrina de Santo Tomás ; las obras que allí

se comentaban eran la «Summa Theologica» y la «Summa contra Gentiles». Uno de los lectores o maestros de esta escuela era Remigio Girolami, que predicó en 1309 en honor de Carlos II, y se sabe que enseñó ética, que expuso las «Sententias» de Pedro Lombardo, algunos libros de la Escritura y dió un curso sobre la ciencia en general. Dante, por frecuentar esta escuela de Santa María Novella, obtuvo un diploma especial.

Así, pues, Santo Tomás pudo influir en Dante, no sólo en el desarrollo general de la obra, sino en una serie innumerable de episodios de la misma, algunos de los cuales expondremos a continuación.

En el canto IV del Infierno, Dante, acompañado de Virgilio, se encuentra en el primer cerco del Infierno, o sea el Limbo :

*Cosí si mise e cosí mi fe'intrare
nel primo cerchio che l'abisso cigne*

(Inf. IV-23-24.)

Allí están las almas de los niños muertos antes de recibir el bautismo y de aquellos hombres virtuosos que vivieron antes que Cristo naciese o estuvieron fuera de la Iglesia. Virgilio muestra a Dante los poetas antiguos, Homero, Horacio, Ovidio y Lucano.

Dante, imaginando el Limbo como una parte del infierno, se atiene a la doctrina teológica cristiana, según la cual las almas de los Padres y de los niños sin bautizar estaban en un solo lugar, próximo al destinado a los condenados. (Santo Tomás, «Sum. Theol.», parte III, suppl. qu. LXIX, art. 5.)

Prosiguiendo su camino los dos poetas entre los arcos de los herejes del sexto cerco, Dante habla largamente con dos conciudadanos suyos : Farineta de Uberti y Cavalcante Cavalcanti. Después de confirmarle el primero su futuro destierro, Dante le pide aclarar la duda que tiene sobre si las almas saben o no el futuro del mundo, puesto que Cavalcanti ignora que su hijo vive. Pregunta por él al poeta y Farinata le predice el porvenir. ¿Saben el futuro e ignoran el presente?

La respuesta de Farinata :

*Noi veggiam, come quei c'ha mala luce
le cose «disse» che ne son lontano.*

(Inf. X-100-101.)

es conforme a la doctrina de Santo Tomás («Summe Theol.» I, qu. LXXXIX, art. 8), que dice que los condenados conservan el conocimiento del propio pasado y el hábito y los actos de la ciencia adquirida en el mundo y que ven como los presbíteros, que conocen el futuro y no el presente. A Dante en este pasaje le es necesario demostrar doctrinalmente cómo puede conocer el futuro por los condenados.

Pasando ahora al Purgatorio, vemos en el canto XXV que mientras salen hacia el séptimo cerco, Stazio, por invitación de Virgilio, expone a Dante la teoría de la generación y formación del cuerpo, y del alma vegetativa y sensitiva, el origen del alma racional y la existencia del alma después de la muerte del cuerpo. Stazio expone la doctrina relativa a la concepción y constitución del hombre en cuanto al cuerpo y al alma, desde el punto de vista de la revelación cristiana, basándose para el primer punto en Santo Tomás. («Summa Theol.», p. I, qu. CXVIII y CXIX.)

Stazio expone a Dante el origen del alma racional, como Santo Tomás («Summa contra Gent.», II, c. 77-79):

*Apri a la veritá che viene il petto ;
e sappi che, si tosto come al feto
l'articolare del cerebro é perfetto,
lo motor primo a lui si volge lieto
sovra tant' arte di natura, e spira
spirito novo, di virtù repleto,
che ciò che trova attivo quivi, tira
in sua sustanzia, e fassi un' alma sola,
che vive e sente e sé in sé rigira.*

(Purg. XXV-67-75.)

Es decir, apenas en el feto está terminada la organización del cerebro, el «primo motore», es decir, Dios, se vuelve hacia el cuerpo humano con tanta perfección conformado por el natural proceso, y le infunde, con acto creativo directo, la nueva alma intelectual llena virtud; y el alma intelectual trae al mismo ser de su sustancia, «cio che quivi trova attivo», es decir, el cuerpo con la virtud activa y a aquellas potencias específicas, no numéricamente idénticas que en el feto encuentra desarrolladas, de orden vegetativo y sensitivo. Y entonces,

«fassi un alma sola», resulta un principio único vivificador de la naturaleza vegetativa, sensitiva e intelectual, que es forma simple y completa del cuerpo humano, y opera y actúa por sí como propiedad suya (1).

Y de este principio único, sigue diciendo Stazio «che vive», vive, en cuanto que tiene facultad vegetativa; «sente», en cuanto tiene facultad sensitiva; «e sé in sé rigira», se vuelve sobre sí mismo, adquiere el conocimiento de sí, en cuanto tiene facultad intelectual.

Para terminar, veamos un episodio interesantísimo en los cantos XXIV a XXVI del Paraíso.

Dante, conducido por Beatriz—canto XXIII—, admira en el octavo ciclo el triunfo de Cristo, que aparece en forma de espléndido sol en medio de un infinito número de luces, que son los bienaventurados celebrando el apoteosis de la Virgen María.

En el canto XXIV, ocupando Pedro el lugar de Jesús, como príncipe de aquella gran turba de bienaventurados, Beatriz se vuelve a Pedro y le pide interrogue a Dante sobre la fe. Se inicia aquí un acto importantísimo, el examen de las virtudes teologales, desarrollado en tres cantos y cuyo significado es preciso penetrar. Dante, el poeta de la rectitud, que escribe por un fin moral y político, sobre el cual antes ha sido ya probado, ¿cómo está en cuanto a la religión? Si ésta es el principio de toda virtud y doctrina, ¿cómo está él informado de ella para erigirse en defensor y ejecutor de la justicia?

A la plegaria de Beatriz las almas de los bienaventurados comienzan a formar diversas coronas alrededor de Dante y Beatriz, y San Pedro contesta llamándola «Santa suora mia».

El apóstol conoce en Dios que Dante ejercita las tres virtudes, fe, esperanza y caridad; pero le parece oportuno darle ocasión para hablar de la fe, primera condición por la cual se hace ciudadano del cielo. Dante se recoge en sí mismo esperando la pregunta que San Pedro le formula:

*Di, buón cristiano, fatti manifesto :
fede, che é?...*

(Par. XXIV-51-52.)

(1) (Santo Tomás, II, Sent. dist., 1, quaest. III, art. 2 a 4.) Corpus adveniens animae, trahitur in consortium illius esse, a quo anima subsistere potest, quamvis aliae formae non possint subsistere in illo esse, sicut potest anima. También: «Quaest. disp. de Spirit. creaturis, art. 2 a 8.»

Dante levanta la cabeza hacia el Apóstol y viendo pleno consentimiento en los ojos de Beatriz, responde invocando el auxilio de la gracia :

*Fede é sostanza di cose sperate,
ad-argomento de le non parventi ;
e questa pare a me sua quiditate (2).*

(Par. XXIV-63-66.)

Sigue el Poeta exponiendo cómo él posee la fe y de qué fuente deriva, terminando con una profesión de fe que determina el objeto de ella :

*...Io credo in uno Dio
sole ed eterno, che tutto il ciel muove,
non moto, con amore e con disio.*

(Par. XXIV-130-132.)

Así, el primer objeto de la fe es la existencia de un Dios solo y eterno, refiriéndose a las cinco pruebas físicas y metafísicas que enumera Santo Tomás («Summa Theol.», p. I, quaes. II, art. 3).

El otro objeto es la Trinidad, las tres Personas distintas con una sola esencia que se encuentra en Santo Tomás («Summa», part. I, quaest. 32, art. 1).

El Apóstol aprueba el razonamiento de Dante y le concede su bendición.

En el canto XXV, Santiago el Mayor interroga a Dante sobre la esperanza ; Beatriz contesta por él, el segundo punto—la posesión de esa virtud—, y el Poeta declara la naturaleza, el origen y el objeto de ella. (Santo Tomás, I 2ae. quaest. LX, art. 2.)

Por fin, en el canto XXVI, es San Juan Evangelista quien interroga al Poeta sobre el objeto de la caridad y los motivos que le inducen a amar a Dios, contestándole Dante que la caridad consiste en el amor de Dios (3).

(2) Santo Tomás, en la «Summa Theol.», par. II, 2ae. qu. IV, art. 1.º: «utrum haec sit competens fidei definitio: fides est substantia sperandarum rerum, argumentum non apparentium».

(3) Según Santo Tomás: «charitas est amor Dei quo diligitur ut beatitudinis objectum ad quod ordinamur per fidem et spem». («Summa», p. I, 2ae., quaest. XLV, art. V.)

A lo largo de este trabajo, con el cual se ha querido rendir un homenaje al Santo, hemos visto algunos puntos de la indudable influencia de Santo Tomás en Dante, influencia que no aminora el mérito inmenso de gran poeta, sino que, por el contrario, lo aumenta, al haber sabido expresar de forma tan bella y armoniosa problemas difíciles de Filosofía y Teología.

Esto nos muestra, en fin, la fuerza expansiva y el valor perenne de la obra del Santo, que tantos no se han atrevido a abordar, sacrificando a la novedad y la paradoja, la solidez y firmeza de su sistema, en el que la verdad, única para todos los tiempos, resplandece, confirmando aquellas palabras del Maestro : Ego sum via, veritas et vita.



SANTO TOMÁS

POETA DEL UNIVERSO

POR I. MENÉNDEZ-REIGADA, O. P.

EN la noche callada, Sócrates escuchaba la armonía del himno sublime que cantan las estrellas. Porque los cielos cantan—David lo había dicho—, «cantan la gloria de Dios».

Santo Tomás es el filósofo de la armonía y el poeta del Universo. No escucha sólo el canto de las estrellas; oye el concierto de toda la Creación, bajo la dirección del gran maestro de Capilla, que es su Hacedor, el Poeta. Porque poeta eso significa. La creación es el poema con que Dios se canta a sí mismo fuera de sí. Cada criatura es un verso de ese gran poema. Cada movimiento es una nota de ese gran concierto. De su conjunto resulta la suprema armonía.

Y el poema que Dios había escrito en jeroglíficos, con caracteres de esencias y movimientos, es el que Tomás de Aquino ha descifrado. Al poema divino le ha dado forma humana.

La «Suma Teológica» es un gran poema: el poema del Universo.

Por los sonos lejanos de las criaturas, llega el poeta hasta Dios, principio de toda armonía, en su unidad simplicísima. Y ya en brazos de la Revelación—ninfa Egeria que le conduce por el país de lo ignoto penetra en el Santuario, sorprende la vida íntima del Ser absoluto y canta con lengua inteligible los misterios del idilio eterno entre el Poder, que es el Padre, y la Sabiduría, que es el Hijo, en un efluvio de Amor infinito, que es el Espíritu Santo.

Entre esas esencias creadas—gotas del Ser infinito, vestigios del Infinito, Uno y Trino en substancia—hay dos que son imagen suya,

que tienen poder, sabiduría y amor. ¡El ángel y el hombre! A ellas está subordinado, por natural jerarquía, todo el resto de la Creación. Ellas sólo tienen valores eternos, porque son capaces de participar el eterno idilio del Ser infinito, conociéndole y amándolo.

El drama angélico se ha terminado en un instante. El drama humano perdura hasta el fin del mundo.

Y continúa el poema cantando al hombre.

El hombre, el jerarca de este mundo visible, que debe producir la armonía, en sí mismo y fuera de sí. Esa es su tarea. De todas las cosas puede usar el hombre, pues todas fueron hechas para él y él es dueño de sus actos y de sí mismo por su libre albedrío. Mas siguiendo el compás que le señala el Jerarca supremo con la batuta de su razón.

Jerarquía es armonía. Y Tomás desentraña esta armonía.

Armonía entre lo natural y lo sobrenatural. La gracia no destruye la Naturaleza, sino que la perfecciona, en toda su integridad. La fe no rebaja la razón, le da ambiente para volar sobre las regiones de lo divino, donde ella sola caería extasiada. La gracia diviniza al hombre. El hombre, sometándose a Dios, se hace divino. Jerarquía y armonía entre el hombre y Dios.

La misma armonía entre el alma y el cuerpo, que forman un todo substancial. El Alma es la porción superior, pero ella sola no es el hombre. El cuerpo es también un valor humano. Todo lo que es, es bueno y debe subsistir. Pero en su puesto.

Y ese todo armónico que llamamos hombre, está ordenado a la operación. Y para obrar en armonía necesita de las virtudes, los dones de Espíritu Santo, con los que obra a lo divino.

La mística tomista no destruye, no aniquila, no desentona, no hace seres extraños. Es medida y equilibrio. Todo lo purifica, todo lo transfigura. Así es la mística española. Granada y Teresa de Jesús.

Pero el hombre no es un ser irrelacionado. Es social por naturaleza.

Y el Estado, el Poder, que armoniza, que concierta, que dirige y ajusta los instrumentos para que, dando cada cual su nota, resulte al acorde del bien común. Pero no absorbe al individuo, no amengua a la persona, da valor y eficacia a los derechos individuales, particulares.

Y ante el Poder temporal, se levanta otro Poder espiritual. También concierto, también armonía, también jerarquía. La Iglesia es su-

perior al Estado, pero en nada viene a mermar sus derechos ; antes le ayuda a conseguir sus fines.

Pero la raza humana no es homogénea. Es hombre y mujer. Un vínculo irrompible, urdido por el amor y apretado por la Religión, hará de dos uno, que se perpetuará en nuevos seres, también con orden, con jerarquía. El hombre es superior a la mujer, es su cabeza. Mas ella es también persona igual a él con sus derechos primarios, fundamentales.

Y aquí el poema comienza a tomar colores de epopeya.

El ángel malo sedujo al hombre, que cayó, pecó y, con el pecado, rompió la armonía de todo el Universo.

Sólo Dios podía restaurar esa armonía. Mas el hombre la había roto y era justo que el mismo fuese su restaurador.

La indignación divina al ver su obra trastornada por la culpa humana, cede ante los impulsos de su amor, que le saca fuera de sí en éxtasis sublime. Y Dios se hace hombre. Es la aspiración suprema del amor : hacerse de dos, uno.

Y, como Hombre, lucha con la muerte y se deja morir para vencer a la muerte, para arrebatarse a la muerte sus presas, para devolvernos la vida divina, la vida inmortal.

Después, las fuentes de la vida manan del Hombre-Dios, que nos incorporan a Cristo y nos hacen dioses por participación de su misma naturaleza.

Desenlace del poema. El triunfo definitivo del Bien sobre el Mal. La victoria del Hombre-Dios y de todos los que han luchado bajo su bandera. La plena armonía perennalmente restablecida. La entrada triunfal del hombre restaurado en el reino de la luz. La satisfacción cumplida de sus ansias de amor, de bien, de bellezas y de verdad.

Tal es el gran poema que Tomás ha escrito. El poema de la suprema armonía. El poema del Universo. El poema de la Verdad. Ya había escrito Aristóteles que la poesía es más verdadera que la Historia.

Tomás de Aquino es el gran poeta de la Humanidad. El gran conductor del pensamiento y del corazón humano. Homero y Dante no osarán acercarse a él, ni aun sombrero en mano y lomo encorvado.

LA CRUZ Y LA ESPADA



NUESTRA creencia religiosa, la gran vocación sobrenatural que, en última instancia, debe llenar nuestra vida, ha de abarcar lo personal, y lo personal ha de valorarse, potenciarse, a través de lo profesional. Sólo por ella y a través de ella, nosotros, universitarios y militares, haremos eficaz apostolado, pues para vivir con seriedad lo cristiano en un medio social cualquiera es necesario vivir con honradez ese medio.

En el caso militar lo contrario supondría una traición o, en el mejor de los casos, el matiz de blandenguería, tan pernicioso.

Además, toda «idea», «actitud», «ideal», «mentalidad»... requiere, para cristalizar, un plan, un conjunto de obras, una «empresa», que si la reducimos a la vida de piedad en los actos de piedad no recoge toda la vida del espíritu, todo el contacto con el ambiente que se vive más tiempo.

Tenemos, pues, que concretar obras, empresas, pretensiones, virtudes, en la Universidad y el Cuartel. Y esto hay que hacerlo con la suficiente amplitud, para no reducirlo a lo que acotaríamos entre comillas como «apostolado en la Universidad» o «en el Cuartel» y que luego, en la práctica, es seguro resultará demasiado estrecho.

Hay que llevar a todas las mentes la fecunda idea de que, si bebiendo un vaso de agua en gracia de Dios, se gana el Cielo, en cualquiera de nuestras posturas, de nuestras actuaciones, vividas con dignidad, suponiendo esa base de intencionalidad de que estamos con los libros o sobre las armas «a la mayor gloria de Dios» (se gana el Cielo con la espada), rezaba un epitafio español en Flandes)—cumpliendo de corazón con esa misión—hacemos Reino de Cristo, Caridad.



EN DEFENSA DE LA PROFESION MILITAR

*¡ Oh miserable suerte de soldados,
de todo el universo aborrecidos,
por desgracia y miseria de él tenidos,
con mil improprios nombres denostados !*

*Quién nos llama caballos desbocados,
quién lobos carniceros y atrevidos,
quién toros acosados y afligidos,
quién leones sangrientos y aquejados.*

*¿ A quién llamáis así, gente plebea ?
¿ A quién da reinos, cetros y coronas,
con su sangre ganándolo y sus vidas ?*

*¿ A quién así llamáis ; a quién se emplea
en guardaros haciendas y personas
de vuestras ambiciones perseguidas ?*

CRISTÓBAL DE VIRUÉS
(1550-1609)

SEMBLANZA Y EJEMPLO DEL CAPITÁN MIRANDA



Su figura se ha roto en nuestro recuerdo, cuando se ha hecho segura la noticia implacable. El capitán Alfredo Miranda ha dado su vida, amplia y serena, en Rusia, mientras el aire templándose, prendía en deshielo y sus armas de infante español no descansaban, en bíblica ofensiva.

Esa vida suya, sólo puede comprenderse desde el hito de su muerte. Y en ella se afirma recia y viril su persona, en un anhelo, una causa y un fin: Dios.

El más propio escenario rodea a su mocedad. Burgos—Cas-

tilla en piedra, oración y epopeya—le ayuda a vivir constante obra de Dios.

Allí, sus juegos niños tienen ya sabor de prez, en la plaza guijarrosa, cabe la portada del Sarmental, de bóveda el cielo y la aguja catedralicia de columna.

Pero no le basta el encuentro en sombra medieval. Crece y busca a Dios en los libros. En los libros y en la Cruz, Platon, Tomás, Escoto, Filosofía y Teología son alcanzados por su inquisición honda y presurosa. Parece que nota lo que se aproxima y que el tiempo se le acaba.

18 de julio. Ha llegado su día de gozoso encuentro. Y hace de la Cruz en que buscaba a Cristo espada, y desde entonces, es para él más Cruz que nunca.

Desborda al Arlanzón y al gótico recinto y se va, firme y jovial como antes sobre los libros, para que se ensanchen los brazos de la Cruz de su espada y recojan a toda España.

Cantabria, Asturias, Cataluña... y antes Galicia y otra vez Burgos. Es

que en su cuerpo, además de dos estrellas, habían florecido los botones de cinco heridas.

Tarragona le ve entrar seguro, el primero en sus calles; es luego su conmemoración una Medalla Militar.

Por guerrero no deja de ser apóstol. En jalones de su camino, por entre las alambradas, como fruto desprendido de su caridad, van quedando Centros de Vanguardia.

Terminada la guerra, es fiel a su vocación. Junto al Pilar de España y al río ibérico, se modela en rectitud castrense, reposando la experiencia de la guerra para el porvenir de la paz.

Ha salido de la Academia. Es ya, en frase suya, «militar de verdad con capote cisterciano».

Y empieza a vivir, logrado ya, en su ser. Se le abren todos los caminos. Pero aún se nota perfectible.

Rusia llama. Piensa en lo necesario allí de su impulso. Y marcha. Como antes, como siempre, con su Cruz hecha espada y más Cruz que nunca.

Sus últimas cartas, sanas y rebosantes, nos hablan de España rectora espiritual de pueblos. Sentido y pensamiento hechos en él ser y acción...

Esta ha sido su vida. Con acento de heroicidad campechana y sencillez alegre. Y su muerte. Tono de esfuerzo titánico a lo García de Paredes y místico traspaso a lo San Juan de la Cruz.

Que su ideal, Cruz y espada, sea nuestro ideal. Y que ni su vida ni su muerte sirvan de tópico o pantalla si no son para nosotros acicate y estímulo.

JUAN IGNACIO TENA.



AL VALOR DE LOS SOLDADOS ESPAÑOLES

*Estos que al impío Turco en cruda guerra,
al Moro, al Anglo y al Escoto airado,
y vencen al Tudesco, y al dudado
Francés, y al Belga en su cercada tierra ;*

*y los estrechos que el mar hondo encierra
sobran, pasando por lugar vedado
con valor cual vió nunca el estrellado
cielo que tantas cosas mira y cierra ;*

*bien muestran en la gloria de sus hechos
que son tus hijos, ¡ oh felice España !
honra del alto imperio de Occidente.*

*Alabe Roma los famosos pechos
de los suyos, que nunca, y no me engaña
el amor, fué a ésta igual su osada gente.*

FERNANDO DE HERRERA
(1534-1597)

DE LAS ESPAÑAS



TRES vértices, discernibles en la
geografía y en el espíritu, limi-
tan el triángulo de la Hispanidad: Méxi-
co, la heroica, símbolo de la Fe militante
que aprendió a florecer entre sus dardos;
España, la encendida, en cuya sangre no
se ha perdido nunca el amoroso número
de la Caridad; y la Argentina, que se
ofrece a los ojos del mundo como una
viva figura de Esperanza. Son tres vér-
tices y un solo triángulo dentro de cu-
yos términos, unida, en la confesión de
una sola verdad, en la música de un solo
idioma y en la vocación de un solo desti-
no, la Hispanidad se atreve a gritar aho-
ra el advenimiento de su segunda
primavera.



GUIÓN

Porque no podía quedar reducida la manifestación de nuestra identidad con *Guión*, la revista universitaria argentina, a una mera noticia bibliográfica, por eso traemos hoy aquí su «Anuncio». La lectura del mismo servirá, mejor que otra presentación cualquiera, para expresar el camino y la meta que ese grupo de estudiantes argentinos aspira a recorrer y a alcanzar. Sus palabras poseen el nervio y el estilo que poseían las de nuestros adelantados de hace unos años, cuando también era preciso en España pregonar a voces nuestra disconformidad con lo existente. Y esta disconformidad, este contraste, fué tan hondo que hubo que salvarlo derramando sangre. Nuestros amigos de la Argentina, que viven una coyuntura trascendental, conocen nuestra lucha y la admiran. El dilema que ellos tienen planteado es el mismo que nosotros teníamos. Y aquí no caben componendas. No cabe más que decir la verdad a grito pelado y tener el coraje suficiente para defenderla. También saben que hace falta más que coraje, que hace falta, primeramente, una generación en lo intelectual que marque derroteros y señale rumbos. Y a ello se tiende con *Guión*.

No está esta revista sola en su línea de ataque. No es sino un guerrero más, como lo son en sus campos respectivos *Sol y Luna* y *Nueva Política*. Las páginas de estas publicaciones encierran la labor serena e inquieta de una nueva juventud que aspira a hacer carne la Hispanidad, en uno de sus pueblos primeros.

EL *no te metás*—de Keyserling—pudo definir el tipo universal y constante del oficinista intrascendente; pudo, a lo mejor, ubicar un momento argentino, fácil y despreocupado, como aquel derrochón del novecientos. Pero es lo cierto que en la expresión del filósofo germano no se percibe, ni de lejos, el ser permanente, lo substantivo de un pueblo protagonista de empresas generosas y que ha tenido lacerantes experiencias redentoras. Vale decir que la continuidad en el tiempo—que es atributo de la nacionalidad—no consiente interpretaciones ligeras y parciales. Y siendo así claro está que no han de calificar lo auténtico de la patria dos o tres generaciones a quienes una filosofía neutralista y ginebrina se encargó de sumir en la modorra. Ahí

está, aunque se ericen cuantos nos contaron una historia de levita, la réplica de la guerra, grande y trágica actividad humana, supremo *metimiento* que da tono y otorga abolengo a nuestro pasado. Por eso, y porque el guerrear es duro menester de juventudes, no le cuadra a la joven Argentina el ñoño y abúlico *no te metás*. Quede entonces para el saloncito tonto de los «snob» la fórmula keyserliana y nosotros adelante, bien presentes, como ayer y mañana, en el devenir afanoso de la Patria.

Bien presentes, hemos dicho, y no podíamos dejar de estarlo en esta cruenta y feliz coyuntura que nos toca vivir, ahora que cae a pedazos todo ese mundo decrépito que, a Dios gracias, hemos aprendido a detestar. A detestarlo, sí, porque no nos conmueve nada la despedida a un orden de cosas en el cual, por su intrínseca torpeza, vivimos asfixiados; y no importa nada que fijadas las posiciones advirtamos que no hay ahora lugar para dos: que ellos o nosotros. Porque pasaron los tiempos en que cabían componendas entre la Verdad y el error.

No es ésta, naturalmente, lo que se entiende por postura legalista, pero ésta es, sencillamente, la única que nosotros podemos entender y sentir. Y como no hay revolución que no genere primero en las inteligencias, la Universidad no puede ni debe estar ausente en la coyuntura. Por eso, y porque somos amantes del Orden, de la Ley y del Derecho salimos hoy.

Porque queremos encontrarnos a nosotros mismos—y vaya por su fuerza la redundancia—queremos volver a las fuentes de la más pura tradición argentina para llegar así a un orden cuyas raíces no ha podido eliminar del todo casi un siglo de heterodoxia oficial. Orden que, si nuevo, tiene el sabor añejo que le da su alcornia y que hoy, deshechas las estructuras de barro que lo reemplazaron, tiene vivencia y potencial de historia.

Porque somos amantes de la Ley—aquella *rationis ordinatio ad bonum commune* de los escolásticos—y la vemos conculcada y desvirtuada en el juego sucio de la pasión electorera. Porque somos amantes del Derecho, norma reguladora de la justa convivencia humana, principio anterior y eterno contra el que nada puede el ordenamiento positivo y pequeño de los hombres; porque amamos la Justicia y asistimos, contenidos, a la entronización de la injusticia. Porque de todo tenemos conciencia y todo lo vivimos, pecaríamos de grave omisión ignorando lo que ocurre; sería, a lo mejor, acreditar el *no te metás*.

Haremos, pues, si se quiere, política universitaria. Pero ¿quién ha dicho que la Universidad, llamada a guardar y elaborar la cultura de un pueblo, regir, orientar y plasmar las expresiones de su vida política y social, pueda renunciar—sin abdicar de su misión—a la función rectora que le incumbe en el pensamiento de las gentes, cuando lo político cae tan bajo y pone al desnudo los cimientos podridos de su estructura jurídica? Podrá hacerlo,

naturalmente, la cosa oficial y burocrática, sin aliento, que es una universidad liberal. Pero no lo que ella, alberga, una juventud estudiosa que le está divorciada, ahita de frases huecas y de postura escéptica. Queda dicho entonces que no somos ni seremos indiferentes a la angustia argentina de hoy, porque si la culpa de unos y otros—viejos y jóvenes de un siglo ahistórico—hizo posible anular la juventud como nervio y acento de una política nacional, nosotros—sin crear un mito más, la juventud—tenemos clara noción de lo que nos obliga y queremos, en la medida de nuestras fuerzas, no claudicar en el cumplimiento de aquellos deberes. Y conste que sólo estarán satisfechos cuando el poder político pueda conducir la vida argentina confiado en tres celosos guardianes de las esencias nacionales: la Iglesia, de su fe; la Universidad, de su cultura, y de su soberanía, el Ejército.

Somos responsables ahora de *Guión*, un grupo de egresados y estudiantes de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, que no pretende decir nada nuevo, sino llevar a su ambiente, modestamente, lo que ha recibido de gente más madura. Ahora, decimos, porque es fin último que nos inspira el que sus páginas lleguen a ser voceras del pensamiento universitario argentino en la totalidad de las disciplinas y casas que lo integran. Quisiéramos reavivar el sentido de gremio, el espíritu de aquellos viejos claustros, serenos refugios de la inteligencia y del saber y es para contribuir de algún modo a lograrlo, precisamente, que se publican estas páginas. Y como quiera que nos lo impone una obligación de estado y conduce al mismo fin, se ha de procurar poner al alcance del estudiante todo aquello que pueda prestarle un servicio efectivo para el mejor cumplimiento de sus tareas, un mejor conocimiento de las materias que integran su formación profesional, y una seria labor de rectificación a la enseñanza oficial cuando ella yerra o envenena el pensamiento de quienes la reciben.

Estos son, compañero, nuestros propósitos. Y no te llame la atención el tratamiento ahora que—tanto es el barullo de las mentes—, ahora que hasta las palabras cobran un valor y significado distinto y es tarea urgente y necesaria el volverlas a su prístino sentido. Compañero, sí, ya que nos nutrimos del mismo pan intelectual aunque con la orfandad espiritual, es cierto, de una Universidad sin alma. De una Universidad que, falta de espíritu, vive la fría e infinita soledad de su ausencia hasta que nosotros, en empeño difícil, se lo reintegramos. Que sólo ocurrirá cuando sea la nuestra foco de auténtica cultura, de la cultura en que nacieron y han de morir los pueblos que hablan castellano.



ESPAÑOL

*Yo siempre fuí, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo ;
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.*

*Con la España que acaba y la que empieza
canto y auguro, profetizo y creo,
pues Hércules, allí fué como Orfeo :
Ser español es timbre de nobleza.*

*Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante
—alma de rosa en corazón de encina—.*

*Quiero ser quien anuncia y adivina
que viene de la pampa y la montaña.
Eco de raza, aliento que culmina
en dos pueblos que dicen : ¡ Viva España !
y ¡ Viva la República Argentina !*

PASEMOS A LA ESCUCHA

POR JOSÉ MARÍA PEMÁN

TODAVÍA no se han dado bien cuenta los mismos españoles de toda la originalidad y fertilidad de posibilidades que supone la existencia en el mundo de ese fragmento humano, de esa gran criatura de Dios, cuya vida denunció Maeztu con el nombre de la Hispanidad. La biología de esa inmensa criatura, la economía de sus movimientos y reacciones, es algo completamente nuevo y distinto que para nada tiene que seguir las leyes de la llamada «vida internacional»: vida cuyos sujetos y protagonistas son esos otros pedazos de humanidad, del todo diferentes en esencia y régimen de vida, que llamamos naciones.

La originalidad es tan profunda que ni siquiera hemos tenido para ella vocabulario exacto. Nos hemos valido del vocabulario turbio e impropio de la ordinaria vida internacional e imperialista del mundo, con lo que sólo hemos conseguido oscurecer más la recta visión del impar y glorioso espectáculo. Hemos hablado de «colonias», donde sólo hubo provincias de este «todo» que es la Hispanidad; hemos hablado de «política internacional» cuando España nunca la conoció, metiendo en esa denominación los movimientos de cruzada y misión con los que España intentaba la realización de su Derecho de Gentes; hemos hablado de «independencia de América», para significar aquella guerra civil, gemela de la guerra carlista o los movimientos

regionalistas y separatistas de España : cosas todas que tienen aquí y allí, una misma y sola sustancia, que es la interna descomposición y rotura de la Hispanidad al aflojar el núcleo espiritual y de fe que la unía y cohesionaba.

Nada de esto tiene nada que ver con los ordinarios movimientos, choques, yuxtaposiciones y maquiavelismos que forman el tejido de la llamada «vida internacional». Todo esto es una cosa nueva, que requiere un trato y una comprensión gozosamente dispuesta a toda originalidad. Apenas se vislumbra esto, el ánimo se prepara para recibir sin asombro los mil mensajes, intercambios y creaciones que pueden surgir en esa gran cooperativa de espíritu y cultura que es la Hispanidad. La gran elaboración intelectual del pensamiento hispánico, frente a este turbado momento del mundo, tiene una fábrica mucho más ancha que la mera área nacional de España. La idea justa, la palabra salvadora, la consigna o la solución, pueden surgir aquí o allí, y pueden, en mutua colaboración, completarse y perfilarse.

Ya tenemos de ello precedentes muy significativos. Nosotros, pueblo viejo, hemos dado, naturalmente, a América tesoros de tradición y de solera cultural. Ellos, pueblos nuevos, empiezan a darnos atisbos magníficos y fuerzas de impulsión. Y, lógicamente, nos irán dando cada día más, en la medida en que el problema actual de España y del mundo, es superar el viejo orden europeo y buscar soluciones para el reajuste de la vida sobre postulados más puros, más desligados del concepto maquiavélico y westfaliano de la convivencia de los pueblos. Para esta gran tarea ellos tienen, con nosotros, toda la tradición del pensamiento hispánico-cristiano. Y tienen, sobre nosotros, toda la asepsia y la serenidad de su sonriente lejanía trasoceánica : de su apartamiento de los puntos neurálgicos del conflicto.

Ya empezaron ellos sus espléndidas donaciones con el mensaje poético de Rubén. De Occidente vino entonces la luz. Ante el desastre antillano del 98, nosotros reaccionamos en un sentido inhibido y pesimista : hablamos de cerrar el sepulcro del Cid, de reducirnos a «la escuela y la despensa». En cambio, América, frente a esta postura crepuscular y desalentada que podríamos llamar la «Despedida del pesimista», lanzó, por boca de Rubén, su «Salutación del Optimista». Ante el desastre, la España vieja huía, acobardada, hacia la escuela y

la despensa. La América joven saltaba, optimista, hacia la restauración del Imperio. Al desgarrarse la última hilacha de la Hispanidad, en su cuerpo político, América sentía su intemperie desabrigada, la peligrosa proximidad de su desmigamiento y el apretado y fuerte coloso del Norte. Y Rubén lanzaba su consigna: el Imperio como remedio contra el imperialismo: es decir, la nueva cohesión de la Hispanidad, frente a las voracidades anexionistas que podrían tragarse, hoja a hoja, lo que en compacto volumen no podrían... En esta actual otoñada retórica donde el Imperio es cotidiana palabra, nadie ha tenido sobre él concepto tan exacto y justo como el que Rubén tuvo hace cerca de cuarenta años. Su Salutación del Optimista es todavía la mejor proclama de la Hispanidad.

Este episodio del mensaje de Rubén, donde de América nos vino la primera palabra renovadora de nuestra poesía, nuestro optimismo y nuestra conciencia imperial, debe ser más que suficiente para que salgamos de nuestra distracción y pongamos alertas nuestros oídos para las voces de allá. La Hispanidad no puede ser monólogo nuestro, ni sermón exclusivo de nosotros a ellos: tiene que ser diálogo. Y ahora más que nunca. Porque ahora se trata de encontrar para España una nueva fórmula de vida y para el mundo una nueva solución de paz. Y en esta elaboración y hallazgo, para el que en este viejo mundo tenemos demasiado cerca tantas inercias y tantos mimetismos, puede ser inapreciable la palabra de la serena Hispanidad trasoceánica. Dios nos ha regalado, en este instante difícil, un observatorio insuperable para que de él nos pueda venir la visión original y la perspectiva sintética.

Oiremos lo que las Españas de allá nos están diciendo en este momento crítico. Por ahora me he limitado a enfocar hacia allá la distracción española. Y a decirle a los españoles de allá, después de tantos siglos de misión y catequesis de nosotros hacia ellos, la fórmula de los diálogos inalámbricos: «Ahora, nosotros pasamos a la escucha.»

Dije ya que era hora de que nos volviésemos hacia la América española, y «pasásemos a la escuela». El episodio de Rubén, de quien en 1905 nos vino ya el anticipado mensaje del Imperio, era suficiente para que cobráramos fe en la eficacia de la experiencia. Aquel día la luz nos vino de Occidente. ¿Cuánta luz no podrá venirnos ahora, cuando el problema y la urgencia consiste, precisamente, en el hallaz-

go de soluciones originales y en la superación de prejuicios y mimitismos demasiado europeos e inmediatos?

Sin que creamos en la fórmula spengleriana de la «decadencia de Occidente» ni en la relatividad de las culturas, sí creemos en el creciente ensanchamiento de visión y multiplicación de factores para todo problema o solución. La unidad de medida del espacio no es el kilómetro, es la velocidad. El mundo de ahora tiene el tamaño de la Francia de Luis XIV, puesto que se tarda en recorrerlo el tiempo que aquel Rey tardara en ir, en su carroza, de París a Burdeos. En un mundo así los problemas han de plantearse y lograrse las soluciones sobre áreas mucho más anchas y aportaciones mucho más extensas. Los personajes de la nueva tragedia, son mucho más gigantescos y robustos que los del sainete diplomático de ayer: se llaman el mundo mongol, el Imperio británico, la Nigricia, la Hispanidad. Sus voces de gran resuello acallan la plural algarabía del viejo parque zoológico de las águilas, leones y cisnes emblemáticos y nacionalistas. Llega la hora de superar todo ese guirigay y volver a plantear el diálogo entre entidades mucho más amplias, naturales y comprensivas: como cuando en el medioevo dialogaban el Pontificado y el Imperio.

Lo que ocurre es que todavía, es difícil quitarse de los ojos la venda de lo inmediato. Nos pasa un poco como a esos aldeanos de Castilla, que para expresar lo que ellos juzgan lo más universal dicen: «esto pasa en toda tierra de garbanzo», y con eso se creen que han nombrado ya «toda la tierra», cuando precisamente sólo en la nuestra se crían los garbanzos. Algo así ha venido pasando en la visión de los intelectuales, de los legisladores, de los diplomáticos: era una visión agarbanzada, cohibida por las bardas próximas de su huerto. La mitad de nuestros códigos civiles son consignas para privilegiados, para la clase que tenían delante de sus narices los legisladores y que les impedía ver toda la inmensa humanidad que no tiene que testar, ni contratar, ni, mucho menos, que crear todo el complicado andamiaje de un consejo de familia para sus huerfanitos que se crían al sol. La mitad de los problemas agudos que turban a los intelectuales son problemas de burguesía: así el problema sexual o el del divorcio o el del amor libre, que suponen, como base, según la graciosa palabra de Chesterton, «tiempo desocupado para aburrirse de su mujer y un

automóvil para correr en busca de las ajenas». Y lo mismo la mitad de las leyes y la política internacional : leyes y política para esa burguesía gigantesca que son las grandes potencias europeas ; problemas, visiones y soluciones planteados sobre las bases versallescas y ginebrinas de un mundo artificial.

Y lo mismo las soluciones de política interna y los regímenes nacionales. Todos ellos están ideados en función de esa visión artificial, inmediata y agarbanzada de lo internacional. Las democracias son la organización sabia y pérvida de ciertas hegemonías. El sovietismo ruso está sostenido por un impulso místico de expansión, en definitiva imperialista. Los totalitarismos mantienen su tensión vibrante sobre recuerdos en carne viva de pretendidas reivindicaciones, injusticias e irredentismos.

Y España, con su visión adulta de las cosas, con su vieja tradición humana y espiritualista, con sus fronteras definidas y su ausencia de graves fricciones internacionales, llega la última a su hora de reacción. Después de su gloriosa Cruzada, está en trance de organizarse su régimen y su vida. ¿Tomará para ello sus materiales exclusivamente de esa Europa que se disuelve, de ese régimen de nacionalismos encontrados que se devoran y pulverizan? ¿No le convendrá escuchar la voz limpia, serena y *suya* de la Hispanidad trasoceánica, cuyo apartamiento la coloca en condición inmejorable para lograr la síntesis entre lo aprovechable de las europeas reacciones autoritarias y lo eterno de los principios cristianos? La Hispanidad en toda su anchura es la que puede dar la fórmula del único totalitarismo legítimo, o sea, el totalitarismo cristiano, donde verdaderamente se salve *todo* : la Nación y el Estado, de una parte, y de otra, la dignidad de la persona humana, el Espíritu, la cultura : todo lo que está en peligro en Europa.

Y ellos ya están hablando. Hace ya años que hablan, aunque no se hayan enterado por aquí. En todos los países de América se producen movimientos de tipo reaccionario y autoritario, y todos, infaliblemente, bordean con paso seguro todo peligro de paganismo hegeliano o maquiavélico y se van derecho a *totalizarse* en torno del pensamiento tradicional y cristiano. No tienen sugerencias ni mimetismos

que los turben. No tienen urgencias internacionales que los coaccionen... ¡Cuánto más limpia y altamente se hace un poco de *fascismo* cuando no hay una Etiopía que conquistar, ni un Túnez que recordar, ni una Austria que sorber!

Así se da el caso de que los procesos de reacción americana siguen un camino inverso a los europeos. Aquí es la conciencia nacionalista e imperialista la que los inicia, y luego buscan un acomodo con los principios católicos y con la Iglesia. Allí son los grupos católicos los que los inician, buscando, luego, la colaboración de los instrumentos y estilos fascistas. Aquí es la fuerza y la violencia la que llama, luego, para decorarse, a los principios. Allí son los principios los que llaman, para defenderse, a la fuerza.

Así el magnífico grupo católico argentino de «Sol y Luna», cuando llega la Cruzada española, no se desorienta y se pierde como nuestros pseudocatólicos de «Cruz y Raya». Al contrario, vislumbra desde allí magníficamente la síntesis que a España misma le está costando trabajo ver y hacer desde su tierra europea: la síntesis de tradición y dinamismo, de catolicismo y reacción. A Maritain, que por vivir plenamente en el centro visceral de Europa, se le fué plenamente la cabeza, le contestan agudamente, por boca de César E. Pico en su luminosa carta «sobre la colaboración de los católicos con los movimientos fascistas». Ahí está toda la síntesis que la Hispanidad tiene que dar al mundo, tirando valientemente por medio de todos los peligros, sin dejarse arrastrar ni por los cohibidos catolicismos sociales y sturzianos ni por los contagiosos noticiarios excesivos de masas y adoraciones atléticas.

Es más: Julio Meinvielle llega a una visión total y panorámica de las fuerzas que pelean en el mundo como sólo puede lograrse desde ese seguro balcón de América. Para él, la economía providencial de toda la Historia y sus conflictos, quedó prejuzgada en la Biblia. El drama no puede tener más protagonistas que los *pueblos bíblicos*: los paganos—cuya perduración ve en los totalitarismos materiales, maquiavélicos o racistas—, los judíos—cuya actual organización ve en el soviétismo ruso, primera movilización de la humanidad con un objetivo puramente anticristiano y satánico—y los cristianos—cuya mejor flor ve en la Hispanidad, tal como tiene que cuajar después del gran es-

tuerzo de la Cruzada española—. De estos tres pueblos bíblicos, el duelo a muerte es fundamentalmente entre dos: cristianos y judíos; es decir, Dios y Satán, Cristo y Anticristo: el Angel y la Bestia. En el medio, lo pagano, más que una construcción doctrinal acabada, es una fuerza, un dinamismo, que puede, como lo demostró la Historia, absorberse y bautizarse. Por eso, de hecho, la fuerza pagana y totalitaria del mundo está en el centro, vacilante, pragmática, cayendo en el utilitarismo de cada momento. Peleó en España, con Cristo, contra el comunismo. Pactó luego con el comunismo para fines de urgencia material. La gran misión del mundo cristiano—de la Hispanidad—es absorber esa fuerza pagana, llevarla a la síntesis con la verdad cristiana: bautizar otra vez el Imperio y coronar, otra vez, con manos papales, a Carlomagno.

En esta hora solemne de España, el gran problema es ese de «poner cada cosa en su sitio», en síntesis y jerarquía, con la brava y plena libertad de lo eterno y verdadero. Que el Estado no pise a la persona ni la persona debilite al Estado. Que Dios y el César se repartan la tarea. Que el estilo no ahogue los principios, ni los principios enññezcan el estilo... Y para esta obra difícil de pulso y dosificación conviene estar a la escucha de la Hispanidad de América. Porque os digo que de allá nos llegan palabras de Verdad.



DE LA OBESIDAD COMO FORMA DE GOBIERNO

POR IGNACIO B. ANZOÁTEGUI

SUS amigos lo tenían por un hipopótamo juguetero. Reía a grandes risas, con una alegría tónica y alarmante. Era una marejada de Emulsión de Scott que se embravecía en su cuerpo y desbordaba. Reía con sus treinta y cinco billones de glóbulos rojos y sus cincuenta mil millones de glóbulos blancos y la suma de sus glóbulos se reía de su risa mundial.

Superfluo Bienvenido Pérez era un hombre satisfecho ; era feliz como puede serlo un gordo y era gordo como puede serlo un gordo feliz. Pesaba aproximadamente ciento treinta y cinco kilos : un peso de hombre rabelaisiano que siente sobre sí la enorme responsabilidad de su significación en el mundo.

Los gordos son quizá los únicos seres extravagantes capaces de comprender y de amar su extravagancia. Los calvos disimulan su calvicie, los cojos se avergüenzan de su renguera, los sordos tratan de entender de todo, los mancos se meten en el bolsillo la manga vacía y adoptan un aire de inválidos militares. Hay gordos vergonzantes que renuncian a su gloria en arriesgados cálculos de calorías y de caminatas inútiles : hombres que son indignos del calificativo de gordos porque son indignos de toda palabra regocijante.

Los gordos, los verdaderos gordos, sienten el orgullo del volumen de agua que desplazan en la bañera y del resoplido de los asientos pullmans cuando se sientan en el cinematógrafo. Ellos se saben fuertes en su hermandad de gordos y saben que su alegría reside en su obesidad, que les da el tono y la clase. Son bebedores, optimis-

tas, confiados y ágiles de alma. Los gordos no salen desnudos a la calle porque se lo impide la policía. Ellos son los inventores de la espuma y de las alegres bromas a los vigilantes. Ellos se ríen de los gordos como el sol se ríe con el sol. Su vida es una continua alabanza de la vida y un aprovechar del aire y la luz como ningún otro hombre puede aprovecharlos.

Ellos distribuyen su alegría entre los hombres y se mezclan en los asuntos serios con un trocetero retozón. Los gordos son populares y ricos y generosos como los vinos que alborotan la sangre. Su felicidad es un fenómeno que se explica por sí mismo, sin necesidad de que lo explique otro fenómeno. La alegría del hombre flaco es una alegría adquirida ; siempre está unida a un episodio : a la lotería o al nacimiento de un hijo. La alegría del gordo es la felicidad pura : es la alegría como institución o el nacimiento como milagro de la vida ; es el Gordo de Madrid o la alegría del Universo que revienta en su carne.

El gordo es la fruta madura de la humanidad, jugosa de risa y dicharachera como una manzana. La amistad de los gordos está hecha para sacarle lustre con el pañuelo, porque ellos son los grandes iluminadores de la amistad. Ellos nos salvan de las tardes aburridas que padecemos y de las noches pesadas. Ellos madrugan para nosotros y nos llaman con un campanileo de llamada de gordo. A ellos les está permitido usar el gorro de dormir y las salidas de baño colorinches, y se ríen con nosotros de su salida de baño y de su gorro, porque viven para el regocijo nuestro y para nosotros silban cuando duermen y hacen sonar el agua de la bañera con cachetazos monstruosos.

Superfluo Bienvenido Pérez caminaba a mi lado por una de esas calles sin rumbo que fueron hechas para caminarlas desinteresadamente acompañados de un gordo.

—Una ciudad de hombres flacos—decía—es una ciudad de sombras. Un país de hombres flacos es siempre un país triste. Los hombres se burlan de nosotros, pero quieren que sus hijos sean gordos ; nos caricaturizan, pero pintan gordas a la República, a la Ganadería y a la Industria. Les aflige la obesidad, pero rinden culto a la opulencia, que es el nombre patriótico de la obesidad. Somos felices por-

que nos sabemos dueños de una nación opulenta, y, sin embargo, nadie se atrevería a enorgullecerse de pertenecer a una nación obesa. Es que las palabras legítimas han perdido definitivamente su sentido : a la riqueza se le llama bienestar, al caudillo se le llama opinión, a la fuerza se le llama poder. Vivimos en un mundo que se complica día a día por el disimulo de las palabras. Cuando la muerte tenía el nombre brutal y único de muerte, la gente sabía morir con dignidad : pedía un cura y arreglaba sus cuentas con Dios. Hoy la muerte se llama fallecimiento, deceso, fuga o traspaso, y el alma se va generalmente con las cuentas enredadas. Cuando la borrachera se llamaba borrachera el hombre inventaba los mejores cantos de borracho ; hoy, que se llama alegría, el hombre se emborracha y se pone a llorar. Con palabras quieren tapar el sentido de las palabras, porque el verdadero sentido les parece demasiado comprometedor.

Su sombra se proyectaba hacia adelante como un enorme muñeco de papel. Superfluo Bienvenido Pérez tomó aliento y agregó :

—El mundo necesita de los gordos para salvarse. Necesita del aplomo y de la ligereza, que es patrimonio exclusivo de los gordos. No del aplomo vano de los flacos, sino de esa otra seguridad que nos hace sentir arraigados en la tierra. No de la ligereza triste, sino de la ligereza alegre que nos permite dar vueltas de carnero en la sala del trono. Pero, sobre todo, el mundo necesita de la violencia : de la violencia para matar y para reír, de la violencia para hacer y para destruir, para querer y para odiar. El gobierno de los gordos llenaría estas tres necesidades. Congresos de reyes gordos—porque nosotros somos monárquicos—se reunirían periódicamente en las principales ciudades para considerar, ante las mesas servidas, los problemas de la humanidad : reyes que representarían alegremente el papel de reyes como si en realidad no lo fueran, porque el gobierno de la tierra es, por encima de todo, una pantomima de otro gobierno superior. Serían las bodas del hombre con la felicidad. Centenares de consejeros robustos rondarían las mesas tomando nota de las deliberaciones, mientras un rey gordo le preguntaría al vecino por las mujeres y por las vacas de su país. Yo me los imagino bebiendo el vino de color rubí en esas copas nobles que cuando se las apura demasiado dejan

caer por las barbas una hilacha de sangre. Los hombres vivirían felices bajo el cuidado de estos reyes, que recibirían el cariñoso título de Su Gran Paternidad. Es indudable que en un principio las maquinaciones de los flacos exigirían el empleo de la violencia. Los gordos son generalmente enemigos de los estados de fuerza, pero la jerarquía de la obesidad debe ser respetada. No se concibe a un gordo sin prestigio, como no se comprende a un toro sin su cornamenta. El prestigio de los gordos puede fundarse en una prenda moral o en una habilidad mundana, en su honestidad o en su dominio de las trampas del poker ; pero el nombre del gordo arrastra siempre la admiración de sus amigos y la curiosidad de los que no lo conocen. Un gordo es una fuerza de la naturaleza ; su ira es cósmica, lo mismo que su alegría. Un gordo enojado es el cielo enojado, es la tempestad de las óperas de gran abono, es la onomatopeya de la ira. Nuestros reyes reprimirían con la muerte cualquier tentativa sediciosa, pero a la matanza sucederían las fiestas más espléndidas y los banquetes más fantásticos que haya imaginado la humanidad. Esta sería la amnistía de los gordos, el generoso escape al remordimiento de los flacos atormentados por el recuerdo de su traición. Los gordos terminarían con la Democracia, que inventaron los hombres tristes y enjutos de carne. Reyes alegres y obesos se sentarían en los tronos de los reyes antiguos, que sabían reír con su risa de cántaro y también sabían morir de una puñalada. Un escritor francés que merecería ser gordo ha dicho que la mejor forma de gobierno es la monarquía atemperada por el asesinato. Nosotros propiciamos esa forma y nos exponemos a esa solución. Nuestros reyes serían populares, en el sentido total de la palabra ; populares para reinar y para morir asesinados, porque un verdadero rey debe estar dispuesto siempre a recibir las quejas de su pueblo. Ellos atenderían a los negocios públicos con una solicitud de gordos, en audiencias públicas y jubilosas. Nos librarían de la Contabilidad, que es la ciencia de las grandes estafas y de la charlatanería financiera ; tomarían a su cargo a los huérfanos y los cebarían como a lechones ; instituirían premios a la obesidad y ofrecerían a las niñas el ejemplo de las mujeres de nuestro hermano Pedro Pablo Rubens, que Dios tenga en su gloria. La administración de la jus-

ticia estaría confiada a jueces voluminosos, cuya presencia tendría la virtud de espantar a los inocentes y de proporcionar a los culpables un espectáculo de sana jocosidad. Una vez conocida la sentencia, el magistrado se colocaría de espaldas al público, tratando de tocar la punta de su pie con los dedos de la mano, a fin de que el condenado pudiera darse el gusto de aplicarle un gracioso pellizco en cada una de sus nalgas. De esta manera garantizaríamos la seria administración de la justicia en el alegre reino de los gordos.

Habíamos llegado a la puerta de una casa de comida. Superfluo Bienvenido Pérez se detuvo resoplando, mientras pronunciaba las palabras finales. Después me tendió la mano y me dijo, con una sonrisa que parecía repetida de un sueño :

—Aquí me encontrará usted todos los días.

Yo alcé la vista y encima de la puerta leí este letrero :

Almacén y Fonda
AL BUEN SENTIDO

GARCIA MORENO

INSTAURADOR DEL ORDEN CRISTIANO

Durante la segunda mitad de la pasada centuria, aun la vieja ciudad de Quito, desigual sobre el filo de las barrancas escarpadas que separan sus barrios, graciosa como un pájaro junto a la mole en que se alza el doble cráter volcánico del Pichincha, guardaba en sus callejuelas el encanto lejano de la época virreinal.

El fervor religioso del pueblo, regido por un varón del temple de los antiguos Césares de España, había recobrado por entonces el enardecimiento público de los años ejemplares del Imperio. El Ecuador todo, en uso de una paz interior que no había conocido desde la Independencia, volvía a experimentar el desarrollo espiritual y material de antaño, desarrollo que en nuestras Españas es fruto natural de una vida colectiva sana, y que sólo la amargura o la corrupción pública destruyen. La moral y la educación popular se vigorizan visiblemente. Eran reformados con vigor los defectos que la pereza del clima había introducido en la disciplina eclesiástica, de acuerdo con el Concordato ejemplar que había sido firmado en Roma. Se juntaban en las manos limpias del Presidente las prerrogativas que hacía más de trescientos años concediera la Iglesia a los monarcas de Madrid. Una empresa gigantesca venía consumándose así, por obra de la voluntad de un hombre. Y llegan a rayar tan alto el hombre y su obra, que al moverse entonces desde las tinieblas la mano oculta del enemigo, aquella gran rectificación de un pueblo entero se simboliza en la persona de su caudillo, y viene a resumirse en gloriosa tragedia individual.

Así, al comenzar el último cuarto del Siglo XIX, desde la galería que cierran arcadas hispánicas en la fachada del palacio del Gobierno de Quito, rueda hasta las piedras de la plaza, inmolado entre machetes y pistolas, uno de los colosos más puros, de las almas más fuertes que vieron los tiempos modernos. Poderosas fuerzas satánicas, el liberalismo y la masonería, lo habían señalado hacia ya tiempo como víctima obligada de sus odios. Y es en aquel día 6 de agosto de 1875, al caer ensangrentado Gabriel García Moreno, musitando "Dios no muere", cuando el corazón de un pueblo se extravía y el martirio de un justo se consuma.

Por eso queremos honrar a las nuevas juventudes de América, y honrarnos nosotros mismos, al exaltar la memoria del varón fuerte que, en la culminación de su vida, supo ser jefe genial para su pueblo, alto ejemplo de las generaciones siguientes y siervo humilde de Dios, que lo quiso llamar a Sí entre el resplandor fulgurante de su gloria.

* * *

Antes de admirar sus últimos años, en los que el caballero de Cristo vive—en plena lucha—la perfección cristiana, es preciso considerar, siquiera sea con rapidez, las ideas generales que encuadran el panorama político de la época. E intimamente trabada a ésta, la honda evolución humana que talló en fortaleza a Gabriel García Moreno hasta ponerlo al frente de una sociedad, de menos de millón y medio de individuos, que caminaba aprisa los fáciles senderos de la desintegración.

Es facilísimo observar cómo al crecer el siglo XIX no desaparecen las profundas causas que justificaron en nuestros pueblos jóvenes de América el separatismo sangrante que des- hizo el Sacro Hispano Imperio; antes bien, la anarquía libertaria las agiganta y saca a luz, hasta hacer de ellas bandera revolucionaria de combate.

Analicemos estas causas con algún detalle. Aquella primera que señala definitivamente Ramiro de Maeztu al advertir el cambio de la Monarquía Católica en Territorial, en virtud de los ideales de mimetismo afrancesado que hicieron perder a España su virtualidad auténtica, era ahora el motor de todos los Gobiernos americanos. Nadie buscaba conscientemente en toda nuestra América aquellos puros fines virreinales, aunque no se fueran rompiendo aún, sino con mucha cautela, las fórmulas oficiales que expresaban el catolicismo a ultranza de las nuevas comunidades nacionales.

La persecución de nuestra Santa Madre la Iglesia, culminada con la expulsión de la Compañía de Jesús, que decretaron los ministros masones de Carlos III, y vuelta a poner en vigor por Fernando VII, que tan cara hizo pagar a los pueblos hispánicos la lealtad con que lo desearon, iba creciendo en rigor y en insolencia, a medida que pasaban los años independientes.

En cuanto al generoso alzamiento de la aristocracia, el clero y las masas, creyentes en su totalidad, contra los funcionarios masones que enviaba la Península, movidos, no ya por la noble idea de servicio, sino por la opuesta de enriquecerse, de gozar con el goce inferior de los incrédulos, se había transformado en pocos años, por mutación rapidísima, en una tiranía de grupos que estimaban por único mérito la audacia y proclamaban los principios más disolventes, creciendo la demagogia y la anarquía conforme el torrente libertario precipitaba la sucesión de los Gobiernos, haciendo inexistente en la práctica el Poder público.

Aquella corrupción de la Monarquía central había motivado el alzamiento del pueblo cristiano contra las logias, lo mismo en las tierras de ultramar que en el suelo antiguo de España. Pero hacia ya un siglo que la inteligencia de la Patria iba nutriendose de extranjería, y el pueblo, que guardaba aún en la entraña los ideales y la empresa de los reyes de la Era Grande, se halló solo en el instante gravísimo en que la hora de rectificar el mal, la llamada fuerte que nos ordenó resucitar, tronaba poderosamente en los ámbitos de la Historia. Nuestras gentes rindieron su esfuerzo gigantesco con la entrega generosa de los mejores tiempos. Pero ya no había quien recogiese el fruto, quien supiera dar forma a tanta grandeza ni hacer útil la epopeya colectiva. Los pueblos de las Españas, solitarios, dispersos, sin poder concebir que la vieja Monarquía se hubiera hundido, cayeron inermes, después de la victoria, en manos de sus enemigos. Pandillas de desaprensivos, linajudos o audaces, se disputan el botín múltiple de las veinte naciones hispanicas durante mas de un siglo. Y estos grupos de aventureros sólo reconocen una ley, un deber común: descristianizar la sociedad, desintegrar, con perversión apocalíptica, la herencia gloriosa de la Monarquía de España, único Estado de la tierra que había conseguido instaurar el orden cristiano, llevando a cabo la realización suprema de toda la cultura de Occidente y, por tanto, de toda la historia universal.

Contra estas minorías, mas numerosas en cada nueva generación, y que saben dar caracter conservador a la obra política de envejecimiento cuando esta se hace tan evidente que amenaza provocar una reacción definitiva, sólo puede alzarse ya la fuerza pura de la tradición en instantes en que la tensión angustiosa se hace insostenible, y el pueblo enloquecido de dolor, herido en lo que más ama, se lanza a las armas y defiende en lucha ciega los jirones sangrientos de su honor.

Estos instantes de sublime emoción que ofrece el siglo XIX nos dieron la única muestra cierta de que las virtudes de la raza aun no habían muerto. Estos destellos lim-

pios son numerosos, incontables, pues cada pueblo hispánico se regeneró en sangre con numerosos levantamientos de esta índole, que la mayor parte de las veces eran escamoteados al fin auténtico que buscaban por el engaño o la ineptitud de los caudillos que tomaban su dirección. Pero hay momentos en que estas reacciones, antes de desvirtuarse, iluminan su época con una luz vivísima. Tales son la guerra contra el francés, nuestra reciente Cruzada liberadora y la hermosa lucha de los mejicanos allá. En muy contadas ocasiones viene a dirigir esos movimientos un hombre que compendia y aun excede en pureza, la intención religiosa del pueblo que le apoya. El hombre que más dignamente encarna este ideal es García Moreno, el caudillo y mártir ecuatoriano.

La historia de su pueblo, estancada y doliente durante treinta años, le necesitaba a vida o muerte.

Desde que las armas de José Antonio Sucre, en mayo de 1822, rompen en Pichancha la heroica resistencia de las tropas españolas, la antigua Presidencia de Quito se convierte en Departamento de Gran Colombia. Después de algunos años de cantonalismos y de maniobras secesionistas, que parecían haberse resuelto definitivamente en la convención de Riobamba, el Ecuador consigue independizarse, en diciembre de 1831. Después aun amenazará ir más allá el proceso de atomización, proclamándose la independencia o insolidaridad de la región de Guayaquil. Pero ya este intento último se malogra y sirve únicamente para introducir la discordia y el desorden constantes en la precaria tranquilidad de la República.

Dos hombres duros, Flores y Rocafuerte, distintos por sus condiciones, pero idénticos en ese carácter dominador, un poco primitivo y patriarcal, de los primeros dictadores americanos, riñen por el caudillaje, se lo reparten y vuelven a disputárselo durante más de veinte años. El liberal José Urquina, enemigo incansable más tarde de García Moreno, es la tercera figura digna de mención, siquiera sea por su mal recuerdo, que se pone al frente de los destinos del Ecuador. En todo este periodo va anarquizándose más y más la vida social, a pesar de los notables esfuerzos conservadores de Rocafuerte, a quien en muchas ocasiones recuerda García Moreno, comparándolo incluso con el gran chileno Portales, que tanta huella imprimió en su obra política. Las leyes se hacen cada vez más disolventes, sin que influyan para nada en ellas los nobilísimos pero estériles intentos del caudillo Juan José Flores por reincorporar a España aquel trozo entrañable de la costa del Pacífico, que veía perderse sin remedio. Y por fin, el típico Gobierno liberal del general Urona, anticlerical y terrorista, que viene a postrar al país bajo la férula repugnante de sus bandas de "tauras", que corresponden en todo a aquellas tristemente ramosas "partidas de la porra" que asolaron España.

En plena anarquía libertaria, viene al frente de su Patria don Gabriel García Moreno. Aun no es entonces, en 1861, cuando asume el Poder, el cristiano perfecto que hemos de admirar más tarde, si bien todos concuerdan en señalarlo como un hombre extraordinario.

Se muestra satírico y controversista formidable en los distintos periódicos que funda: *El Zurriago*, *El Vengador*, *El Diablo*, *La Nación*, *La Unión Nacional*, etc. Sus estudios químicos y naturales, que culmina en Quito con los arriesgados descensos a los cráteres del Pichincha, en compañía de su profesor y amigo el geólogo Wisse, y en París, con su entrada en la Sociedad Geológica, que lo recibe como miembro; los profundos conocimientos teológicos que mostró siempre, y sus constantes actividades de agitador y repúblico, le señalan como uno de los hombres más dinámicos de su época.

No menos múltiples son sus actuaciones políticas posteriores. Según juicio del ilustre historiador mejicano don Carlos Pereyra, recientemente fallecido en Madrid, y a cuya labor magnífica tanta luz debemos sobre los problemas de América, el incansable hombre

de acción "pasó por todas las vicisitudes y se salvó de todos los peligros. Siendo civil, derrotó a los militares; siendo ajeno a la náutica, se improvisó comandante de una escuadrilla, por él mismo organizada, y ganó un combate naval; siendo prisionero, se evadió y esa misma noche fusiló al que le había aprehendido; siendo retrógrado, puso escuela de progresismo."

Un hecho que le retrata de cuerpo entero es su conocida profecía, cuando, al ser expulsados por Urona los jesuitas, considerados como antiguos carlistas españoles, mientras la multitud arrodillada bajo la lluvia suplicaba la bendición a los padres y el resto de la población se apiñaba en las iglesias para pedir al Señor por los desterrados, se alza su voz, sobrecogedora por la cólera y la emoción, y grita al padre Rector, que salía de la residencia: "¡Adiós, padre! ¡De aquí a diez años cantaremos el Tedeum en la Catedral!" Y diez años después ocurría exactamente lo que aquel hombre joven, casi desconocido, había dicho a voces en la plaza mayor de Quito ante un gentío que lloraba impotente lo que era considerado como la máxima calamidad pública.

A los cuarenta y cinco años muere su mujer y meses más tarde casa con Mariana del Alcázar, chiquilla de quince, sobrina de la difunta. Su temperamento apasionado no le abandona aún. No es cierto que pueda achacársele una conducta defectuosa en ningún sentido. Antes bien, es varón de virtud intachable, buen católico de cuerpo entero. Pero aun se halla sujeto a la pesada cadena de sí mismo, a su propio yo, que le domina. Solo cuando comienza su segunda época de caudillaje, al derrocar en 1869 el peligroso Gobierno "centro" de Espinosa y ser elegido jefe supremo, sus pasos en el camino de la perfección se hacen cada vez más seguros.

Los frutos de su evolución espiritual se agrandan sin cesar. La Constitución que somete a la aprobación del Consejo, en mayo de este mismo año, dice en su artículo primero: "Para ser ciudadano se requiere ser católico"; y en otro afirma que: "La Religión de la República es Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de cualquiera otra, y se conservará siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y las disposiciones canónicas."

Cuando se apoderan de Roma las tropas de Garibaldi, en septiembre de 1876, la República del Ecuador es la única nación cristiana que protesta ante Víctor Manuel, y en tonos violentísimos, por el "odioso y sacrilego atentado". Se dirige en términos análogos a los Gobiernos de América, pidiendo una protesta conjunta, ya que nadie en Europa lo hizo. Nadie le escucha tampoco. Y el joven historiador argentino Manuel Garvez, cuya interesante biografía sobre el caudillo tengo a la vista, y aun sigo en la mayor parte de estas líneas, hace a este propósito una observación justísima: "Desenta y cinco años más tarde, todos esos Gobiernos que no se conmueven por la afrenta y la violación cometida contra el representante de Cristo, protestarán por la violencia que el mismo Gobierno, el de Italia, comete contra el Negus de Abisimá..."

En los seis años de su gobierno, el proceso material y cultural alcanzan un desarrollo único en la América española. Es reorganizada la hacienda, aumentando de modo fabuloso los ingresos y llegando a estar el sucre a la par del dólar. Prosperidad increíble, si tenemos en cuenta que en 1941 un dólar vale quince sucres. Construye carreteras, edificios, ferrocarriles y telegrafos; crea grandes instituciones culturales y artísticas, que son obras definitivas, como la Escuela Politécnica; reforma de arriba abajo la enseñanza; fomenta la instrucción agrícola; funda la Escuela Nacional de Indios. Su empresa es sencillamente sobrehumana. De un país en ruinas forma un emporio de cultura y bienestar, incluso para los mismos sabios extranjeros que hace venir a las cátedras de mayor interés, demostrando una vez más que nuestros pueblos son sólo ingobernables cuando se

les dirige, contra su ser auténtico y su voluntad histórica, hacia el abismo, y que sólo necesitan para volver a pisar los caminos de su grandeza sentirse en el propio cetro de una tradición.

García Moreno, el "campeón del Syllabus", consagra el año 73 al Corazón de Jesús la República que gobierna, aunque ha vacilado en hacerlo, pues su patria "no acaba de regenerarse en la caridad, en las costumbres y en la justicia". Consigue crear entonces un estado católico, el único estado social y políticamente católico", según frase del historiador colombiano Miguel Antonio Caro.

Mas, durante los últimos meses del año 74, varios detalles exteriores van señalando el propósito definido de asesinar al presidente.

García Moreno, conocedor de todo esto, no toma medidas de defensa. Solo con su edecán, va todos los días a recibir al Señor, y continúa la vida ascética que lleva ya desde hace años. Reza diariamente el rosario y el "Kempis, ciñe cilicio, se disciplina las carnes, hace ejercicios espirituales con frecuencia, conserva constantemente la presencia de Dios y cumple su programa diario rigurosísimo de vida espiritual. Aspira al martirio como culminación de su vida. Y lo presiente ya en la carta que dirige a Pío IX, el 17 de julio de 1875, veinte días antes de morir. Habla en ella de las maquinaciones de las logias de los países vecinos, que han decretado su muerte, y pide al Santo Padre que le obtenga del Cielo el derramar su sangre "por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros".

Por fin, en la mañana del 5 de agosto, unos cuantos jóvenes, azuzados directamente por un comandante llamado Sánchez y una mujerzuela que con él mantenía relaciones ilícitas, se precipitan sobre García Moreno cuando entraba en el palacio del Gobierno para leer su histórico mensaje al Congreso. A tiros y a machetazos lo acribillan de heridas en el pecho, en la cabeza, en las manos... Mientras se desploma y vuelve a erguirse, en interminable agonía, la víctima trata aun de cubrirse con un bastoncito que llevaba en la mano y el mensaje, que no abandona. Ya expirando, es conducido a la Catedral por hombres del pueblo, buenos mestizos ecuatorianos, que idolatran en él. Le presta el chantre los últimos auxilios espirituales y le administra la Extremaunción. Y en la capilla de la Virgen de los Dolores, al pie de la gran Cruz que llevó sobre sus hombros por las calles de Quito, se extingue la vida del hombre extraordinario. Sus últimas palabras fueron de triunfo—"Dios no muere"—y su último gesto consciente para afirmar el perdón de sus enemigos.

Habían de pasar aún muchos años en que la descristianización de las Españas, siempre en aumento, tendiese un velo de odio sobre su venerable figura. Pero hoy, en este año de 1943, en que ya sonríe el futuro de la Patria renacida y el impulso de todos los pueblos hispánicos vuelve a centrarse en Cristo, no podemos dejar que pase su aniversario sin elevar al Señor nuestro júbilo en memoria de quien tan rendidamente le sirvió. Y desear que su alto ejemplo cunda entre nosotros, para bien del mundo mejor a que aspiramos.

MANUEL LIZCANO

NOTAS



EUGENIO D'ORS Y SU EPOS DE LOS DESTINOS

Comparo la obra del maestro Eugenio D'Ors a una biblioteca que conozco y estimo. Y no precisamente por la abundancia y riqueza de su producción, aunque esta multiplicidad influya en mi comparación. No; ésta responde en mi espíritu a una perspectiva mucho más amplia y más libre, por no decir más personal.

Intentaré explicarme. Los que sois enamorados del saber sin límites, pero ordenado, ¿os habéis imaginado nunca una amplia Biblioteca de una sola nave donde vuestros ojos de artista disfruten y descansen en la curva armoniosa de los majestuosos, al par que acogedores arcos románicos? Pues bien, yo sé del carácter íntimo y a la vez solemne de una biblioteca cubierta por un severo artesonado medieval que guarda sus libros en estanterías de rosal oscuro talladas con la paciente y concentrada fuerza de un artífice gremial del siglo xiv.

Y suspendidos por recias cadenas veréis magníficos lampadarios de hierro forjado sosteniendo estos cilindros de cristal amarillo que parecen esperar el aceite profuso y la cera odorífera que place y vuelve propicia a la Minerva de los grandes ojos sabidores. Y al contemplar el reflejo en estos vasos de los rayos de la tarde declinante comprenderéis lo que es el Arte y especialmente lo que es el Arte clásico, «el que se apoya fuertemente en la realidad y dibuja la entereza de un exacto perfil».

Encontraréis también una sección de Revistas, estas voces cortas y babelizadas de las últimas novedades, de las primeras impresiones, de los transitorios acuerdos. Comprenderéis que estamos en el siglo xx al (contemplo) oír las voces de estos heraldos, cortos de palabra y de expresión...

Algo así, fábrica ingente, voladora, pero sistematizada, es decir, arco aguantado por seguros pilares, es la obra de don Eugenio D'Ors: vasta, universalista, ambiciosa. Es la Ciencia de la Cultura, es este admirable y reciente *Epos de los Destinos*, de un carácter épico, expresión completa del cosmos español, interpretación plenaria de toda nuestra Historia en su unidad esencial y en sus diferentes ciclos, con toda nuestra psicología heroica, con todo el hervor inconfundible de nuestra sociología hecho norma y canon gracias a la Catolicidad.

La suprema armonía del lampadario al reflejarse en él los temblorosos rayos de la luz en esta hora crepuscular tan sugeridora, nos lleva de la mano para apreciar la interpretación artística orsiana de la belleza de nuestra

pintura, de nuestros tallistas de nuestra arquitectura, la interpretación que todos conocemos y admiramos a través de sus obras sobre el Museo del Prado y sobre el Barroco.

Y el Glosario, ¿no es acaso como las Revistas de hoy, un encararse con la pluralidad del saber y de la vida conforme van apareciendo en su eterno devenir y en su constante actualizar, pero con un tono científico que no desmerece por la brevedad implícita de esta forma? La sostenida constancia del Glosario ya trilingüe, ¿no ha sido el ojo siempre alerta para ver y siempre preciso para definir?...

Volviendo a *Epos de los Destinos*, en él está, como en el políptico portugués de Nuño González, toda la Historia de España, está lo que el maestro D'Ors llama constante histórica y lo que yo he llamado otras veces «línea de nuestra vida histórica»; está ese principio unitario que informa nuestras personalidades arquetípicas. Sus figuras del Doctor Torralba, Fernando e Isabel y Goya, no son simples retratos de individuos al estilo de la biografía histórica, hoy tan corriente. Ya nos lo advierte en el prólogo: «¿Qué significa referir la existencia de un personaje? No ligar a su identidad una colección de episodios, sino contrastar los tales episodios con el principio unitario en que se formula esta identidad. No sumar unos tras otros los acontecimientos, sino seguir el hilo en que estos acontecimientos se engarzan. Descubrir una personalidad más que retratar a un individuo.»

Y don Eugenio nos descubre en toda su complejidad esta figura abisal «que ahonda sus raíces en la región oscura de lo subconciente», este tremendo Goya que si tiene su Sixtina en las sederías luminiscentes de San Antonio de la Florida tiene también su trasmundo en los aquelarres de la Colección D'Erlanger.

Y nos descubre a este monarca «tan cumplido político que parece haber dado a Maquiavelo arquetipo para su Príncipe», continuador y exponente el más alto de la gran tradición diplomática catalano-aragonesa, y a esta Reina que ayudó a su esposo a forjar «esta nación que tras de ellos y solamente tras de ellos, merece el nombre de España». Finalmente, estudia la figura del Licenciado Torralba, prototipo del archiintelectual, del «hombre angélico», del que despiden olor de santidad como los monarcas lo despiden de multitud y Goya de azufre...

Con esta sistemática construye el armazón de una trilogía en la que siempre, fiel a las reglas del Reino de Logos, intenta la más apremiante, directa y actual de las respuestas al secreto de la Esfinge de nuestro Destino. Felicitémonos, porque con materiales que en la Biblioteca en que hemos entrado llevan los eternos y mágicos nombres de Filosofía, Historia y Arte, aquella armazón se ha convertido en una de estas bellas cúpulas que expresan el sentido de Romanidad Cristiana que él tanto admira.—M. R. C.

EN TORNO A DON MARCELINO

Son las que siguen, reflexiones surgidas al margen de una conferencia. En realidad, ni reflexiones pueden llamarse, pues son casi mera transcripción: tan poco tienen de personal. Su única intención es la de facilitar la más clara visión posible de una figura que pudo haber sacado a España, sin ciertas circunstancias dadas, previsibles mas no previstas, de un letargo de siglos.

La imagen positiva de Menéndez y Pelayo ante la cultura europea y, concretamente, ante la de su siglo, ha permanecido borrosa e indeterminada hasta ahora. Llenar este hueco, concretándola con limpieza, ha sido la intención de la conferencia aludida y de los comentarios que siguen.

* * *

Al final de su «Historia de las ideas estéticas», se lamenta Menéndez y Pelayo de la falta de orientación interna de la juventud española que había de estar pendiente del extranjero, en lo referente a ciencias del espíritu, desde la Filosofía hasta la Mística. Esta lamentación se hace honda en él porque toda su preocupación fué legar a la intelectualidad española un íntegro programa cultural, que se ve expuesto a lo largo de su obra.

Con calidad diversa de intenciones, se han querido ver en ella dos tendencias principales, perfectamente diferenciadas, desmintiendo la segunda las afirmaciones de la primera y echando así por tierra la labor anterior. Son, en su desarrollo, paralelas a los años. Mientras Menéndez y Pelayo es, simple y dinámicamente, «el joven Menéndez», rara figura simpática de niño prodigio, es el hombre fogoso y fustigador de la «Historia de los heterodoxos» y de la polémica de «La Ciencia Española», acérrimo defensor de nuestro Siglo de Oro y de nuestra cultura clásica y empapado en catolicismo recio y militante. Cuando Menéndez y Pelayo llega a ser «Don Marcelino» (insólita madurez de sus treinta años), se ha con-

vertido en un hombre reposado, ecléctico y tolerante. Sus convicciones parecen enfriadas y hasta casi apagado aquel incipiente ardor apostólico.

Este juicio, tanto de uno como de otro lado, producto de visiones simplistas e indocumentadas, cuando no aviesas y de turbia intención, es el aceptado en todos los medios, originando la creación dos bandos: uno, de los que creen y apasionadamente siguen al Menéndez y Pelayo de los comienzos, reconociéndole como único verdadero. Sólo cuenta para los otros la obra madura. De la del primer tiempo, no hablan, y cuando lo hacen es para disculparla, como agraz temprano, pecado de juventud del casi logrado historiador.

Las dos posiciones obedecen a una gran miopía en la consideración del carácter de su obra. Ni renegó don Marcelino de su actitud primera ni sus creencias religiosas se enfriaron. Lo único que sucedió fué, que con los años, su horizonte se amplió y llegó a ver lo que antes no pudo adivinar.

Leyendo obras de su primer tiempo, concretamente la «Historia de los heterodoxos» y «La Ciencia Española», puede apreciarse cómo la cultura europea contemporánea fué objeto de una hipovaloración. Habla de la «metafísica vana y nebulosa de allende el Rhin» y de las «nieblas hiperbóreas», teniendo casi a gala el desconocimiento del alemán. Todo esto no es, en realidad, más que la reacción de un hombre joven, español y polemista fogoso, ante la pedantería insostenible de los no malintencionado filósofos de vía estrecha de la «Revista Contemporánea», que desde ella, con grandes pujos renovadores, querían dar la pauta de la vida científica española. Por otra parte, una tendencia hacia el genialismo, exaltadora de lo castizo racial, que se observa también en toda su obra posterior y en escritores contemporáneos (don Gumesindo Laverde, Varela) y más tarde en Unamuno, parecida al «Volksgeist» germano, hace más fuerte la hipovaloración. Cuando quiere presentar, en esta primera época, un sistema filosófico inmejorable, señala fervoroso el criticismo vivista o la alianza aristotélico-platónica de Fox Morcillo o el armónico de Lulio; siempre algún fruto genial de mente hispánica.

Respondiendo a esta posición y manera de sentir, deja expresados

en «La Ciencia Española» los puntos capitales de su programa cultural. Resurrección y creación son los dos medios de llevarlo a cabo. El primero se desarrollaría por dos caminos: ediciones críticas de nuestros autores clásicos y repertorios bibliográficos, abandonados desde Nicolás Antonio. Para ejemplarizar y abrir el camino, echa él mismo inmediatamente el hombro a la labor, y dedica una gran parte de «La Ciencia Española» a un repertorio bibliográfico que recoge lo más representativo que se había escrito en todas las ciencias desde la «Bibliotheca Hispana Nova».

Para el empleo del segundo medio creativo, que completa y justifica el anterior, propone la producción de monografías sobre autores y figuras relevantes de nuestra ciencia de todas las épocas, creación de cátedras históricas de Teología, Derecho, Filosofía, Filología, etc., y, por último, la fundación de Congregaciones religiosas (tiene puesto el recuerdo en bolandistas y benedictinos), para poner al corriente, el pasado cultural hispánico.

No se crea, sin embargo, que su única preocupación era el conocimiento de la labor del Siglo de Oro español. Conforme va sedimentando su contenido científico, el historiador nato que hay en él, va revelándose y aumentando su comprensión. Llega a decir que, como Leibnitz, quiere apreciar de cada libro, antes lo útil que lo reprehensible. Perseverando en esta posición, aprende alemán y se preocupa por lo intelectual de su tiempo. Y su horizonte se amplía aún más. Este ha de ser el «leit motiv» de todo estudio sobre Menéndez y Pelayo. Ampliación de horizonte, que le hace ver a un Schelling «lleno de luz» y nombrar a Hegel «el Aristóteles de nuestro siglo» y sugerir en Mallorca, en su discurso de conmemoración de Raimundo Lulio, un «hegelianismo cristiano». Es todo un intento de comprender su propia época que acepta un poco por compromiso y el deseo de que el leve renacimiento, que indudablemente llegó a percibir, se convirtiese en algo positivo y creador. Su fe viva le hace creer en una posible adaptación de lo moderno, a lo cristiano y universal.

Y no es solamente él quien vislumbra la posibilidad de una ascensión o una caída por el advenimiento pleno de lo moderno. En la

misma época, y en Alemania, también, Dilthey alude a las tendencias generales del espíritu, acentuándose en él la idea de inseguridad que en Menéndez y Pelayo no aparece, si no es mucho más atenuada por su confianza providencialista, idea de inseguridad que nace, como en el anterior, del más puro sentido histórico, pero empapado en éste, de Prudencio y San Agustín.

Su conciencia histórica le hace pensar en la responsabilidad de su época si no cumple su labor. De ahí la condescendencia observada con el que pudiera aportar lo más mínimo en lo cultural, si bien lo hace con el dolor producido por no ir acompañada esta aportación del sentido en lo eterno y sobrenatural que él deseara.

Convencido de que la posición rígida y estática no es fructuosa en la cultura, se lamenta al hablar de Balmes, no sólo de su muerte prematura, sino también de la falta que le hubiera hecho, para bien suyo y de la filosofía española, un paseo por Alemania. Y pregunta: ¿Qué hubiera pasado si en vez de ser don Julián Sanz del Río, hubiera sido Balmes el encargado de importar las novedades alemanas? Se hallan lejos ya «las nieblas hiperbóreas» y la «metafísica vana y nebulosa de allende el Rhin»...

Para que quede clara la forma de su deseo de adaptación al siglo, hace suyas las palabras de don Miguel Asín en su libro sobre Al-Ghacel: Quiere hacer lo que harían nuestros mayores si se hallaran en nuestro caso. Si cristianizaron ellos, asimilándose el Renacimiento, ¿por qué no cristianizar también ahora al mundo, asimilando la cultura contemporánea?

Lo que Vives realizó, produciendo un sistema admirable, y Sánchez con su cuasi-escepticismo, «que sólo dobla su mente a las verdades que son de fe», quiere don Marcelino continuarlo en el siglo XIX con su «hegelianismo cristiano» o su «realismo idealista».

A pesar de lo irrealizable que pudiera parecernos hoy, cualquiera de las dos sugerencias, debemos atenernos a la intención. Y ésta se hubiera visto probablemente cumplida si no fuera por algo en que don Marcelino no pensó.

La expansión de una cultura cristiana hispánica en el Renacimiento fué posible merced a la Gracia de Dios y a las picas de los

tercios y compañías de soldados españoles que ésta hacía mover. Delante de la cruz misionera y de los tratados teológicos iba la espada del capitán abriendo camino.

En el siglo de Menéndez y Pelayo la espada del capitán, mellada tiempo atrás, era inútil contra los cañones de los barcos norteamericanos. Y esta fué la gran tragedia derivada de la desproporción entre los arrestos culturales de una generación y los medios con que llevarlos a cabo.

Y no son sólo cañones y fusiles los que faltan. Es la deficiencia en el campo de la técnica, que a su vez es producto de un secular abandono y despreocupación por los saberes que la constituyen.

La lección positiva que nos pudiera dar esta época, con las inquietudes sembradas por don Marcelino, se contrapesa con la lección negativa de un siglo que vende las minas de Ríotinto al extranjero y no se ocupa de fabricar barcos y locomotoras. Ante ello, con la consecuencia del 98, lo que era genialismo inteligente y amoroso en don Marcelino, se exagera y hace triste casticismo: optimista en Ganivet cuando quiere convencerse de la superioridad de la habanera sobre toda la producción de los Estados Unidos, incluídos la máquina de coser y los aparatos telefónicos; biológico y casi fatalista en Ortega, al hablar de la tara étnica que supone en los españoles, para todo lo creador por la deficiencia en «cruces rubios», y el de Unamuno, y el de tantos...

Y estas son las más inteligentes posiciones. Por pasada y tópica, no hace falta señalar la patriotería de barrio bajo que, en último grado, se consuela, intentando justificar nuestra despreocupación o abandono, considerando lo «grandes» que somos, ni la romántica de la improvisación, pensando que lo que otros tardan diez años en hacer, lo realizaremos nosotros en uno.

Todas estas actitudes son ineficaces y vulgares. Marchará sola nuestra Cultura, que será auténtica (y entonces sí que seremos «grandes»), cuando junto a la más refinada y audaz cultura filosófica creadora, seamos capaces de fabricar muchas máquinas, muchos aviones y muchas locomotoras. Si no hacemos esto y nos admiramos

pensando lo bien que «funcionamos» cuando nos ponemos, ni nos pondremos nunca, ni seremos nada.

No se señalan con esto ni Planes Quinquenales a lo Moscú ni desquiciado dinamismo yanqui, con su materialismo estéril, civilizador, pero inculto, incompatible con la forma única, católica y trascendente de ver el mundo.

Espiritualidad religiosa, cultura, sentido de la tradición, premisas ineludibles y básicas. Pero fuera y por debajo de ellas, como ruedas, las de la técnica y, en frase de Laín, «llámese ésta burocracia, amoníaco sintético, método fenomenológico o motor de explosión. Infundamos nuestro entusiasmo en la técnica y así quedará definida nuestra actitud y podremos cumplir nuestra misión cultural.

El testamento de don Marcelino no ha sido aún realizado.

¿Será nuestra generación la que esté llamada a cumplirlo? He aquí la grande y ambiciosa interrogación que se abre para todos.—
Juan Ignacio Tena Ybarra.

JOAQUÍN RODRIGO

No es ninguna sorpresa para nosotros la concesión del Premio Nacional de Música 1942 a Joaquín Rodrigo. Su persona nos es ya familiar, tanto a través de sus obras de repertorio en nuestros conciertos, como por su figura de crítico, publicista y ameno conferenciante. Su carrera musical, desde su infancia, que transcurrió en Sagunto, su ciudad natal, es una serie ininterrumpida de triunfos; ya a los trece años componía una mazurca para piano. Sus progresos en las letras son más notorios por entonces que en la música, pero su vocación por el arte le inclinan hacia esta última.

Pensionado, como Albéniz, Turina, Falla..., de España salta a Francia, donde estudia en París con Pablo Dukas, Mauricio Emmanuel y Pirro. En 1926 compone quizás su obra pianística más popular, «El preludio del gallo mañanero», que es un grito de España en pleno París, en la que lo pintoresco a lo Albéniz, se junta a la técnica francesa. De Francia pasa a Alemania, estudiando de cerca el movimiento y cultura musical germana.

Al iniciarse nuestra cruzada vuelve a España con una formación musical completa, dedicándose a dar cauce y orientación a su capacidad para llegar en plena juventud a producir obras dignas de un gran compositor.

Su actual bagaje musical lo componen obras de todos los géneros, salvo el teatro, que tienen abandonado los compositores españoles por falta de medios. Es digno de resaltar sus producciones de canto sobre versos de nuestros más excelsos poetas. Así tenemos de él canciones sobre textos de «San Juan de la Cruz», considerada como su obra maestra; «Marqués de Santillana» y «Lope de Vega».

De su producción pianística, además del «Preludio», tenemos su deliciosa «Pastoral», «Minuetto», los dos «Berceuses» (de Primavera y de Otoño), «Cuatro danzas», «La enamorada junto al surtidor», «Suite al modo antiguo», que si bien son de hechura francesa en cuanto a procedimiento, son netamente españolas y en particular levantinas, por su alegría y sencillez. En el género sinfónico es en el que se nos muestra Rodrigo más parco y comedido, notándose más que en ninguna otra su continuo progreso. Así la diferencia es bien notoria entre su «Zarabanda y villancico», de repertorio de la Orquesta de Cámara de Berlín, y su magnífico «Concierto de Aranjuez», 1940, para guitarra y orquesta. Esta última ya no es un ensayo, sino una obra acabada que junto a soluciones difíciles de orden técnico, nos ha dado una obra bellísima y completa. Recordemos con gozo la hermosísima línea melódica del corno inglés del «largo», que tan profundamente nos cautiva. En ella sabe elevar el instrumento típico español, la guitarra, a la categoría de solista capaz de dialogar en un concierto con la orquesta.

También ha producido otras obras sinfónicas, como «Homenaje a la Tempranica», «El lirio azul», «Fanfarre», «Canzoneta». Es Rodrigo el más joven inmediato seguidor de los creadores de la que pudiéramos llamar escuela española. Su estilo es continuación del de aquéllos, pero con personalidad propia. Su música, de una técnica depurada, sabe con capacidad de genio adaptarla a ese carácter suyo tan alegre y humorístico, captando la esencia y modo de ser español con una simplicidad y agudeza encantadora, haciendo suyo el pensamiento de Falla, de que la música se ha de producir de una manera tan natural y sencilla, que parezca una improvisación capaz de conmovernos.

En la actualidad, con sus treinta y ocho años, ya ha sido galardonado con la medalla del Sindicato Nacional del Espectáculo de 1940 por su «Concierto de Aranjuez» y dos primeros premios en los Concursos del Frente de Juventudes. Es profesor del Real Conservatorio de Música de Madrid y Jefe de Arte y Propaganda de la Organización Nacional de Ciegos.

La obra que le ha valido el Premio Nacional de Música 1942, es un concierto para piano y orquesta, obra pedida en el concurso, y que Rodrigo llama «heroico». Está dedicada a Leopoldo Querol, que la estrenará con la Orquesta Nacional en la semana de Música española, de Lisboa, en abril próximo.—J. B. ARTEAGA.

LA SIBILA DE ANTEQUERA

Correspondiente al ciclo de conferencias que se vienen celebrando, organizado por la Sociedad de Cursos y Conferencias del Colegio, el día 23 de febrero y en la Residencia de Señoritas, ante un numerosísimo público estudiantil, integrado por la totalidad de residentes de ambos Colegios mayores, don Lorenzo Riber, de la Real Academia Española, se ocupó del tema «La Sibila de Antequera».

Comenzó diciendo que fué don Francisco Rodríguez Marín, Director de la Real Academia Española, ese Néstor juvenil con barba de nieve, ese anciano rey de los jóvenes, quien descubrió e ilustró el sabroso episodio sentimental objeto de la conferencia.

Pedro Espinosa, colector de una de las bellas antologías de poetas españoles de los siglos XVI y XVII, bajo el título de *Flores de poetas ilustres*, como Raimundo Lulio, convirtiéndose en ermitaño poeta por un desengaño de amor causado por la que se llamó Décima Musa y Sibila de Antequera doña Cristobalina Fernández de Alarcón, casada con don Agustín de los Ríos, que tenía abierta en la ciudad que arrulla el Guadalhorce, una tienda de mercería, a cuya prosperidad acaso no fuera ajena la belleza de la mercera y su gloria poética. Pedro Espinosa la celebró bajo el lindo nombre caricioso de Crisalda.

Enviudada prematuramente, cuando Pedro Espinosa pudo esperar obtener su mano, doña Cristobalina, la Sibila de Antequera, descendió de su trípode para casarse con un simple estudiante, y no aun de facultad mayor, que respondía al nombre de Francisco Correa y Barreto. Nada se sabe de él, sino que fué segundo marido de la Décima Musa. El desencanto de Pedro Espinosa no tiene fin. Resuelve abandonar el mundo; súbese a una enriscada ermita bajo la advocación de Santa María Magdalena. De galán se trueca en ermitaño y toma el nombre de Pedro de Jesús.

No por ello deja la poesía. El laúd de amor se convierte en sagrado salterio. Escribe muy lindas poesías espirituales, superiores a las que le inspiró el amor profano de doña Cristobalina. Tras unos años de vida solitaria y cerril descende de la ermita de Santa María Magdalena y va a tomar órdenes sagradas, llevando muy hondos en su alma el recuerdo y la añoranza de aquella aromática soledad que él hizo florecer en versos.—L. C.

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

EN TORNO A «LOS GRANDES PENSADORES», de J. Cohn

Ya conocíamos el libro. Es de un judío, y la traducción castellana lleva este título, prometedor y resonante: «Los grandes pensadores». Y un subtítulo no menos sugestivo: «Introducción histórica a la filosofía».

Todo esto no tiene nada de particular. Aún no hemos pasado de la portada, ilustrada con un busto que pretende ser de Sócrates, feo como la empuñadura de un paraguas.

Abrimos el libro y en la última, precisamente, de sus páginas, nos declara su autor—con una sinceridad sorprendente—cuál ha sido su propósito. Nada menos—y nada más—que el siguiente: «despertar el convencimiento de la necesidad de la filosofía como ciencia de los ideales y fines de nuestra vida» y señalarlos «los principios fundamentales de esta ciencia».

Seríamos injustos si le afeáramos a J. Cohn el embarcarse en una navegación pedagógica tan difícil, sí, pero, a la vez, tan provechosa para los espíritus inquietos que buscan afanosamente la posesión de «los ideales y fines de nuestra vida».

No. Vamos a esperar el retorno de la embarcación, aquí, a la orilla de esta portada, bajo la severa y magistral y frondosa barba de Sócrates.

Ya viene el cortejo de los «grandes pensadores». Son ellos. Y sólo ellos. Sócrates, Platón, Descartes, Espinosa, Kant y Fichte. No había más en el océano de la Historia de la Filosofía.

Al fin y al cabo, bien pudiera ocurrir que los demás renunciaran, gustosamente, a dejarse presentar al público por un judío, que haría de ellos una caricatura grotesca. Los judíos prefieren, a los rostros serenos, claros y divinos, los otros, los acribillados por la duda, los afeados por los latigazos de todos los extravíos. No podrán olvidar nunca aquella estampa que vieron en el balcón de un pretorio: la del «Ecce Homo».

No debe, pues, indignarnos esta selección de pensadores que ha hecho J. Cohn. Pero no podemos prestarle acatamiento al prólogo de la versión española. Porque nos asegura que los «pensadores» favoritos del judío, son aquellas figuras «cuya significación es más eminente» y cuya «universalidad es más indiscutible».

Así. Categórica y enfáticamente firma una Editorial y lanza el libro a la publicidad.

Y es, sin duda, porque contaba anticipadamente con un rebaño de lectores avezados al pastoreo reservado a los hijos pródigos.

Afortunadamente, los hijos pródigos vuelven, hartos de tanta bellota. Se las ofrecen a las Editoriales, a esas Editoriales que gustan de la cosecha de las encinas.

No creo—y pláceme consignarlo—que el contenido del libro de Jonás Cohn, sea nocivo ya para nadie entre nosotros. Los estudiantes—mis discípulos—lo leen a título de información, no de *formación* precisamente.

Hoy, las escuadras universitarias ya tienen su capitán. Con hierro, si se quiere y con silogismos y con latín. Pero con paso firme. Con exactitud. Volvemos—¡reaccionarios!—a la Edad Media, fascinados los ojos por resplandores de la leyenda de oro.

Y lo hacemos con una protesta, que tiene la resonancia de un desagravio y de un homenaje.

Protestamos de haber sido excluido del elenco de los grandes pensadores—de los grandes estrategias del pensamiento—nuestro Capitán: Santo Tomás de Aquino.

Porque como pensadores—se puede pensar bien y, sobre todo, mal—los de la selección de Jonás Cohn nos merecen a nosotros—¡reaccionarios!—una alta estimación. De algunos de ellos estamos a una distancia incalculable, es verdad. Pero no obsta para que en alguna de las irremediabls—por dadas ya—actitudes filosóficas, los filiiemos, elevados incluso al cuadrado.

Gracias a ellos, con la amarga lección que nos proporciona el fracaso de sus sistemas, la filosofía se rehabilita vigorosamente y prefiere la «ingenuidad» medieval a la moderna hipercrítica. Pronto será decididamente superada la «epogé» de Husserl. El «no comprometerse», el «ponerse entre paréntesis», en actitud equidistante y diplomática entre el idealismo y el realismo, supone una cierta cobardía filosófica.

Sí. Queremos ser todo lo «ingenuo» que fué Santo Tomás de Aquino. El se consideraba, frente a la riqueza ontológica y axiológica del mundo, como mero espectador. Las cosas eran y valían independientemente de que el autor de la «Summa» las contemplase o no. A esto llaman «ingenuidad». Esto no es más que mucho sentido común.

Hoy ya nadie niega el supuesto de esa ingenuidad medieval, de seminario eclesiástico. Llámánle «supuesto crítico» porque tienen en cuenta el fracaso del idealismo y aquella terrible amenaza de Schopenhauer: la de meter en un manicomio a todo el que negara la realidad del mundo externo.

Para Santo Tomás el mundo es obra—poiesis, diría Aristóteles—de Dios. El hombre es el rey de ese mundo. Pero su paso por él, no es más que un aprendizaje para bien morir. La muerte es el arco triunfal de la vida, de la «otra» vida. No estamos «lanzados»—como gime Heidegger—hacia la muer-

te. Ese fenómeno biológico no es, ni mucho menos, algo definitivo. Es una anécdota, pero no el último capítulo de una biografía. La suprema filosofía del hombre consiste en abordar ese trance con una alegre, cristiana y maravillosa conciencia medieval.

Este sí que es el ideal y el fin de la vida y de la filosofía, y no la transmisión platónica, el oscuro agnosticismo kantiano o la «tathandlung» de Fichte, como pretende Jonás Cohn.

Un inventario de los títulos que acreditan de «gran pensador» a Santo Tomás de Aquino, excedería las dimensiones prefijadas a este artículo.

Queríamos sólo justificar una protesta, que tuviera, por otra parte, la resonancia de un desagravio y de un homenaje ofrecido a nuestro Capitán, a Santo Tomás de Aquino.—C. A. G. DE LENA.

SANTO TOMAS DE AQUINO: *Selección filosófica*. Versión, introducción y notas de Manuel Mindán.—Un vol. de 406 páginas. Sociedad de Educación Atenas. Madrid, 1942.

A medida que el saber se escinde y la realidad se aparta para su estudio va revelándose nuestra ignorancia en los problemas de totalidad. Con la ignorancia no puede surgir la solución y sin ésta naufragamos. El creciente especialismo de la ciencia actual va mutilando la personalidad integral del hombre. Tal vez se halle aquí la causa primaria de la falta de hombres completos en la sociedad de hoy. Asistimos al espectáculo pavoroso de la sobra de monstruos y de la falta de hombres. Y es que se desarrolla, sin tino y sin medida, una dimensión de la vida humana con menoscabo de las demás.

El especialismo en la ciencia tiene aún otro peligro gravísimo en el que con frecuencia se cae. Es el de tomar la parte por el todo. Hay quienes acotan un trozo de realidad y a fuerza de pasar meses y años en su estudio llegan a pensar que ninguna otra cosa existe fuera de aquello que ven a través de sus gafas de especialista. Aquel que estudia fenómenos termina creyendo que toda la realidad es fenoménica. Quien se ha encerrado en el castillo ideal de la matemática termina por afirmar que todo es extensión y número. Si uno se pasa la vida estudiando el cuerpo del hombre para curar sus enfermedades se ve determinado a reducir el hombre a pura naturaleza. Y no han faltado quienes han caído en el error contrario: con tanto exclusivismo se han fijado en la dimensión de la historia que han terminado por negar que el hombre posea naturaleza y le han hecho consistir en programa.

La ciencia, por fragmentaria, no puede tener aspiraciones de un saber totalitario. Para hallarlo hay que acudir a la filosofía. A ella, pues, hemos

de ir siempre que queramos soluciones absolutas que no dejen lugar a la duda ni a la excepción. Entre todos los filósofos, Santo Tomás de Aquino brilla con luz propia e inextinguible. El dió solución a los problemas de totalidad que el siglo XIII, en que le tocó vivir, le planteó. Problemas que, por filosóficos, son de todos los tiempos. Porque es digno de tener en cuenta que el filósofo, en cuanto tal, no envejece como el científico. Un libro de física, de biología o de matemáticas que tenga algunos años sólo tiene valor para la historia. ¿Cuántos matemáticos conocen el libro en que Descartes escribió su geometría analítica, o Newton su cálculo de fluxiones, o Leibniz el infinitesimal? Un libro de filosofía, en cambio, si tiene auténtico valor en el siglo en que se escribió, sigue teniendo hoy el mismo aumentado en lo que le pueda dar la historia.

Por eso se puede hablar de una vigencia permanente de la obra de Santo Tomás. Aun diría más: su estudio derramaría copiosa luz sobre multitud de problemas que siguen vías muertas en el ambiente cultural de la hora presente. Por eso la lectura de Santo Tomás se hace más necesaria cada día.

Mindán, en el libro que ha dado pie para esta nota, nos ofrece, en castellano correcto, una *selección*, en el auténtico sentido de la palabra, de la obra tomista. Desfilan por el libro aquellas cuestiones que tan hondamente penetró Santo Tomás, tales como el ente y la esencia, los trascendentales, el alma y el conocimiento, Dios, el fin del hombre y la felicidad, entresacadas de aquellas obras que han merecido el honor de la inmortalidad: *Summa theologiae*, *Summa contra gentes*, *De ente et essentia* y *Quaestiones disputatae*.

Precediendo al texto va una introducción biográfica que da idea exacta de la vida y obra del Angélico Doctor, mostrando la misión intelectual que gloriosamente realizó. Siguiéndolo van unas notas de gran utilidad para quienes no estén avezados al estudio directo de Santo Tomás. El libro termina con un abundante índice bibliográfico.—A. GONZALEZ ALVAREZ.

Martín Grabmann.—LA FILOSOFIA DE LA CULTURA DE SANTO TOMAS DE AQUINO. Trad. del alemán de Octavio N. Derisi. Introducción del traductor y prólogo del autor.—Un vol. de 217 págs. Ediciones C. E. P. A.—Buenos Aires, 1942.

La filosofía moderna ha escindido la realidad universal en dos esferas radicalmente diferentes: la esfera del ser y la esfera del valor. Entre ambas se establece una independencia absoluta y una contraposición exage-

rada. La esfera del valor colocada allende el ser tiene fundamento propio y se rige por leyes peculiares. Hasta nuestro acercamiento al mundo de los valores verificase por método enteramente diferente a como entramos en relación cognoscitiva con el ser.

Entre la pléyade inmensa de valores que la Filosofía va descubriendo ocupan un lugar importantísimo los valores culturales. Por eso, sobre la filosofía de los valores—axiología—se ha montado la ciencia cultural que, entonces, ha de nacer con caracteres contrapuestos a la ciencia natural. Surge de esta manera una filosofía de la cultura, tan cultivada en las épocas que inmediatamente preceden a la nuestra.

Pero al separar la esfera del valor de la esfera del ser se ha quitado a la axiología el único posible fundamento. Se han jerarquizado los valores y, si se quiere, fundamentado cada grado en el que inmediatamente le sigue en elevación, pero la serie total está colgada del vacío. Por eso, cuando aún no se había terminado de construir el gigantesco edificio de la filosofía de la cultura, he aquí que por carecer de base firme de sustentación se nos derrumba con estrépito. Y en este derrumbamiento es afectada angustiosamente la humanidad entera, que cada día encuentra menos suelo firme que brinde apoyo salvador a su pie.

Precisa, pues, la filosofía de la cultura un fundamento más firme para los valores. Tal fundamento sólo puede hallarse en la metafísica del ser. Santo Tomás, «el hombre de todas las horas», como le llama Silvestre Ferrariense, nos ofrece el más cumplido fundamento metafísico de los valores culturales. Una lectura reposada del artículo primero—«*Quid sit veritas*»—de las *Quaestiones disputatae*, hubiera derramado torrentes de luz sobre el problema básico de la filosofía de la cultura y hubiera librado al pensamiento humano de emprender caminos intransitables.

Martín Grabmann escribió, ya en el año 1925, este libro que hoy presentamos a los lectores españoles. Le impulsó a ello el deseo de «contribuir en algo a una inteligencia, llena de amor, de la significación cultural de la filosofía y de la concepción del mundo de Santo Tomás de Aquino», como nos dice en el prólogo.

Habiendo tenido por base unas conferencias pronunciadas con motivo de las fiestas jubilares de la canonización de Santo Tomás, el autor ha aumentado el libro con nuevos capítulos que enlazan las cuestiones y las completan hasta lograr un conjunto orgánico con admirable unidad de pensamiento. Así, partiendo del movimiento tomista contemporáneo trata Grabmann, sucesivamente, de: Santo Tomás y la cultura de su tiempo (c. I); los fundamentos metafísicos, psicológicos y éticos de la filosofía tomista de la cultura (c. II); los valores religioso-éticos de la cultura (c. III); el valor cultural de la ciencia (c. IV); los valores estéticos de la cultura (c. V); la in-

fluencia posterior de la filosofía tomista de la cultura (c. VI), para terminar con un capítulo sobre Santo Tomás de Aquino y la cultura actual (c. VII).

El traductor, conocedor profundo del tomismo, está interesado por los temas de la filosofía de la cultura. A ella le ha dedicado algunos trabajos que han visto la luz en *Sol y Luna*. En el prólogo a esta obra de Grabmann nos ofrece que «tal como nos lo exige nuestra conciencia de filósofo cristiano, hemos de volver en breve con más detención y profundización sobre el tema, para aportar así nuestra contribución a la ordenación y elevación de la vida humana sobre la tierra, coadyuvante a la realización de su destino eterno».—ANGEL GONZALEZ ALVAREZ.

SANTO TOMAS EL INTEGRADOR

Si hay algo que explique el perfil de infinita angustia de nuestro presente acontecer histórico en sus aspectos intelectual y social, es la posibilidad de interpretarlo lógicamente como la culminación de unos procesos de desintegración analítica y crítica.

Hoy día la crisis radica en que están separadas Religión y Vida, dice el eminente Rademacher de Bonn; en que están en polos opuestos inteligencia y voluntad, dice el holandés Huizinga; en que están en pugna el individuo y colectividad, las diversas clases sociales, las naciones y los Estados—y casi los Continentes—están conformes en decirnos todos los doctrinarios políticos desde Sorel a Bertrand Russell, pasando por Ortega y Massis.

Vivimos en plena crisis de anarquía generalizada y entre problemas que se presentan sangrando y exigiendo imperiosamente una respuesta al pensamiento de una humanidad amargada y exacerbada, nos dice la eminente y sabia santidad de Pío XII. Y con el agravante de que las diversas agrupaciones en que se ha escindido toda idea unitaria de resonancia universalista o cupular—como diría Eugenio D'Ors—forman un mosaico no sólo cada vez más diferenciado, sino cada día más terriblemente armado.

Este ha sido el resultado de estas doctrinas o construcciones sociales que han negado la íntima y esencial conexión con Dios de todo lo que se refiere al hombre—sigue diciendo el Papa en su luminoso Mensaje de Navidad de 1942—, y mientras con una mano han construído con la otra han preparado fatalmente los medios que tarde o temprano destruirán aquella obra. Sí, el hombre ha construído con las maravillas mecánicas que el progreso de la técnica y la multiplicación de la energía habían puesto en sus manos,

pero el hombre tiembla hoy ante el bárbaro moderno, que viene montado sobre potentes caballos de fuerza y que surge amenazador de los cuatro puntos cardinales... Este ha sido el resultado de unos siglos de desintegración filosófica y moral combinada con una técnica potentísima. Así ésta ha terminado (por ponerse) poniéndose al servicio de la anarquía intelectual y religiosa. Y ahora, ¿cómo salvarnos?

Procediendo lógicamente diremos que comenzando por integrar. Precisamente con ello se abriría el cauce salvador a esta irrupción del instinto montado sobre la máquina, irrupción en la que terminan dos siglos de conquistas científicas y de abandonos de la inteligencia.

Precisamente si hay una figura histórica que haya vivido en tiempos de una crisis intelectual y social parecida—recordemos la terrible aparición de Aristóteles desde Oriente bajo el estandarte verde del Profeta Averroes, algo así como una especie de dios griego apoyado por fanáticos escuadrones de caballería árabe; recordemos la revolución social y religiosa de las órdenes mendicantes y el movimiento por la liberación de los frailes—es la de Santo Tomás. Figura que con su triunfo es un arquetipo para nuestra actuación estudiosa y militante.

A mi entender, la grandeza del libro conocidísimo de Chesterton radica en este tono de ejemplaridad y en esa fuerza de paralelismo histórico que sólo puede conseguir el biógrafo que es al mismo tiempo el cálido y receptivo escritor de actualidad. Es decir, el hombre finamente sensible a todos los anhelos e inquietudes del alma contemporánea. Pero además, para nosotros, españoles, tiene otro valor este libro. Chesterton conocía y amaba nuestro país. Pasaba veranos enteros en nuestras incomparables playas catalanas y conocía y valoraba nuestra soberbia pintura, y de seguro que admiraba la fuerza teológica del gran Zurbarán, del que Junoy dice es uno de los más grandes pintores religiosos del mundo. Pues bien, sobre su magnífico libro se refleja la conocida «Apotheosis de Santo Tomás». En el libro, como en el cuadro, se nos aparece con aquel aire de gran señor y triunfador del espíritu. También veo entre las páginas aquellos simbólicos rayos—tan caros a los espíritus del medioevo—que se escapan de su frente, de su corazón o del libro que tiene en sus manos y que esclarecen el Viejo y Nuevo Testamento, iluminan a los Padres y Pretores y guían a los Reyes y Pontífices. No olvido el pueril simbolismo del tumbado Averroes a los pies del santo dominico. Es necesario representárselo así, porque como dice muy bien el egregio Chesterton:

«Santo Tomás causó daño a ambas partes. Había sido revolucionario contra Agustín y tradicionalista contra Averroes. Podría aparecer ante algunos como queriendo destruir la antigua belleza de la Ciudad de Dios, que guardaba cierta semejanza con la República de Platón; ante otros, como si

hubiera herido a las fuerzas progresivas y niveladoras del Islam de una manera tan dramática como Godfrey saqueando a Jerusalén.»

Vale la pena detenerse en la contemplación de este momento verdaderamente estelar, este momento en que se verifica la genial «integración» de la filosofía aristotélica en la teología católica y se constituye la eterna metafísica humana, este momento en que se unen el mundo antiguo con el moderno y se estructura la gran síntesis central de la historia. ¡Gran momento aquel en el que se introdujo la filosofía en el ámbito de la teología y en que se cristianizó a Aristóteles!...

En este libro me parece oír el fragor confuso de las discusiones entre las bajas bóvedas de la Universidad de París, me parece adivinar el pavor con que veían cómo Tomás utilizaba a un sabio pagano para fundamentar su apelación a la razón y a la autoridad de los sentidos todos aquellos que con demasiada facilidad identifican el orden antiguo con el ortodoxo y me lo imagino en el centro del área devastada por aquella tormenta controversial acompañado solamente de Alberto de Bollstag el Grande y defendiendo el gran voto de su juventud por la razón, por la libertad y por el pobre.

Al calor de este ejemplo nuestra misión histórica debe tomar por signo y amparo la audaz y gallarda fórmula del «integral», como nos decía hace poco en C)7flx!7 el admirado y querido P. Llanos. Integración en la Liturgia—síntesis de todas las manifestaciones y placeres espirituales—, integración en el Apostolado—porque somos espada y velamen de Romanidad Católica—, integración en la Justicia Social, por la que claman estas masas trabajadoras que conmueven el mundo entre un catastrofismo y un mesianismo igualmente primitivos.—M. R. C.

Alfonso de Castro. ANTOLOGIA. Selección y prólogo de Juan del Rosal.—Ediciones FE. MCMXLII. Breviarios del pensamiento español.

Si por clasicismo se entiende, no ya formulación armónica y sistemática, sino poner en orden de batalla aquellos problemas que constituyen el núcleo vital generador de una ciencia, Castro es un clásico del Derecho penal.

Los problemas más agudos que hoy tiene planteados el criminalista fueron abordados, y no con desacierto, por el fraile franciscano. De ello se ofrecen buenas pruebas en la antología que comentamos, en la que con tino se recogen textos sobre aquellas espinosas e ineludibles cuestiones que son la analogía, proporción entre delito y pena, arbitrio judicial, delincuencia de muchedumbres, influencia hereditaria, etc., etc., alguna de las cuales por su transcendencia para el recto ordenamiento jurídico, ha merecido la atención de los Pontífices.

Ejemplo de los geniales atisbos de Alfonso de Castro es la construcción, de moderna línea, de la pena. «Pena es pasión—nos dice—que inflinge un daño al que la sufre, o, por lo menos, que de suyo puede inflingirlo (si no se opone algún obstáculo), impuesta o contraída por un pecado propio y pasado.» Fundamentalmente, pues, para él la pena es retribución (lo que hoy se denomina «adecuación al acto»). Pero «cuando... se agrava más allá de lo que el delito merece, entonces aquélla no sólo tiene el carácter de castigo ni únicamente se impone para reprimir el mal cometido, sino también como medicina para el mismo delincuente (prevención especial) y para los otros que con el ejemplo pudieran delinquir (prevención general)». Esto es algo más que un anticipo de las múltiples teorías que han seguido sobre los fines de la pena, sin dejar en ningún momento desconocida y olvidada la esencia de ella: ser un mal e imponerse por un delito cometido.

En la Parte especial, se dedicó Castro principalmente al estudio del delito de herejía—el error pertinaz contra la fe católica, como definió Simancas—, reflejando las ideas de los teólogos y juristas del siglo xvi: «Cuando los jueces eclesiásticos le entregan al brazo secular no piden de éste que mate al hereje..., y si la potestad secular no quisiese matar al hereje, los jueces eclesiásticos no la fuerzan...; más al contrario, siempre ruegan a esta potestad que no le imponga la pena de muerte u otra pena de sangre.» Sin embargo, tiene el Estado derecho a privar de la vida al incorregible: «Digo y tengo firmísimamente que es justo que el hereje incorregible sea matado.»

La vida de Alfonso de Castro, su significación y filiación dentro de la España recién nacida bajo el espléndido signo de las descubiertas Américas se nos enseñan en las breves y jugosas páginas del Prólogo. En ellas le vemos hombre de estudio y enredado en las graves contiendas políticas y religiosas de su tiempo; acunado por Alcalá y atravesando las tierras del imperio de Carlos y Felipe; acompañando a éste a Inglaterra y dejando en reposados libros su doctrina voluntarista; desempeñando cargos importantes en la Orden y escribiendo homilías...

Con esta Antología, las ediciones FE añaden una nueva faceta a los «Breviarios del pensamiento español», divulgando—no vulgarizando—lo que en la entraña misma de la Historia tenemos infructífero y menospreciado.—*R. D.*

En esta sección publicaremos la reseña bibliográfica de todos aquellos libros y publicaciones, de los que nos envíen dos ejemplares.

A UN AMIGO DEBIL EN LA ADVERSIDAD

*Desacredita, Lelio, el sufrimiento
blando, y copioso el llanto que derramas ;
y con lágrimas fáciles infamas
el corazón, rindiéndole al tormento.*

*Verdad severa enmiende el sentimiento ;
si varón fuerte, dura virtud amas ;
castigo con profana boca llamas
al acordarse Dios de ti un momento.*

*Alma robusta, en penas se examina ;
y trabajos ansiosos, y mortales,
cargan, mas no derriban nobles cuellos.*

*A Dios, quien más padece se avecina :
El está sólo fuera de los males,
y el Varón que los sufre, encima dellos.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

VARIA



GALERÍA DE RESIDENTES

MIGUEL AMAT BARGUÉS



Residente en nuestro Colegio Mayor desde hace año y medio, Miguel Amat, hombre de ciencia, todo afecto y sencillez, ha obtenido hoy, entre el cariño respetuoso y la admiración sincera de todos los colegiales, la cátedra de Química Inorgánica de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Barcelona.

Nacido en 1910 donde hoy va a ejercer su función docente, cursa allí mismo el Bachillerato y la carrera de Farmacia, logrando a lo largo de sus estudios las máximas calificaciones. En 1930, tras su licenciatura, es inscrito en el Libro de Oro de la Universidad de Barcelona, honor que hacía catorce años no se dispensaba a ningún alumno. Pasa después a

Madrid y consigue el grado de Doctor con el Premio Extraordinario número uno.

En sus viajes de estudio por toda Europa, destaca al contacto con las figuras mundiales de la Química. Colabora en frecuentes ocasiones con los esposos Curie, Joliot, Duclaux, Pevin, para la realización de importantes trabajos.

Su prestigio internacional en los campos de la Química Coloidal y los Espectroscopios es atestiguado por sus colaboraciones en revistas científicas de Europa y América.

Ultimamente, un inteligente y fino trabajo sobre la ultrafiltración le ha valido el Diploma y Medalla de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, únicos otorgados y correspondientes al concurso de 1942.

RAFAEL FERRERES



Traemos aquí el nombre de Rafael Ferreres, con motivo de su reciente éxito, al obtener el número 2 en las últimas oposiciones a cátedras de Institutos. Rafael Ferreres nació en Valencia. Allí cursó sus estudios universitarios, licenciándose en Letras. Como crítico de libros, ocupa, por su finura de comprensión y por la calidad literaria de sus comentarios, un puesto destacado. Las páginas de *CISNEROS* recogerán algunos de sus agudos artículos.

Es asimismo un excelente profesor: ha desempeñado puestos docentes en la Universidad Central y en otras instituciones. En la actualidad prepara varios trabajos literarios, entre los que destaca una Antología de

Malón de Chaide y una biografía de Enrique IV.

JOSÉ LUIS OCHOA

Dentro de nuestros planes culturales para el futuro, existe uno de capital importancia: el contacto con el ambiente intelectual de Europa, el contraste de nuestras experiencias con las afines de allende las fronteras.

Inicia estas relaciones con el extranjero José Luis Ochoa, Licenciado en Derecho, con los estudios hechos de las asignaturas del Doctorado, antiguo y veterano residente, combatiente durante nuestra guerra en Flechas Negras, en las que alcanzó el grado de Teniente, activo y fervoroso falangista. Ochoa va a Roma a completar su formación jurista, a terminar la redacción de su tesis doctoral sobre Derecho social y también a conocer el pensamiento y la vida de las organizaciones italianas similares a la nuestra. Durante el tiempo de su permanencia en Roma actuará también como representante de Servicio Exterior del S. E. U. Fruto de sus estudios y experiencia serán las crónicas sobre la vida universitaria italiana, que publicaremos a medda que vayamos recibiendo.



NOTICIAS

JEFES DE GRUPO Y MONITORES DEL COLEGIO

El Reglamento provisional y los Estatutos por los cuales se rige el Colegio previene, en su capítulo de régimen interno, que el Director, para el ejercicio de sus funciones disciplinarias, se verá asistido por una Junta de estudiantes decanos.

Al puntualizar sus funciones se dice taxativamente :

«Los *decanos* serán elegidos todos los años por el Director entre los colegiales más antiguos. Actuarán como *Jefes de grupo* y se encargarán de hacer cumplir estos Estatutos a todos los escolares que tengan bajo sus órdenes, vigilando sus negligencias, dispensando total o parcialmente de la asistencia a los actos obligatorios, castigando las faltas leves y señalando, entre los escolares más jóvenes, dos *monitores* que anoten las faltas de asistencia o retrasos en llegar a los actos oficiales. Esto no les eximirá de cumplir también ellos, como simples escolares, las obligaciones generales marcadas para todos.

Podrá ser nombrado para este cargo cualquier colegial en quien concurren formación y conducta convenientes, esté graduado o no, pues sólo se atenderá en la elección a su mérito y aptitud para este ministerio.

El nombramiento de los jefes de grupo será privativo del Director, así como la duración del encargo y la separación de él ; pues bien se mire este ministerio como un honor o como una carga, es justo que se reparta y turne, si no entre todos, al menos entre los que fueren capaces de desempeñarlo con fruto.

Los Jefes de grupo no tendrán dotación ni salario alguno, pero el mérito que contrajeran en el ejercicio de sus funciones será muy recomendable a los ojos de la Junta de Gobierno de la Universidad, sobre todo cuando el fruto de la enseñanza puesta a su cuidado les califique.

En oposiciones y concursos a cátedras u otros puestos docentes del Ministerio de Educación Nacional será considerada tal circunstancia como de mérito. Además de esto, se deberá procurar en los nombramientos atender de tal modo al mérito de las personas y al bien de la comunidad universitaria que los colegiales nombrados considerarán como el mejor premio de sus fatigas el honor de ser elegidos para este difícil puesto.

El nombramiento para este cargo podrá recaer entre los becarios, colegiales, así como también en profesores, auxiliares o ayudantes o antiguos colegiales que temporalmente residan en el Colegio.»

En cumplimiento de estas disposiciones, el Director del Colegio se ha servido disponer que, durante el presente curso, ejerzan las funciones de jefes de grupo los colegiales

D. Francisco Aymerich, D. Fernando González Castro, D. V. Carmelo de Arregui Jiménez, D. Enrique Espinós y D. Angel González Alvarez.

Ejercerán las funciones de monitores, bajo el mando directo de los jefes de grupo :

Manuel Belmonte González, José Luis Martínez Salinas, José Garmendía Iraundegui, Roberto Berga Méndez, César Primo Miguel, Eusebio García-Mina Subiza, José Besada Rial, Luis Costa Pla, Joaquín González Puelles y Francisco Aparicio Olmos.

CONCIERTOS DEL CURSO

El día 18 de marzo actuó Erik Then-Berg en nuestro Auditorium. Ya habíamos tenido noticias suyas. Por críticas periodísticas y juicios de personalidades (como el Dr. Carl Böhm, entre otras) sabíamos de sus dotes: Penetración, seguridad, sentimiento, todo esto nos decían. Pero siempre, indefectiblemente, hablaban del «joven pianista de Hannover», de su «joven personalidad», haciendo resaltar sus cualidades apoyándose en su mocedad. ¿Por qué no confesarlo? Todo esto—como las alusiones a «su brillante porvenir», antes de oírle—nos alarmó un poco. Lo cierto es que ello suele ser recurso, igual que cuando se dice que alguien tiene madera, para no quitar esperanzas al que, sin saberlo, aguarda todo de su juventud y nada más que de ella. Pero con algo muy distinto nos encontramos, y nuestros temores fueron disipados en el mismo comienzo de la interpretación de la «Fantasía cromática» y «Fuga», de Bach. No en esperanza, sino como realidad bien cierta y cuajada se nos mostró Then-Berg al aplicar su técnica muy lograda al trazo amplio y trágico que parece resplandecer en profundidades misteriosas de la obra. Es, sin duda, un punto culminante en el estilo de la composición libre. En sus cuatro partes—tocata, canto coral, recitado y coda—las condensaciones y tensiones dramáticas alternan con un período más bajo de recogimiento y piedad, para dar paso luego en el recitado a aquel juego conmovedor y profundamente quejumbroso de preguntas y respuestas que permite vislumbrar la grande y agobiadora vivencia del maestro.

Con una forma sobria y precisa y en su tono de conversación alegre y aproblemática, recogió la autenticidad no perdida de cinco «Sonatas» de

Scarlatti. La temática de estas pequeñas obras de arte, llena de espiritualidad y fantasía, la vida que palpita en las partes de la ejecución, dió lugar a una expresión la más bella y viva de la época feliz y exenta de preocupaciones que vió la realización de su ideal en una gracia alegre y sencilla y en el juego jovial y atrevido de las notas.

Seis «Momentos musicales» de Schubert constituyeron la segunda parte de la audición. Su alegría, acompañada en singular contraste de melancólico fondo, y su dolor, siempre rodeado de un resplandor diáfano de alegría incógnita, se hacen palpables en la ejecución, siempre sana y natural, de Then-Berg. Supo expresar lo característico del arte de Schubert, como específicamente alemán, en su sencilla intimidad, reflejo puro de un alma popular sensible y sentimental.

Al final, la «Sonata en fa sostenido menor» de Brahms. Aunque a ella no pueden aplicarse los criterios valorativos de la obra de arte firme y equilibrada, al ver junto al brío y la pujanza de la partitura, la penetración y el sentimiento del intérprete, nos tuvimos que entusiasmar. Irrupción de fuerzas largo tiempo retenidas, genialidad de un renuevo juvenil, que derribando lo viejo propende, sin embargo, a la creación, y al utilizar fragmentariamente motivos que sirvieron a Beethoven, parece luchar con figuras legendarias de un pasado ya remoto y oscuro... Todo esto vimos a través de la diafanidad de Then-Berg.

Fuera de programa y con el general beneplácito nos regaló la «Bagatela», de Beethoven. Con este acento de filigrana ágil, trabajo delicado de sencilla apariencia, se nos quedó prendido el pianista. Aún sabía a poco. Queríamos más.

Este fué el efecto que también le hizo a él. Y para nuestro contento, al pensar en un público que le había hecho salir tres veces, poniéndose el abrigo nos decía que en otros países europeos, aquel programa hubiera hecho abrir la boca de los oyentes...

* * *

El día 23 de marzo, en el Colegio Mayor «Santa Teresa de Jesús», actuaron Regino Sáinz de la Maza y la Agrupación Nacional de Música de Cámara.

La primera composición interpretada, «Tercer Quinteto en mi menor, op. 50», de Boccherini, tenía carácter de estreno en Madrid, pues fué sacada a la luz por la casa Zimmermann, de Leipzig, habiendo estado durante más de un siglo casi completamente olvidada con varias piezas más, también para guitarra. Tenía la particularidad este quinteto, de haber sido escrito precisamente en Madrid durante la segunda estancia en ésta de Boccherini, invitado por Luciano Bonaparte, embajador de Francia y protegido por el marqués de Benavente, apasionado de la música en general y especialmente

de la guitarra, a la que fué dedicada casi toda la producción madrileña del músico italiano.

A lo largo de este tercer quinteto campea la sencillez técnica de la melodía y amabilidad flexible, características del autor. Además, junto a su estructura cortesana, propia de la música instrumental, se observan a veces reminiscencias populares, acaso frutos de alguna observación folklórica.

La segunda parte del concierto, a cargo toda ella de Regino Sáinz de la Maza, constaba de varias composiciones de Mudarra, Bach, Mozart, Scarlatti, Rodrigo, etc. El arte del genial guitarrista, innecesario de ponderar, encontró lo mismo en esta parte que en la primera, magnífica ocasión de verse realzado, alcanzando matices de insuperable ejecución. La dulzura de su timbre, variedad y riqueza de su colorido como sus especiales caracteres, se fundía a maravilla en la primera parte con el sonido de los arcos, aportando cadencias de efecto completamente inédito.

Una de las más excelentes interpretaciones de la Agrupación Nacional, el «Quinteto en fa menor», de César Frank, cerró el programa. Lo ardiente y emocionado de esta joya del gran iniciador de la moderna corriente sinfónica francesa, encontró una acertada realización por obra de estos admirables profesores que son Iniesta, Antón, Menoyo, Casaux y Aroca.

* * *

El día 11 de marzo, en el Auditorium, fueron representados por el T. E. U. los entremeses de Cervantes «La guarda cuidadosa» y «El retablo de las maravillas». La frescura no extinguida y el buen decir del clásico, fielmente recogidos y transportados a la escena, fueron la nota resaltante que hizo seguir, al público universitario que llenaba la sala, con interés y cariño el desarrollo de la escena.

Nos parece vana a estas alturas la ferviente alabanza a la obra del Teatro Español Universitario. Sus esfuerzos se hallaban coronados por el logro de un conjunto en su clase no mejorado, y por la simpatía y ayuda de cuantos siguen su actuación. En el ambiente escolar se observa la repercusión del intento, en la iniciada vuelta a los clásicos. La antigua extrañeza ante Lope y Tirso, igual que ante Cervantes representados, se ve hoy cada vez más disipada. Conociendo, se llega a discernir lo bueno y lo malo, y con el discernimiento viene el gusto por lo bueno. Encauzar este gusto y darle sentido debe ser la labor del T. E. U. Para ello puede contar con todos nuestros alientos y colaboración.

La Tuna Universitaria puso su nota alegre, interpretando entre las dos piezas teatrales, composiciones diversas de autores españoles.

La velada, por y para universitarios, fué rubricada con el aplauso y contento de todos los asistentes.—T. Y.

DEL COLEGIO MAYOR DE OVIEDO

Aspirando a hacer de CISNEROS algo más que el mero órgano de un Colegio Mayor determinado, y queriendo señalar todas las manifestaciones culturales que se vayan desarrollando, no sólo en la Universidad de Madrid, sino en todo el ámbito de las Universidades españolas, empezamos a recoger en nuestras páginas, con toda fidelidad, la expresión de la labor, los trabajos y esfuerzos de los demás Colegios Mayores e instituciones universitarias análogas de toda España.

El día 12 de marzo, en Oviedo se celebró con solemnidad y sencillez la fiesta de San Gregorio Magno, patrono del Colegio Mayor y de la capilla de la Universidad.

En cuatro actos: religioso, militar, académico y deportivo, se señaló el significado del día, aunando los principios rectores que informan un estilo y una norma de conducta de la actual juventud universitaria.

A la Misa de comunión, oficiada por el director del Colegio Mayor, revestido de casulla mozárabe, bordada con el escudo de Cisneros, asistieron todos los colegiales y numerosos universitarios, ya que se celebró en la capilla de la Universidad.

El acto castrense consistió en la entrega de un banderín a la unidad ovetense de la Milicia Universitaria. Bajo la insignia del S. E. U. y las armas de Infantería y Caballería en el frontis de la tribuna, enmarcado todo en el claustro de heroico sabor, comenzó la ceremonia con la bendición del banderín de manos del Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis, de quien la recibió el Jefe del Distrito del S. E. U., para hacerla pasar, a la madrina señorita María Paz Alvarez Gendin. Después de unas palabras de aquél, ésta, al hacer entrega del banderín al Comandante Jefe de la M. U.,

leyó unas cuartillas poniendo en relieve el significado de la entrega del guión hecha por el S. E. U. a la Milicia. Destacó los emblemas de que consta: de un lado, el del arma de Infantería, que tanta gloria ganó, y del otro, el del S. E. U., que es precisamente el del Cardenal Cisneros.

Después del desfile de la Milicia Universitaria, a las dos de la tarde, en el Colegio Mayor se reunieron a comer con los colegiales el Excmo. señor Rector de la Universidad, el Jefe del Distrito del S. E. U. y el Ilmo. señor Decano de la Facultad de Derecho.

Por la noche, en el Aula Máxima, remozando viejas tradiciones, se verificó un debate o controversia sobre tema dado, al estilo de las célebres polémicas filosóficas y teológicas que hace siglos se celebraban en los Colegios Mayores y Universidades de la Europa cristiana.

La tesis punto de discusión controvertido era: «La Iglesia católica es sociedad perfecta, independiente del poder secular», y fué mantenida por el colegial Rodrigo Fernández-Carvajal e impugnada por el también colegial Andrés Monreal Pumariaga, ambos dirigidos por el profesor y capellán de la Universidad, Muy Ilustre Señor don Francisco Aguirre.

Después de la discusión, hábil y sólidamente fundamentada por las dos partes, el Rector de la Universidad, señor Gendin, hizo un resumen de ella, añadiendo a su vez una serie de consideraciones dirigidas concretamente a fijar puntos de vista y señalar arranques de futuras iniciativas.

Todos los actos, cerrados acertadamente por este último, fueron presenciados y llevados a cabo con interés y entusiasmo por los colegiales y, en general, por todos los escolares ovetenses.

DISPOSICIONES OFICIALES

QUE REGULAN EL FUNCIONAMIENTO DE LOS COLEGIOS MAYORES

DECRETO de 19 de febrero de 1942 por el que se confirman y crean diversos Colegios Mayores en las Universidades.

La proximidad de una reorganización de la Universidad española, cuya innovación primordial ha de consistir en la instauración de un sistema no limitado a la formación científica de la juventud, sino encaminado a la educación íntegra de la misma en los principios religiosos y políticos, base del Movimiento Nacional, obliga a ir preparando en el plano de la realidad los órganos institucionales a los que haya de encomendarse, dentro de la Universidad, la misión educativa que le corresponde.

Estos órganos serán los Colegios Mayores, de tan sólido abolengo tradicional, parcialmente restaurados durante los pasados lustros y a los que importa arraigar con mayor firmeza, infundiéndoles el alto espíritu que fué fundamento de nuestro esplendor universitario en los siglos áureos del Imperio español.

Como antecedente obligado y preparatorio de disposiciones ulteriores que especifiquen y concreten las funciones que han de cumplir dentro del marco de la nueva ordenación universitaria se confirman y crean por el presente Decreto los Colegios que de momento se consideran necesarios para apoyar en ellos e iniciar, en breve plazo, esta urgente transformación de la vida universitaria nacional.

En su virtud, a propuesta del Mi-

nistro de Educación Nacional y previo acuerdo del Consejo de Ministros,

DISPONGO:

Artículo primero.—Para llevar a cabo la misión educadora que a la Universidad compete se confirma la existencia de los actuales Colegios Mayores y Residencias de Estudiantes con las siguientes denominaciones:

Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago, de la Universidad de Granada; Colegio Mayor del Cardenal Jiménez de Cisneros y Colegio Mayor femenino de Santa Teresa de Jesús, de la Universidad de Madrid; Colegio Mayor del Cardenal Belluga, de la Universidad de Murcia; Colegio Mayor de San Bartolomé y Colegio Mayor de Santiago Apóstol, de la Universidad de Salamanca; Colegio Mayor del Generalísimo Franco, de la Universidad de Santiago, y Colegio Mayor de Pedro Cernuda de Zaragoza.

Artículo segundo.—Se crean, además, los siguientes Colegios en las Universidades que se indican:

Colegio Mayor de San Raimundo de Peñafort, de la Universidad de Barcelona; Colegio Mayor femenino de Isabel la Católica, de la Universidad de Granada; Colegio Mayor de San Fernando, de la Universidad de La Laguna; Colegio Mayor del Generalísimo Franco, Colegio Mayor de José Antonio Primo de Rivera y Colegio Mayor femenino de Isabel la Católica, de la Universidad de Madrid; Colegio Mayor de San Gregorio, de la Universi-

dad de Oviedo; Colegio Mayor de Fray Luis de León, de la Universidad de Salamanca; Colegio Mayor de Hernando Colón, de la Universidad de Sevilla; Colegio Mayor de Luis Vives, de la Universidad de Valencia; Colegio Mayor de Felipe II, de la Universidad de Valladolid, y Colegio Mayor femenino de Santa Isabel, Infanta de Aragón, de la Universidad de Zaragoza.

Artículo tercero.—Todas las Universidades tendrán en funcionamiento sus respectivos Colegios Mayores el día primero de octubre del corriente año.

Artículo cuarto.—Se tenderá a que todos los Colegios Mayores de nueva construcción se instalen en la Ciudad Universitaria o barrio universitario.

Artículo quinto.—Las Residencias de Estudiantes y Colegios Mayores que en la actualidad se encuentren alojados en edificios apartados de las ciudades o barrios universitarios habrán de trasladarse, siempre que haya posibilidad de adaptar edificios o construir otros nuevos a juicio del Ministerio de Educación Nacional, a dichas ciudades o barrios, en el más breve plazo posible.

Artículo sexto.—Queda autorizado el Ministro de Educación Nacional para dictar cuantas medidas estime adecuadas al cumplimiento de lo establecido en los artículos anteriores.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a diecinueve de febrero de mil novecientos cuarenta y dos.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBÁÑEZ MARTÍN

* * *

ORDEN de 14 de agosto de 1942 por la que se dispone que las Residencias masculina «Jiménez de Cisneros» y femenina «Teresa de Cepeda», pasen a ser los Colegios Mayores «Jiménez

de Cisneros» y «Santa Teresa de Jesús», de la Universidad de Madrid.

Ilmo. Sr.: Para cumplimentar el Decreto de 19 de febrero de 1942, por el que se confirman y crean diversos Colegios Mayores en las Universidades y que con toda urgencia sea una realidad en lo que respecta a la Universidad de Madrid,

Este Ministerio ha dispuesto:

Primero. Que la Residencia masculina «Jiménez de Cisneros», que, por Orden de 8 de enero de 1941, se incorporó al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pase a ser el Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros», de la Universidad de Madrid.

Segundo. La Residencia femenina «Teresa de Cepeda», incorporada también por la mencionada Orden de 8 de enero de 1941 al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pasará a ser el Colegio Mayor femenino de la Universidad de Madrid con el nombre de «Santa Teresa de Jesús».

Tercero. El Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros» se instalará en el edificio actualmente en construcción en la Ciudad Universitaria de Madrid. El Colegio Mayor «Santa Teresa de Jesús» se establecerá en la zona que se le marque en la Ciudad Universitaria, y, hasta que se habilite el pertinente edificio, continuará en los que actualmente ocupa.

Cuarto. Todos los servicios de la actual Residencia «Jiménez de Cisneros» se instalarán íntegramente en el próximo curso en el Colegio Mayor de la citada Universidad.

Quinto. Los muebles y enseres de la Residencia «Jiménez de Cisneros» quedarán a beneficio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, toda vez que, al ser instalado nuevamente el Colegio Mayor, deberá atenderse a procurárselos adecuadamente a sus necesidades.

Sexto. Las consignaciones de los

Presupuestos del Estado especiales de esta Residencia quedarán adscritas para subvenir a las necesidades de los nuevos Colegios Mayores en que se convierten. Igualmente quedarán adscritos sus servicios de toda clase.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años
Madrid, 14 de agosto de 1942.

IBÁÑEZ MARTÍN

Ilmo. Sr. Director general de Enseñanza Universitaria.

DECRETO de 21 de septiembre de 1942
por el que se organizan los Colegios Mayores Universitarios.

La concepción de la Universidad, no sólo como Centro de formación intelectual, de preparación profesional o de investigación científica, sino como canteira de educación íntegra de la juventud llamada a ocupar los puestos de más alta responsabilidad y trascendencia en la vida nacional, obliga a crear Organismos adecuados que lleven a cabo tan esencial tarea.

La experiencia fecunda de nuestra Universidad en sus siglos áureos atestigüa que fueron, precisamente los Colegios Mayores, los pilares básicos de la grandeza de la cultura española. Cuando este sostén fué desarraigado por las corrientes extranjerizantes del siglo XVIII, con la supresión de los Colegios Mayores se hundió también toda la obra magnífica de nuestra tradición universitaria, que no logró ya resurgir, a pesar de los generosos intentos realizados para alcanzarlo.

En esta obra de renacimiento español importa revivir la vieja gloria de los Colegios Mayores, no con el afán corto e infecundo de restaurar antigüedades, sino con el deseo vehemente de una verdadera resurrección a la vida actual, animada por el espíritu de la España de hoy.

Se pretende, pues, que surjan los Colegios Mayores con fidelidad a los principios tradicionales, pero dotados de un fuerte impulso hacia el tiempo nuevo. Ellos han de ser el órgano fundamental de la Universidad que renace, donde se forje la personalidad íntegra del estudiante, en su universal dimensión, natural y sobrenatural, individual y social, intelectual, estética y física, completando así la preparación científica encomendada a las Facultades y persiguiendo, en definitiva, formar al alumno en esta compleja y desatendida profesión: la profesión de hombre.

Para conseguir tan noble finalidad se establece como normalmente obligatoria la residencia de los escolares en los Colegios Mayores, sin perjuicio de que el respeto debido a la familia o determinadas circunstancias de índole personal, impongan justificadas excepciones.

No nacen los Colegios Mayores según patrón uniforme. Se procura suscitar aquella variedad de matices que fué siempre motivo de estímulo y fuente de fecundas emulaciones. Por eso no sólo el Estado los crea, sino que reconocerá también a los establecidos por Corporaciones públicas o debidos a la iniciativa privada, siempre que se acomoden a las amplias líneas generales del presente Decreto, vivificadas por los postulados cardinales del Movimiento Nacional.

A los Colegios Mayores se encomienda, además, la misión de constituir un cálido y diligente enlace entre la Universidad y los familiares de los alumnos, de manera que sirvan a la vez de íntima comunicación entre el pueblo español y la Universidad, deshaciendo definitivamente la frialdad y rigidez que hoy los separa y asentando uno de los más sólidos cimientos donde apoyar el resurgimiento de España.

En su virtud, a propuesta del Ministro de Educación Nacional, y previa deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO :

Artículo primero.—Los Colegios Mayores son los órganos para el ejercicio de la labor educativa y formativa que incumbe a la Universidad.

Artículo segundo.—Los Colegios Mayores ostentarán una dedicación o nombre histórico glorioso, aprobado por el Ministerio de Educación Nacional, y se procurará que estén situados en la Ciudad Universitaria o en el barrio universitario.

Artículo tercero.—Los Colegios Mayores Universitarios, por el carácter de su función educadora, serán masculinos o femeninos. Los Rectores de las Universidades propondrán al Ministerio la creación de los Colegios Mayores femeninos, cuando sean necesarios.

Artículo cuarto.—Los Colegios Mayores podrán instituirse en las Universidades por disposición del Ministerio de Educación Nacional, bien mediante iniciativa y fundación directa de aquéllas, bien por la de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., Corporaciones públicas o privadas o de particulares.

Será requisito indispensable en estos últimos casos, para la obtención de la categoría de Colegio Mayor, que el Ministerio, previo informe de la Universidad respectiva y del Consejo Nacional de Educación, le otorgue este carácter por Orden ministerial.

Artículo quinto.—Todos los escolares universitarios deberán pertenecer, como residentes o adscritos, a un Colegio Mayor, y por medio de él se cumplirán las funciones educativas que, con carácter obligatorio, deberán realizarse paralelamente a los estudios facultativos. Cuando se hayan creado los Colegios Mayores en número suficiente, será obligatoria la residencia de los escolares en alguno de ellos. El Rector de la Universidad dispensará de la obligatoriedad de residencia a los alumnos que vivan con sus familiares o tutores

o con personas de completa solvencia moral, a quienes aquéllos se los hayan confiado, o a los que, por razones de edad, estado u otras circunstancias excepcionales, convenga otorgarles dicha dispensa.

Donde no haya Colegios Mayores Femeninos, todas las estudiantas serán adscritas a un solo Colegio, cuyo Director, de acuerdo con las normas del artículo octavo, organizará la educación, teniendo siempre en cuenta las exigencias de la formación femenina.

La dispensa de escolaridad en los estudios facultativos supone también, en igual condición, la de obligatoriedad de residencia o adscripción al Colegio Mayor.

Artículo sexto.—Todo escolar que haya de acudir por vez primera a una Universidad solicitará del Rector su incorporación al Colegio Mayor que elija. El ingreso en el mismo se hará de acuerdo con las normas que fijen sus Estatutos. La obtención de este ingreso será condición indispensable para ser inscrito en la Facultad.

Artículo séptimo.—Los Colegios Mayores se inspirarán, para realizar su función educadora, en los principios de la moral católica, y procurarán arraigar sólidamente en los colegiales el espíritu de disciplina, austeridad, amor al trabajo, culto del honor y servicio a Dios y a España, consustanciales con los postulados del Movimiento Nacional.

Artículo octavo.—Los Colegios Mayores, bajo la autoridad del Rector, tendrán las siguientes funciones :

a) La educación religiosa de los colegiales.

A este efecto, en cada Colegio Mayor, habrá un Capellán nombrado por el Ministerio, a propuesta del Rector, de acuerdo con el Ordinario respectivo, sin cuya aquiescencia no podrá continuar en el cargo.

Al Capellán corresponde fomentar el

espíritu de piedad y la cultura religiosa de los colegiales. En cada Colegio Mayor existirá una Capilla, autorizada por el Ordinario, donde se celebre el Santo Sacrificio de la Misa y las prácticas religiosas cotidianas.

b) La educación política de los colegiales.

Corresponde esta tarea a Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. El Rector de la Universidad, de acuerdo con las jerarquías del Partido y el Director del Colegio, determinará la forma en que debe desenvolverse tan esencial cometido.

c) La formación cultural de los estudiantes.

Para el cumplimiento de esta finalidad incumbe a los Colegios Mayores:

Primero.—El cuidado del aprovechamiento de los colegiales, la vigilancia para el mantenimiento de la disciplina y la información a los familiares de los estudiantes acerca de la conducta académica y social que observen. Para estímulo de los colegiales se crearán premios que les ayuden en su formación universitaria o profesional.

Segundo.—La organización, tanto de clases complementarias que faciliten a los colegiales el estudio de idiomas extranjeros y de las materias que cursen en la Universidad, como el establecimiento de enseñanzas que, no estudiadas en las Facultades, completen la formación científica de los alumnos, para lo cual será necesaria la autorización rectoral.

En los Colegios Mayores existirán Bibliotecas adecuadas a la labor educativa y de formación complementaria de los colegiales.

d) La formación social y artística de los escolares.

e) La organización de trabajos mecánicos, de acuerdo con el S. E. U.

f) La educación física y deportiva de los colegiales en relación con el S. E. U. de acuerdo con las normas del Ministerio de Educación Nacional, la Dele-

gación Nacional de Deportes de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. y las disposiciones rectorales.

Todos los Colegios Mayores tendrán gimnasio y campo de deportes.

Artículo noveno.—Los Colegios Mayores fijarán anualmente, con aprobación del Rector, los tipos de pensión y concederán becas, cuyo número será establecido por el Servicio de Protección Escolar Universitario, en atención a los recursos económicos de cada Colegio y cuidando de que no falte un apoyo económico proporcionado a todo escolar que, reuniendo dotes morales e intelectuales adecuadas, necesite ayuda económica para la prosecución de sus estudios en la Universidad.

Las becas serán concedidas por el Servicio de Protección Escolar Universitario a estudiantes que necesiten ayuda económica, atendiendo, en primer término, al aprovechamiento intelectual y moral y a los servicios prestados a la Patria por los solicitantes. En igualdad de condiciones, serán preferidos los de mayor necesidad económica.

Estos beneficios se perderán, necesariamente, por falta de aprovechamiento y de disciplina, según preceptúen los Estatutos propios de cada Colegio.

La cuantía de las becas estará en proporción con la situación familiar de los solicitantes, apreciada por el Servicio de Protección Escolar Universitario, de acuerdo con el Director del Colegio Mayor, para lo cual se exigirá el informe del S. E. U. y las demás informaciones y aclaraciones que se estimen convenientes.

En cualquier caso, para estimular el interés de los becarios hacia el Colegio, se les exigirá una pequeña pensión, siquiera sea mínima.

Artículo décimo.—Los Colegios Mayores tendrán la organización peculiar que establezcan sus Estatutos, redactados según las normas del presente

Decreto, y aprobados por el Ministerio de Educación Nacional.

Tales Estatutos reglamentarán, necesariamente, los siguientes extremos:

- a) Organización educativa y sanitaria.
- b) Régimen de ingresos y disciplina de los colegiales.
- c) Medios didácticos y formativos.
- d) Organización administrativa y régimen económico.

Artículo undécimo.—Los Directores de los Colegios Mayores, en su calidad de Jefes de órganos universitarios, son, en los mismos, autoridades delegadas de los Rectores y formarán necesariamente parte de la Junta de gobierno de la Universidad, cuando en ella se trate de asuntos relacionados con los Colegios Mayores.

Artículo duodécimo.—Los Directores de los Colegios Mayores serán nombrados y cesarán por Orden ministerial, previo informe del Rector. Cuando los Colegios sean de fundación de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., de Corporaciones o de particulares, el Rector trasladará informada al Ministerio la propuesta del Patronato o Entidad fundadora. En uno y otro caso, habrán de poseer título académico de categoría universitaria.

Compete a los Directores de los Colegios Mayores:

- a) La vigilancia y ejecución de las normas para el cumplimiento de la función educativa universitaria.
- b) Elevar a la aprobación rectoral cuantas medidas se relacionen con la organización de los actos y cursos complementarios educativos, la propuesta para el nombramiento de personal y, asimismo, cursar las denuncias por faltas académicas de todo el personal del Colegio, para su sustanciación.
- c) Elevar a la Junta de gobierno los presupuestos y las cuentas del Colegio, para su aprobación.
- d) La inspección inmediata de los servicios administrativos propios del

Colegio Mayor y la organización de su régimen interno, de acuerdo con sus Estatutos.

Cuando el Colegio Mayor sea de fundación de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., de Corporaciones o particulares, los Directores tendrán las mismas funciones y obligaciones en el orden educativo y cultural, pero gozarán de autonomía en cuanto a la designación de su personal, concesión de becas y en materia administrativa y económica, de acuerdo con las normas fundacionales.

Artículo décimotercero.—La gestión económica del Colegio corresponderá, bajo la autoridad del Director, a un Administrador, que será nombrado y rendirá cuentas del modo que fijen los Estatutos.

Artículo décimocuarto.—El Director y el Administrador percibirán las gratificaciones que determinen, en cada caso, los propios Estatutos, con cargo a los Presupuestos del Estado, cuando se trate de Colegios de fundación directa universitaria o, con cargo a los del Colegio, cuando éste sea de fundación de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. o privada.

Artículo décimoquinto.—El Director dará cuenta mensualmente al Rector de la Universidad de la marcha del Colegio y aprovechamiento de los colegiales y llevará un «Libro del Colegio Mayor», en el que se consignen las vicisitudes diarias del Colegio.

Al final de cada curso redactará una Memoria de la labor realizada por el Colegio Mayor. En el archivo colegial quedará una copia de la misma y al Rector de la Universidad se le enviarán otras dos para que, a su vez, remita una al Ministerio de Educación Nacional.

Artículo décimosexto.—Los Colegios Mayores gozarán de la consideración de Fundaciones benéfico-docentes clasificadas. Las Universidades, previa autorización del Ministerio, aplicarán a los

finos de los Colegios los fondos procedentes de Fundaciones civiles extinguidas.

Artículo décimoséptimo.—El Ministro de Educación Nacional, a través del Consejo de Rectores, mantendrá vivo el sentimiento de solidaridad entre todos los Colegios Mayores y aprovechará la experiencia en los mismos para la mayor eficacia de su tarea.

Artículo décimooctavo.—El Ministerio de Educación Nacional dictará las normas que estime necesarias para la mejor interpretación, aclaración y aplicación de este Decreto.

Artículo décimonoveno.—Quedan derogadas cuantas disposiciones contradigan a las presentes.

Artículo adicional.—El Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago, de la Universidad de Granada, y los Colegios Mayores y Menores de la Universidad de Salamanca, conservarán su organización actual, modificándola sólo en lo indispensable para recoger las innovaciones que establece el presente Decreto, en orden a la formación de los estudiantes.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS

Primera.—Las Universidades que tengan actualmente Colegios Mayores o Residencias de estudiantes los acomodarán a estas disposiciones y someterán los nuevos Estatutos a la aprobación del Ministerio de Educación Nacional.

Segunda.—De momento, y mientras no existan suficientes Colegios Mayores para atender a la formación de todos los escolares universitarios, la residencia o adscripción, en su caso, sólo será obligatoria para los alumnos que comiencen sus estudios en el curso próximo, quienes continuarán en tal obligación en los cursos sucesivos. Los demás alumnos serán paulatinamente obligados conforme lo vayan estimando posible las Universidades, que atenderán, en primer término, a los alum-

nos que hayan comenzado más recientemente sus estudios.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a veintiuno de septiembre de mil novecientos cuarenta y dos.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional.
JOSE IBANEZ MARIN.

* * *

ORDEN de 3 de octubre de 1942 por la que se aplica el Decreto de 21 de septiembre anterior, por el que se organizan los Colegios Mayores Universitarios.

Ilmo. Sr.: Publicado en el «Boletín Oficial del Estado del día 1.º de los corrientes el Decreto de 21 de septiembre último, por el que se organizan los Colegios Mayores Universitarios,

Este Ministerio ha resuelto, en cumplimiento del mismo, que los Colegios Mayores «Cardenal Jiménez de Cisneros» y «Santa Teresa de Jesús», de la Universidad de Madrid; «Cardenal Belluga», de la de Murcia, y «Generalísimo Franco», de la de Santiago, se rijan, en adelante, por los preceptos del citado Decreto, que también observarán, a medida que vayan siendo puestos en funcionamiento, el de «Pedro Cernuda», de la Universidad de Zaragoza, y todos los creados por Decreto de 19 de febrero último; y que los de «San Bartolomé y Santiago», de la Universidad de Granada, y «San Bartolomé» y «Santiago Apóstol», de la de Salamanca, cumplieren igualmente aquel Decreto en la parte que les afecta.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años
Madrid, 3 de octubre de 1942.

IBANEZ MARTIN

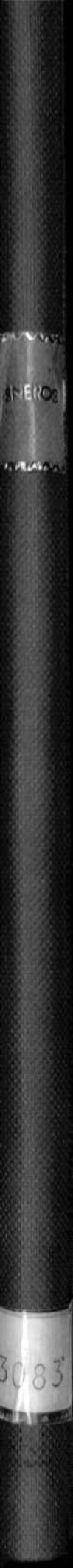
Ilmo. Sr. Director general de Enseñanza Universitaria.

LAYS DEOT

22



3



SNEKO2

3083